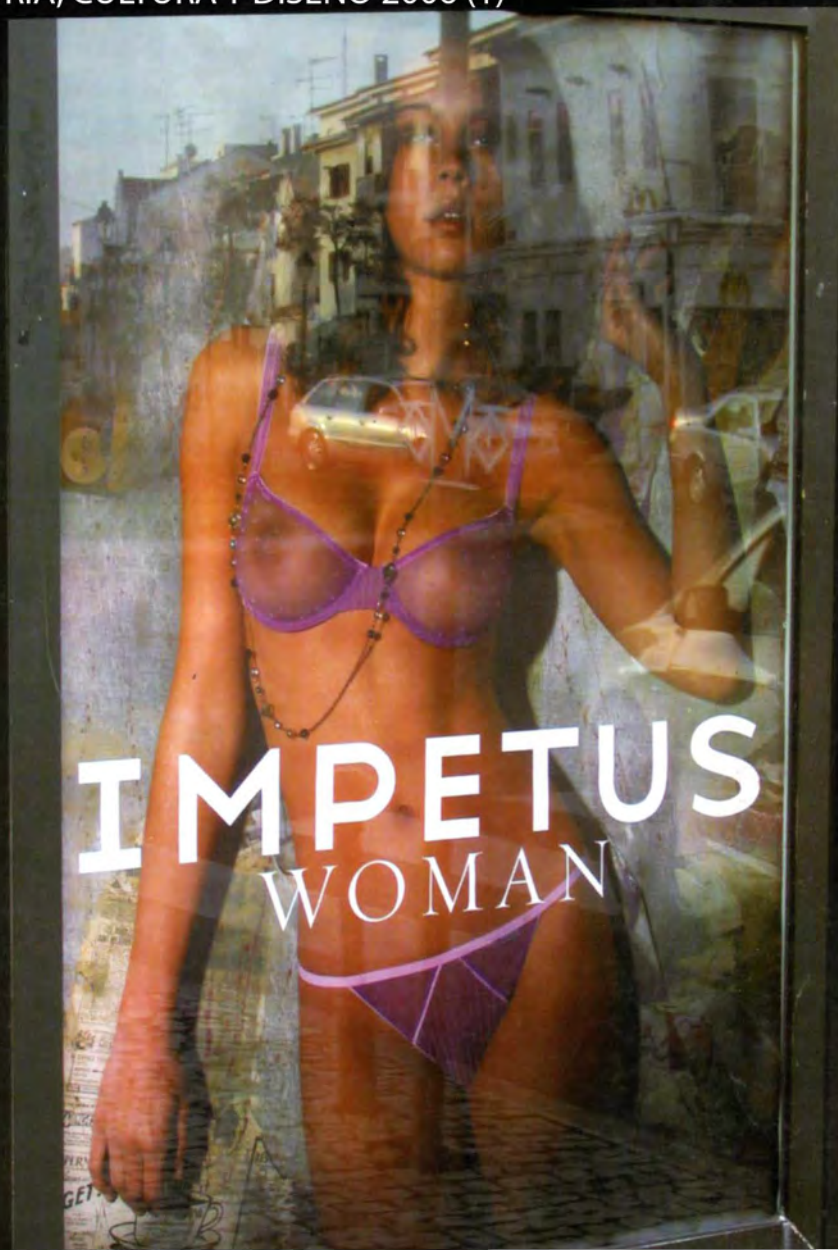




ANUARIO DE ESPACIOS URBANOS
HISTORIA, CULTURA Y DISEÑO 2006 (1)





El Anuario es una publicación que presenta estudios, análisis e investigaciones de actualidad del fenómeno urbano, principalmente en México y América Latina; aborda problemáticas culturales, históricas, económicas, especiales, políticas y sociales de las ciudades.

El Anuario está abierto a cualquier enfoque teórico metodológico o énfasis temático y temporal.

El Anuario es de interés para administradores, antropólogos, arquitectos, demógrafos, diseñadores, ecologistas, economistas, historiadores, etc, y todos aquellos que tienen que ver con el desarrollo del fenómeno urbano.

Anuario de Espacios Urbanos

Historia, Cultura y Diseño 2006 (1)

Universidad Autónoma Metropolitana

Dr. José Lema Labadie

Rector General

Mtro. Luis Javier Melgoza Valdivia

Secretario General

Unidad Azcapotzalco

Dr. Adrián de Garay Sánchez

Rector de Unidad

Dra. Silvie Turpin Marion

Secretario de Unidad

M.A.V. Paloma Ibáñez Villalobos

Director de División de Ciencias

y Artes para el Diseño

Mtro. Luis Carlos Herrera Gutiérrez de Velasco

Secretaria Académica de la División de Ciencias

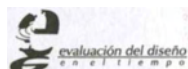
y Artes para el Diseño

D.I. Luisa Regina Martínez Leal

Jefa del Departamento de Evaluación del Diseño
en el Tiempo

Dr. Oscar Terrazas Revilla

Jefe del Área de Estudios Urbanos



Anuarios de Espacios Urbanos

Historia, Cultura y Diseño 2006 (1)

ANUARIO DE ESPACIOS URBANOS, HISTORIA, CULTURA Y DISEÑO. Año 2006, número 13, enero -diciembre 2006, es una publicación anual de la Universidad Autónoma Metropolitana a través de la Unidad Azcapotzalco, División de Ciencias y Artes para el Diseño. Prolongación Canal de Miramontes 3855, Col. Ex-Hacienda San Juan de Dios, Del. Tlalpan, C.P. 14387, Ciudad de México y Av. San Pablo 180, Col. Reynosa Tamaulipas, Del. Azcapotzalco, C.P. 02200, Ciudad de México. Teléfonos 54834000, ext. 1509 y 53183145.

Página electrónica de la revista: <http://espaciosurbanos.azc.uam.mx>.

Dirección electrónica: anuarioeu@correo.azc.uam.mx. Editora Responsable: Consuelo Córdoba Flores. Certificado de Reserva de Derechos al Uso Exclusivo de Título No.04-2017-031609463400-203, ISSN digital: 2448-8828, ambos otorgados por el Instituto Nacional del Derecho de Autor. Responsable de la última actualización de este número, Consuelo Córdoba Flores, Departamento de Evaluación del Diseño en el Tiempo, División de Ciencias y Artes para el Diseño, Unidad Azcapotzalco, Av. San Pablo 180, Col. Reynosa Tamaulipas, Del. Azcapotzalco, C.P. 02200, Ciudad de México, Teléfonos 53189000, ext. 9179 y 53189368. Fecha de última modificación: 14 de septiembre de 2019. Tamaño del archivo 10.6 MB. Las opiniones expresadas por los autores no necesariamente reflejan la postura del editor de la publicación. Queda estrictamente prohibida la reproducción total parcial de los contenidos e imágenes de la publicación sin previa autorización de la Universidad Autónoma Metropolitana.

Indexación: LATINDEX

ISSN versión digital: 2448-88289

Editor de este número

Elías Antonio Huamán Herrera

Consejo Editorial División de Ciencias y Artes para el Diseño

Dr. Oscar González Cuevas
Mtro Mauricio Guerrero Alarcón
D.C.G. Laura Elisa León Valle
Lic. Helia Ramírez Hernández
Dr. Francisco Santos Zertuche

Comité Editorial de Teoría, Historia y Cultura

Dr. Gerardo G. Sánchez Ruiz
Dr. Georg Liedenberger
Arq. Alejandro Ortega Cedillo
Dr. Carlos Lira Vázquez
Dr. Salvador Díaz Berrio

Coordinador del Programa Editorial Divisional

Arq. Carlos Pérez Infante

Comité Editorial del Anuario de Espacios Urbanos

Oscar Terrazas Revilla
Jorge Ortiz Segura
Carlos Lira Vázquez
Ma. Dulce de Mattos
Jorge Morales Moreno
Georg Liedenberger
Elías Huamán Herrera

Foto de portada e interiores

Elías Huamán Herrera

Formación

Angélica Pereyra Perea

Impresión

Jiménez Editores e Impresores S.A. de C.V.

Cuidado de la edición

Elías Huamán

Consejo editorial

Marco Tonatíuh Aguilar/ Universidad Autónoma Metropolitana, Azcapotzalco
Rodolfo Cruz Piñeiro/ El Colegio de la Frontera Norte
Emilio Duhau/ Universidad Autónoma Metropolitana, Azcapotzalco
Ronald Hellman/ Bildner Center for Hemispheric Studies/City University of New York
Carlos Illades/ Universidad Autónoma Metropolitana, Iztapalapa
Alan Knight/ Oxford University
Jorge Legorreta/ Universidad Autónoma Metropolitana, Azcapotzalco
Shannan Mattiace/ University of Texas at Austin
Norma Meichtry/ Instituto de Investigaciones Geohistóricas, Argentina
John Mollenkopf/ City University of New York
Rodrigo Negrete Prieto/ Instituto Nacional de Estadística, Geográfica e Informática, Aguascalientes
Emilio Pradilla Cobos/ Universidad Autónoma Metropolitana, Xochimilco
Fernando Pozos Ponce / Universidad de Guadalajara
Bryan Roberts/ University of Texas at Austin
Edward T. Rogawsky/ City university of New York
Fernando Salmerón Castro/ Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, CIESAS
Henry Selby/ University of Texas at Austin
Ma. Eugenia Terrores/ Instituto Mora
François Tomas/ Université de Saint-Etienne †
Peter Ward/ University of Texas at Austin
Gloria Zafra/ Universidad Benito Juárez de Oaxaca
René Zenteno Quintero/ El Colegio de la Frontera Norte

Índice

Presentación	7
Concepción del espacio y metodología	11
Armando Cisneros Sosa	13
El lugar del mundo	
Roberto Narváez	25
La cuestión de los paradigmas en las investigaciones históricas del urbanismo y la arquitectura	
María Emilia González Díaz/Jorge Ortiz Segura	57
Los métodos cualitativos y los estudios urbanos	
Antecedentes del uso de metodologías cualitativas en la UAM Azcapotzalco	
Leticia Algaba	73
La capital novohispana desde el taller del imaginista	
Historia urbana y planeación	89
Gerardo G. Sánchez Ruiz	91
Movimiento de la planeación moderna de ciudades en América latina, 1872-1938	
Reseñas críticas	119
Judith Domínguez Serrano	121
Desafío de las Ciudades Globales	
Sergio Tamayo	127
Regreso al espacio público	
Los autores	135

Presentación

El presente Anuario 2006-1, está estructurado en dos partes, cuyas temáticas tratan sobre concepción del espacio, historia urbana, planeación y sus órdenes metodológicos.

La primera parte, se inicia con el trabajo de Cisneros sobre la concepción del espacio que explica las dos propuestas más desarrolladas de la antigüedad acerca del espacio; las de Platón y Aristóteles, para quienes, si bien el espacio era un lugar común, un receptáculo de las cosas del mundo; sus diferencias residían en el pensamiento: el platónico, más idealista y el aristotélico, más objetivista, con sus subsecuentes efectos sobre la concepción del espacio y el nacimiento de la física.

Diferencias que también han promovido en la historia el surgimiento y desarrollo de metodologías cualitativas y cuantitativas para el estudio del espacio, particularmente el urbano.

En ese sentido, el artículo de Ortiz y González, aborda la metodología cualitativa en los estudios urbanos y en él se intenta demostrar que las metodologías de corte cualitativo pueden constituirse en herramientas útiles para el estudio del fenómeno urbano. En el texto, primeramente se describe cómo este tipo de metodologías fueron utilizadas por primera vez desde hace más de quince años en la UAM-A, en una investigación sobre la evaluación de la función docente. Posteriormente, se relata cómo el Área de Estudios Urbanos desde su refundación optó por este tipo de metodologías, mismas que aplicó tanto a la investigación (cuyos resultados están en el Anuario de Estudios Urbanos y en el Anuario de Espacios de Arquitectura) como a la docencia en la licenciatura y el posgrado. Asimismo, se justifica el porqué las metodologías cualitativas ayudan a explicar los complejos fenómenos del urbanismo, partiendo del hecho de que tienen sus raíces en la filosofía, la antropología social, la sociología cultural y la Escuela de Chicago. Finalmente, se da cuenta de las tres perspectivas más interesantes para los estudios en las interacciones sociales para la ciudad como son: la etnografía, el procesualismo y el estudio de caso.

En la segunda parte, desde una perspectiva crítica, Narváez propone la utilización de nuevos paradigmas para el análisis histórico del urbanismo y realiza una revisión crítica de las maneras en que algunos historiadores han utilizado un determinado concepto de paradigma en sus investigaciones o reflexiones de la arquitectura, el urbanismo, así como la posibilidad de una "micro-historia urbana", la metodología de los estudios

de caso en arquitectura y la psicología del diseño arquitectónico. De este modo, esta revisión está directamente relacionada con la crítica de un famoso ensayo del historiador Carlo Ginzburg sobre los indicios y los paradigmas, la cual se ofrece para justificar una invitación a revalorar los enunciados de Thomas S. Kuhn (1922-1996) acerca de la función técnica del vocablo paradigma en la investigación histórica de las ciencias. Se argumenta sobre las razones etimológicas, teóricas y didácticas por las que Kuhn asoció jerárquicamente el término técnico paradigma con el concepto de matriz disciplinaria, concluyendo que, en todo caso, conviene incorporarlos en esa precisa combinación al vocabulario analítico de los historiadores de la ciudad y la arquitectura.

Finalmente, Sánchez elabora una revisión crítica de la concepción tradicional de la ciudad latinoamericana, con su tema sobre el movimiento de la planeación moderna de ciudades en América Latina, pues nos muestra cómo las ideas de Le Corbusier, ya existían y se aplicaban en la región en grandes trabajos de planeación de ciudades, en su propia medida y de acuerdo con los niveles de exigencia. Así, en cada país se estructuraban acciones de saneamiento, pavimentación de calles, delimitación de actividades e impulso de legislaciones, al tiempo que se llevaban a cabo grandes planes como los formulados desde fines del siglo XIX para Buenos Aires, Brasil, Chile, o los generados a lo largo de la mitad del siglo XX en casi todas las ciudades importantes. En suma, esos trabajos reflejaban no sólo los deseos por remontar un pasado colonial, acceder a las notas del progreso observado en la metrópolis,

sino además, la forma en que en el área se interpretaba y apropiaba de la planeación moderna de ciudades.

Por lo visto, en general, los artículos expuestos muestran importantes avances en el análisis de las limitaciones paradigmáticas actuales de acercamiento a la concepción del espacio urbano

y su historia, por lo que esperamos sean el pretexto para abrir nuevas rutas en la investigación de estos campos del conocimiento.

Eliás Huamán
Editor

■ **Concepción del espacio** *y metodología*





El lugar *del mundo*





Resumen

En este trabajo se presentan las dos propuestas más desarrolladas de la antigüedad acerca del espacio, las de Platón y Aristóteles. Es analizada la idea de que para estos dos grandes filósofos el espacio era un lugar, un receptáculo de las cosas del mundo. Además, en ambos casos se toma nota del carácter teleológico naturalista del mundo y de lo espacial. Los fenómenos estaban dados por naturaleza, eran perceptibles por los sentidos y sólo era necesario explicarlos sistemáticamente. Junto con ello se muestra la diferencia entre el pensamiento platónico; más idealista, y el aristotélico; más objetivista, con sus efectos sobre la concepción del espacio y el nacimiento de la física.

Palabras clave: espacio-lugar, naturaleza, ideas, física.

Abstract

This work present the two more development proposals of the antiquity about the space, created by Plato and Aristotle. Here is analysed the idea that for this two great philosophers space was a place, a recipient of the world's things. Almost, in both cases is taking note about the teleologic naturalist character of the world and the space. Phenomenon was given by nature, it was by the senses and only was necessary explain it systematically. With this it's showed the difference between Platonic thought; more idealistic, and the Aristotelian; more objective, with its effects on the conception of the space and the born of the physics.

Key words: space-place, nature, ideas, physics.

Armando Cisneros Sosa

División de Ciencias Sociales y Humanidades, Departamento de Sociología,
Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco
cisneros_armando@hotmail.com

El lugar del mundo¹

La idea de espacio, como parte de la "ciencia de la naturaleza", tuvo su origen con Aristóteles (384-322 A.C.) Entre los filósofos griegos aparecieron con anterioridad otras versiones del espacio. Pitágoras había establecido el carácter esférico de la Tierra y desarrolló una geometría contundente, de la cual prevalece su famoso teorema del triángulo.² Demócrito había fundado el concepto de espacio vacío, en el que la materia estaba formada por el átomo, lo indivisible. Pero la filosofía del espacio más desarrollada y decisiva de la antigüedad, con una vigencia oficial de siglos y discutida aún en la modernidad, brotó por primera vez en dos tratados aristotélicos: "Acerca del cielo" sobre la mecánica celeste y la gravedad de los cuerpos, y la "Physis" o naturaleza, sobre una mecánica más estrictamente terrestre, que después daría nombre a la ciencia general de la materia y la energía.

El horizonte de conocimientos del que partió Aristóteles para levantar un nuevo concepto de espacio fue la filosofía de la Grecia clásica y en particular la de Platón, su maestro, cuyo legado era entonces el más considerable y autorizado de la época. El espacio geométrico, con sus múltiples formas precisas, tenía un lugar preponderante en la vida ateniense del siglo IV antes de Cristo, al-

rededor de la olimpiada C. Triángulos, círculos y otras figuras geométricas se combinaban con formas humanas o animales en el arte griego. Danzas religiosas, en las que los bailarines formaban círculos, representaban los cursos de los planetas. En el Partenón y otros templos, grandes ejemplos de la arquitectura e ingeniería griegas, la fachada era coronada con un triángulo isósceles. Pero sobre todo, gracias a la influencia de los pitagóricos, para el estudio de la filosofía era indispensable el saber geométrico. En la *Academia* de Platón se exigía como requisito de ingreso el manejo de la geometría. A la entrada de la escuela había un letrero que rezaba: "Nadie ingrese aquí si ignora la geometría" (Platón, 2003: xiv). Todo ello suponía un celo geometrizador, como instrumento para definir los cuerpos de la naturaleza, pero también como recurso místico.

En "El Timeo", la parte de los *Diálogos* dedicada a la naturaleza, Platón afirmaba que el universo, siendo de origen divino, tenía formas esféricas, como la cúpula celeste. Sus grandes movimientos, como los del Sol, la Luna y la esfera celeste, eran circulares, lo que significaba que eran perfectos. El todo se mueve permanentemente, pero siendo una creación había tenido un principio, de donde surgiría la idea de un primer motor, un creador. La Tierra, en el centro del universo esférico, era plenamente estable. Siete planetas o errantes giraban a su alrededor: el Sol y la Luna, junto con Venus, Mercurio, Marte, Júpiter y Saturno, destinados a marcar la medición del tiempo. Los números no eran otra cosa que el resultado de ese ordenamiento temporal del universo. Platón decía que "las cosas que se mueven y caen bajo

los sentidos; son formas del tiempo que imita a la eternidad al efectuar sus revoluciones medidas por el número" (Platón, 2003: 319 Timeo). Nacían así dos conceptos básicos del conocimiento de la naturaleza, el tiempo y el número, posibles a partir de la observación razonada del movimiento celeste. Además, un sentido clave, la vista, junto con la lógica, daban paso a la definición del movimiento ordenado (Platón, 2003: 319, Timeo).

Había también en el platonismo cuatro elementos que sintetizaban los componentes de la naturaleza (tierra, fuego, aire y agua), cada uno de los cuales contenía la explicación de lo pesado y lo ligero, ejerciendo una especie de magnetismo que hacía que todos los cuerpos menores de la misma condición fueran hacia ellos. Todos los elementos, a la vez, estaban formados por pequeños triángulos: la figura pura. El fuego, la luz del mundo, era explicado como un "cuerpo acerado, [en el cual] tenemos que considerar [...] la agudeza de sus aristas y sus puntas, la pequeñez de sus partes y la rapidez de su movimiento, que fuerte y cortante corta todo lo que encuentra" (Platón, 2003: 344, Timeo). Se trataba de un conjunto de ideas que daban consistencia a un saber sobre el universo y a conceptos clave de la medición del movimiento, pero a la vez, era notable una carga determinista ligada a las percepciones geométricas. Detrás de cada fenómeno natural había una especie de plan perfecto.

La esencia de las enseñanzas de Platón era el idealismo, es decir, el dominio de la idea como generadora del mundo. Para dar a las ideas el peso que merecían, Platón había dividido previamente el todo en dos grandes partes: "lo sensible y lo inteligible". "¿Son únicamente verdaderos los obje-

tos que vemos y sentimos por las diversas partes de nuestro cuerpo?, ¿no hay otros absolutamente?, ¿estamos en un error cuando decimos que cada uno de ellos se refiere a una esencia inteligible y no son estas palabras vanas?... Sería una gran suerte, subrayaba, que nos fuera posible circunscribirnos a estrechos límites" (Platón, 2003: 332, Timeo). Este solo argumento, que instituía la ordenación primigenia de las cosas y su representación, donde dependían las primeras de las segundas, sería el más antiguo antecedente del valor social de las ideas. El mundo de lo inteligible, era constante, sin espacio ni tiempo, como la geometría. Pero no todo lo inteligible tendría esa potencia indestructible. En realidad las ideas eran de dos clases: las que nacían de la inteligencia como tal y las de la "opinión", la "creencia" o la "conjetura", ligadas estrechamente a lo sensible y a las tareas de los hombres no ilustrados. Lo fundamental era que las ideas eran la base de un mundo teleológico. Ellas regían y estaban antes de lo sensible, como el diseño de una silla da lugar a esa silla. Pero además, advertía, el mundo sensible no podía existir sin un receptáculo. Esa sustancia, permanente, "madre de las cosas, [...] invisible e informe" (Platón, 2003), era ¡el espacio! Platón había colocado así al espacio como un elemento intermedio entre lo visible y lo invisible, capaz de recibir todas las formas del mundo concreto y de conectar, de manera "oscura e inexplorable", lo sensible con lo inteligible. La definición que Platón desarrolló en el Timeo señalaba:

El espacio eterno, que no puede ser destruido, que sirve de teatro a todo lo que nace, que sin caer bajo el dominio de

¹ Este es el primer capítulo de *El sentido del espacio*, libro que próximamente publicará la editorial Miguel Ángel Porrúa.

² El Teorema de Pitágoras reza: el cuadrado de la hipotenusa es igual a la suma de los cuadrados de los catetos.

los sentidos es perceptible solamente por una especie de razonamiento bastardo, en el que sólo con trabajo creemos, y que entrevemos como en sueños, diciendo que es absolutamente necesario, que todo lo que sea en algún lugar... ocupe algún espacio, y que lo que no está ni en la Tierra ni en algún otro punto del cielo es nada" (Platón, 2003: 333, Timeo).

El espacio, entendible sólo mediante recursos no estrictamente lógicos, aparece como el componente central de la secuencia entre lo sensible y lo inteligible, como un útil infinito e indispensable para entender el mundo y las ideas, e inclusive para dar lugar al mundo mismo. Al usar el espacio, sabemos que algo está ahí, de una determinada forma. En cualquier caso usamos el espacio ligado a los sentidos, para ver lo que existe y para entenderlo a partir del intelecto. Pero Platón distinguía otra entrada al conocimiento del espacio: la geometría. Platón denominaba a esa puerta, obligatoria para los académicos, el ejercicio de la "inteligencia discursiva", una forma de la inteligencia. Sin embargo, en su análisis crítico de la geometría, Platón advertía que:

Quienes se ocupan de geometría, aritmética y otras disciplinas similares parten de la hipótesis de que existe el número par y el impar, diversas figuras, tres clases de ángulos y otras cosas emparentadas con éstas en cada disciplina, y proceden luego como si las conocieran, cuando en realidad no las han tratado sino como hipótesis; por lo cual estiman que no tienen en absoluto por qué dar razón de ellas ni a sí mismos ni a los demás, dándolas así por evidentes a todos. De ellas arrancan, en suma, para recorrer lo que les resta, hasta terminar, por deducciones consecuentes, en la

proposición por alcanzar... Se sirven de figuras visibles, a las que refieren sus razonamientos, sólo que no pensando en ellas mismas, sino en las otras figuras perfectas a que las primeras se asemejan. De este modo razonan del cuadrado en sí y de la diagonal en sí, y no de la diagonal que dibujan[...] Todas estas figuras que modelan o dibujan, y que proyectan sombras o reflejan en el agua sus imágenes, las tratan como si a su vez fuesen imágenes, en su afán de ver aquellas figuras absolutas que nadie puede ver de otro modo que por el pensamiento" (Platón, 1971: 238 y 239).

Platón, amante de la geometría, era así capaz de censurar las posiciones reduccionistas que aparecían entre algunos geómetras, las mismas que fueron convirtiéndose en una tradición en el manejo de las figuras exactas, primero convertidas en hipótesis y luego en verdades absolutas, como si existieran realmente y no fueran producto del pensamiento. Asomaba así un primer avance de lo que Husserl desarrollaría en el siglo xx como el origen culturalmente acotado del conocimiento.

Lo que Aristóteles confrontaría sería, entonces, la idea platónica de un espacio geométrico, claramente inteligible, junto con la idea de un espacio interpuesto entre las ideas mismas y el mundo sensible, teniendo como particularidades lo invisible, informe y eterno. Todo ello producto de una creación divina del mundo, como idea y motor inicial, determinante y teleológico. Para el carácter práctico y objetivo de Aristóteles eso sería un desafío fundamental. Habiendo seguido las enseñanzas de Platón durante cerca de 18 años, buscaría desplazar las concepciones deterministas por concepciones más objetivas. Para Agnes Heller la teleología de Platón unificaba de mane-

ra absoluta la idea con la obra. ¿"En qué modelo se inspiró el arquitecto que construyó el universo?", diría Platón, "Si el mundo es bello y su creador excelente, es evidente que tuvo ante los ojos el modelo eterno" (Platón, 2003: 312). En cambio, Aristóteles ponía más énfasis en el proceso. Entre la idea y su fin existe algo, no solamente un espacio abstracto, básicamente los medios o los pasos por los que algo es realizado. Heller diría que con Aristóteles "el trabajo no se limita ya a la idea ni al resultado de su proyección, sino que se prolonga al proceso por el que el resultado se va formando a través de condiciones diversas" (Heller, 1998: 217). Por tanto, si el universo platónico obedecía estrictamente a una idea, el de Aristóteles respondía a una idea y al proceso concreto de su realización. En ambos filósofos, sin embargo, privaba en mayor o menor medida un origen incuestionable, una dosis teleológica que implicaba aceptar el mundo, incluyendo lo social, tal como era, por los imperativos de la naturaleza.

El genio de Aristóteles, "la inteligencia de la Academia", según Platón, emprendería la construcción de un concepto alternativo de espacio y una nueva interpretación de la naturaleza en su propia escuela, el Liceo (próximo a Lykeios, recinto de Apolo, dios encargado de la dirección de la música, la poesía y la filosofía en general) (Graves, 1994: 98). Para demoler los castillos ideales de su maestro levantaría los cimientos de un saber concreto sobre el mundo sensible. Nada existe en el entendimiento que no haya aparecido antes en los sentidos, decía, bajo una lógica que sería consecuente con Platón y los platónicos pero implacablemente objetiva. Un intenso espíritu de

investigación le permitiría resumir las posiciones y descubrimientos de los estudiosos de su época, apoyándose en la enorme biblioteca del Liceo. Estrictamente lógico y práctico, Aristóteles avanzaba con prudencia y reconociendo sus debilidades técnicas, pero siempre bajo inducciones ganadas en el análisis de los hechos concretos, arribando a conocimientos objetivos. La tarea era extraer de la naturaleza las verdades que aparecían a los ojos del sujeto como repeticiones sin fin y, en todo caso, como evidencias irrevocables. El método aristotélico tenía como premisa ir al origen de los fenómenos, a las causas, que eran básicamente cuatro:

- i. *La causa directa o "productora", como aquello que estrictamente provoca algo, como el trabajo de los arquitectos y los albañiles en la construcción de una casa.*
- ii. *La causa sustancial, como aquellos elementos de los que están hechas las cosas, como los tabiques y el cemento de las casas.*
- iii. *La causa como objetivo concreto o bien para algo, como la casa que fue hecha para refugio de las personas.*
- iv. *Y al último, sin abandonar totalmente a Platón, la causa como idea esencial, entendida como el plan y la forma de la casa, en todo caso el modelo-fin hacia el cual nació algo*

Adicionalmente, Aristóteles soltó marginalmente una quinta causa, la suerte, como accidente, lo que daba un cierto lugar a la fuerza del azar, si bien ésta causa quedaría relegada a tener efectos exclusivos en los actos voluntarios del hombre.

Para la naturaleza, Aristóteles acentuaba el carácter directo de las causas eficientes, estrictamente físicas. Todo lo natural es "por algo", mientras que, para quien elige, para la praxis, puede existir el azar (Aristóteles, 1996: 33-37). Aristóteles seguiría así, para el conocimiento del mundo físico, tres causas estrictamente eficientes, de donde nacería un nuevo ordenamiento de la naturaleza, más una causa teleológica, como idea de la esencia o creación del universo.

En "Acerca del Cielo" (el *De Caelo* medieval) Aristóteles expuso con minuciosidad la composición entonces observable del universo. Dos elementos fueron centrales: el movimiento, un rasgo genérico, y la forma esférica, que asentaba la evidencia de una idea geométrica. La esfera, en tanto figura platónicamente perfecta, plenamente movable, sería la base o causa formal del todo. El universo es esférico, tal como la Tierra y los siete planetas. Además, la Tierra, que estaba en el centro, podía calcularse con la observación de las estrellas, era "una esfera no muy grande [... de unas] cuarenta miríadas <de estadios>" (unos 70 mil kilómetros de longitud de la circunferencia, casi el doble de la medida moderna) (Aristóteles, 1996: 161-162). Además, había en ese universo una gran división. En primer lugar un mundo sublunar. Es decir, la Tierra y su entorno inmediato. Ahí, la primera esfera, la Tierra inmóvil, era plenamente corruptible, con hombres, animales y plantas perecederos. A la vez, en la Tierra aparecían los cuerpos graves o leves, con un movimiento lineal, arriba-abajo, establecido por la ruta que su propia naturaleza señalaba. Y en segundo lugar estaba el cielo,

con sus planetas y estrellas incorruptibles, siempre brillantes, imperecederos, totalmente puros, realizando un movimiento infinitamente circular, perfecto. En este universo, objetivo y teleológico, aparecen también los cuatro elementos básicos, más un quinto: el éter del cielo, que es tan incorruptible como las estrellas.

El universo esférico y cerrado de Aristóteles, es un mundo (de la palabra griega *kósmos*, orden) en el que todo se mueve sobre algo, como los barcos en los ríos. No existe el vacío entre los componentes de los cuerpos, como decían los atomistas. Siempre hay algo entre los cuerpos, al menos aire, música o luz. Admitir el espacio vacío sería tanto como admitir la existencia del ser y del no ser al mismo tiempo. Además, el no ser, el espacio en eterno reposo, iría contra la lógica de la dinámica del mundo. El universo es un todo en movimiento, de cuerpos celestes sobre una serie de esferas concretas, a su vez sobre el éter. Objetos graves y leves están sobre la Tierra, como elementos que van hacia su igual por efecto de una naturaleza estrictamente determinada. Siempre se trata de un movimiento sobre cosas, algo concreto, objetos que cambian de lugar y que no pueden sobreponerse uno a otro de acuerdo con principios universales. Más que espacio, lo que hay son lugares de los objetos, con magnitudes y límites concretos. En todo caso habría un espacio sustancial, natural y plenamente objetivo.

Junto con el espacio-lugar y el movimiento, el tiempo será un tercer componente de la naturaleza, como sucederá después en toda la mecánica moderna. El tiempo es el antes que ya no es, y el futuro, que tampoco es, más lo que sí es. Aristóte-

les lo define como el cambio, o con mayor precisión, el número o la medida del cambio. El cambio puede ser de lugar, como el movimiento de los astros, o de cantidad o cualidad, como en los objetos terrestres. La forma más fácil de medirlo será atendiendo a su condición de cambio de lugar y por tanto tendremos, como lo registra Platón, un tiempo del número del movimiento astronómico, o dicho de otra forma, una cualidad intelectual, la medición, aplicada a la percepción del movimiento macrocircular. Como unidad de medida del movimiento, teórica pero también empírica, el tiempo será finalmente infinito. Es un "antes", un "ahora" y un "después", como conceptos propios de lo interminable. El tiempo podrá ser tan pequeño o tan grande como queramos y a la vez, será uniforme, en tanto medición que ha nacido también de la concepción del movimiento astronómico infinito. Días, meses y años podrían tener mayor vigencia, incluso una vigencia eterna. "El número mediante el cual contamos (el tiempo) decía Aristóteles, no es ni rápido ni lento" (Aristóteles, 1996: 101). Será un tiempo fijo e invariable, prácticamente absoluto, similar al que usaría Newton, algo que corre independientemente de la percepción puramente ideal de lo "rápido" y lo "lento". Aristóteles se ha despegado así plenamente de Platón y, sin embargo, advierte que el tiempo tiene una dimensión no fija, vinculada más estrechamente con el sujeto. Sugiere finalmente, como "digno de una investigación" el estudio de la manera en que "se comporta el tiempo en relación al alma" (Aristóteles, 1996: 108). Tal empresa, como sabemos, tardaría en ver la luz hasta 1927, cuando Heidegger, quien decía que la *Física* de

Aristóteles era "el libro de fondo de la filosofía occidental," (Aristóteles, 1996: x) publicaría *El ser y el tiempo*.

El espacio físico, dentro de la lógica aristotélica, era radicalmente empirista pero aún fuertemente tributario de la teleología antigua. Era el lugar concreto, en el universo visible, siempre ocupado, como evidencia externa y, por tanto, como lo finito y necesariamente ocupado. Lo infinito y el vacío espaciales sólo serán posibles en potencia, pensando en algo más allá del cielo o en un espacio teórico. De esa imposibilidad empírica, sin embargo, Aristóteles sacaría una conclusión asombrosa: Si hubiera vacío, señalaba, "nadie podría decir por qué algo movido se detendrá en alguna parte (del vacío). ¿Por qué más bien aquí que allá? De tal suerte, o bien estará en reposo, o bien es necesario que haya un traslado hacia el infinito, si no hay algo más fuerte que lo impida." (Aristóteles, 1996: 87, 88). Así, por la vía del absurdo, como imposible empíricamente, quedarían expuestos los componentes que, desde una óptica moderna, totalmente opuesta, darían forma a la primera ley de Newton, la ley de la inercia: cuerpos, fuerzas, vacío, movimiento potencialmente infinito y en reposo.

Aristóteles desarrollaría también un concepto espacial basado en lo dado, en acto. Resultado de la observación de la naturaleza, el espacio, lo evidente, el lugar, lo limitado, sería "el primer límite inmóvil de lo abarcante", (Aristóteles, 1996: 79) algo surgido de lo concreto y unido a él indefectiblemente. Habría que decir, siempre, si las cosas están "juntas", "separadas", "en contacto", "en medio de", o son "consecutivas", "contiguas" o

"continuas". Y, en tanto quedaba atado el espacio a un lugar físico, el movimiento no sería posible a distancia, sino con el contacto concreto. Aún la potencialidad de las piedras traídas a Atenas de la cercana Magnesia, los magnetos, se producía sobre cosas que movían a cosas, al menos el aire que iba quedando atrás. Para los físicos modernos, dos mil años después, tampoco podría darse la atracción magnética sin que hubiera algo así como un "campo magnético".

A pesar de su finitud y su densidad, el espacio-lugar aristotélico también sería invariable y consistente. En tanto susceptible de medición, la realidad o la "res extensa" como diría Descartes, podrá tener unidades fijas. Las tres magnitudes de la cosa, (largo, ancho, alto) implicarán necesariamente distancias empíricas fijas (miríadas, estadios), comparables en términos proporcionales. Así, Aristóteles logra establecer una serie de reglas del movimiento y del reposo, en tanto reglas de un espacio y un tiempo objetivos. Dedujo por ejemplo que:

- i. *Un cuerpo puede moverse más rápidamente por dos razones: o bien porque el medio en que se mueve es más propicio al movimiento (agua, aire, tierra), o bien porque tiene mayor "peso", dándose todo lo demás igual.*
- ii. *Cada movimiento tiene una "proporción" con otro movimiento, en función del tiempo cubierto y del medio en que se mueven.*
- iii. *"Los cuerpos con mayor fuerza, sea de peso para caer, sea de ligereza para subir, si todo lo demás es igual, recorren más rápidamente un tramo igual (que los de menor fuerza), según la propor-*

ción de sus respectivas magnitudes" (Aristóteles, 1996: 88-90).

Nació así una episteme sobre la mecánica espacio-temporal del universo y de las cosas en la Tierra, que se ampliaría y reformaría permanentemente, pero que podría partir ya de los hechos concretos, más que de ideas puras. No obstante, una orientación teleológico-platónica persistía sosteniendo el conjunto de sus análisis. Los elementos iban hacia el lugar que por naturaleza les pertenecía, por "gravidad" o "levedad", y había un "motor inmóvil", original, que todo lo había movido y que le había dado un ritmo. En la *Metafísica*, escrita después de la *Física*, señalaba:

El ser inmóvil mueve por objeto del amor, y lo que él mueve imprime el movimiento a todo lo demás [...] El motor inmóvil es, pues, un ser necesario; y en tanto que necesario, es el bien [...] Sólo por poco tiempo podemos gozar de la felicidad perfecta. Él la posee eternamente [...] Si Dios goza eternamente de esta felicidad [...] es digno de nuestra admiración [...] y Dios es la actualidad misma de la inteligencia; esta actualidad tomada en sí, tal es su vida perfecta y eterna" (Aristóteles, 2002: 262-263).

La naturaleza tenía así una lógica observable, analizable pero finalmente determinada por el bien, por lo divino y perfecto. En la *Metafísica* como en *De Caelo* Aristóteles acentuaba esa raíz teleológica. En cambio, en la *Física* (Aristóteles, 2001) aparecía con más fuerza una razón analítica, asentada sobre los eventos objetivos y convirtiéndose en piedra de toque para el saber sobre la naturaleza. Armado con el estudio del movimiento y de sus

componentes básicos, Aristóteles había logrado un conocimiento diferente al de Platón, alejado de la invisibilidad de las ideas. Había finalmente alumbrado la "caverna" con la luminaria del entendimiento de los procesos sensibles. No obstante, si bien su conocimiento de lo físico era superior al idealismo, en tanto reflejo directo de la observación del desenvolvimiento de los fenómenos naturales, aún estaba lejos de la ciencia moderna. Sus observaciones eran postulados genéricos, sin posibilidades ni intención de experimentación o matematización. "El método matemático no es el de los físicos", afirmaría, en principio porque los números no existen, son abstracciones del mundo y la física trata sólo de lo sensible (Aristóteles, 2002: 41). Más aún, los hechos físicos mantenían una carga valorativa, el movimiento circular y la esfera, como la caída o elevación de los cuerpos, seguían siendo sublimes por ser celestes o por tener movimientos invariables.

La modernidad demostraría que Aristóteles y Platón, no habían creado una verdad definitiva sobre el mundo. Tardarían más de mil años en llegar, pero finalmente arribarían muy serios cuestionamientos a sus concepciones. La *Física* de Aristóteles era una forma contundente de ver el mundo, objetiva, producto de la inteligencia, de los conocimientos de la época y del ejercicio de los sentidos, pero también era parte de ese componente de la realidad que Platón llamaba el mundo de las ideas (Aristóteles, 2001). El espacio-lugar de Aristóteles, estrechamente unido a los cuerpos como tales, era también una representación teleológica del fenómeno, del *phaenomenon* o apariencia perceptible. En tanto magnitud sensible, el espa-

cio-lugar era una magnitud pensable, representable y susceptible de un análisis universalista, el de una "ciencia" en ciernes: la física. Pero además, tanto la representación aristotélica del espacio, como la del mismo Platón, no tenían aún el estatus moderno de "ciencia", a pesar de que para ellos esos conocimientos constituían la "ciencia de la naturaleza". Esto era así no sólo por la ausencia de experimentación, sino porque en la Grecia antigua las ciencias estaban contenidas en la filosofía, como grandes esfuerzos de clasificación y objetivación del mundo. Las ciencias antiguas eran componentes de un saber genérico y, por tanto, sin el papel estrictamente cuantitativo y experimentable que adquirirían en la modernidad. La Academia y el Liceo brillaron con las enseñanzas de sus maestros y fueron parte fundamental de la historia de la filosofía antigua, en donde "el pensamiento y la contemplación [tenían] su fin en sí mismos" (Aristóteles, 1973: 282). La idea aristotélica de espacio-lugar, como la platónica de espacio entre lo sensible y lo inteligible, pertenecieron, por tanto, a un saber que no podía ser instrumentalizado como elemento de una razón que tuviera que aplicarse sobre la vida práctica en su conjunto. La geometría definía formas abstractas como ciencia específica o ayudaba a reconocer las formas del universo, pero siempre mantenía el carácter de representación teleológica. La ciencia era un saber que se expresaba como análisis lógico, fusionando los elementos concretos de la naturaleza con conceptos culturalmente determinados por la Grecia clásica. El espacio-lugar de Aristóteles y el espacio-representado de Platón fueron espacios especulativos u operativos so-

bre la naturaleza objetivamente analizada, siempre ligados a un fin preestablecido, como fuerza determinista de la naturaleza, no matematizada y calificada geométricamente. Todo ello sería una enorme barrera entre el pensamiento antiguo y el moderno. Sin embargo, las ideas de ambos filósofos constituyeron monumentales avances en su época y sirvieron para conocer de alguna forma el cielo o el movimiento genérico en la Tierra durante siglos, conformando los rudimentos del saber occidental y, más aún, proyectándose hasta nuestros días. El espacio representable geométricamente, ligado al tiempo como cambio o al lugar como objetivamente dado, permanecería como una constante del mundo inteligible.

Bibliografía

- Aristóteles (1973), *La política. Ética nicomaquea*. Porrúa, México.
- _____ (1996), *Acerca del cielo*. Gredos, Madrid.
- _____ (2001), *Física*, UNAM, México.
- _____ (2002), *Metafísica*, Porrúa, México.
- Graves, R. (1994), *Los mitos griegos*, Alianza, Madrid.
- Heller, A. (1998), *Aristóteles y el mundo antiguo*, Península, Barcelona.
- Platón. (1971), *La República*, UNAM, 1971.
- _____ (2003), *Diálogos*, Porrúa, México.

La cuestión de los paradigmas

en las investigaciones históricas del urbanismo y la arquitectura



Resumen

El artículo contiene una revisión crítica de las maneras en que algunos historiadores han utilizado un determinado concepto de paradigma en sus investigaciones o reflexiones de la arquitectura, el urbanismo, la posibilidad de una "microhistoria urbana", la metodología de los estudios de caso en arquitectura y la psicología del diseño arquitectónico. Esta revisión está directamente relacionada con la crítica de un ensayo famoso del historiador Carlo Ginzburg sobre los indicios y los paradigmas, la cual se ofrece para justificar una invitación a revalorar los enunciados de Thomas S. Kuhn (1922-1996) acerca de la función técnica del vocablo paradigma en la investigación histórica de las ciencias. Se argumenta sobre las razones etimológicas, teóricas y didácticas por las que Kuhn asoció jerárquicamente al término técnico paradigma con el concepto de matriz disciplinaria, concluyendo que, en todo caso, conviene incorporarlos en esa precisa combinación al vocabulario analítico de los historiadores. El objetivo último es promover la idea de que a los historiadores les resultará siempre más ventajoso incursionar directamente en las obras de Kuhn, supuesto que deseen utilizar una definición operacional mejor informada de paradigma.

Palabras clave: paradigma, historia urbana, historia de la arquitectura, microhistoria urbana, estudios de caso en arquitectura, psicología del diseño arquitectónico, Thomas S. Kuhn, Carlo Ginzburg.

Abstract

This paper contains a critical review of the manners in which some historians have used a certain concept of paradigm in their investigations or reflections about architecture, urbanism, the possibility of a "urban microhistory", the methodology of case studies in architecture, and the psychology of architectural design. This review is directly related to a critical appraisal of a famous essay on clues and paradigms by the historian Carlo Ginzburg intended to justify an invitation to revalue the statements of Thomas S. Kuhn (1922-1996) regarding the technical function of the term paradigm in the historical research of the sciences. The author presents arguments about the etymological, theoretical and didactic reasons for which Kuhn associated in a hierarchical fashion the technical term paradigm to the concept of disciplinary matrix, concluding that in any case it is convenient to incorporate them in such precise combination into the analytical vocabulary of historians. The main aim of this article is to promote the idea that historians will always receive a greater advantage by studying directly the works of Kuhn whenever they want to use a better informed operational definition of paradigm.

Keywords: paradigm, urban history, history of architecture, urban microhistory, case studies in architectural research, psychology of architectural design, Thomas S. Kuhn, Carlo Ginzburg.

Roberto Narváez
Facultad de Arquitectura, Universidad Nacional Autónoma de México
gogmagog@prodidy.net.mx

Primera parte

1.

En décadas recientes, muchos investigadores han empleado el término *paradigma* en el análisis histórico de ciertos objetos o fenómenos del urbanismo y la arquitectura, con el propósito de incrementar el alcance teórico de las conclusiones inferidas. En general, proceden a la operación sin antes definir al citado vocablo en un claro sentido epistemológico. Sin embargo, es justo reconocer que una labor semejante difícilmente, puede ser culminada de una vez y para siempre, por un solo individuo. Así lo prueba el caso de Thomas Samuel Kuhn, quien desde 1968 dedicó varios libros y ensayos a justificar por la razón su propuesta de regularizar el uso de paradigma como un término válido para renovar los modelos explicativos del cambio histórico en las ciencias y estimular la reflexión crítica en torno a determinados métodos de la enseñanza científica —especialmente de la física— (Kuhn, 1970 y 1977). Varios comentaristas han argumentado que Kuhn jamás consiguió establecer un concepto de paradigma lo bastante unívoco para facultar su aplicación técnica en casos de estudio particulares. A mi juicio, tales argumentos merecen atención por cuanto están basados en una lectura cuidadosa de los textos kuhnianos, pero también es digno de nota que Kuhn examinó con detalle las objeciones más importantes que le formularon,¹

¹ Las clásicas, por llamarlas así, fueron reunidas en Imre Lakatos y Alan Musgrave. *Criticism and the Growth of Knowledge*. Cambridge University Press, Cambridge, 1970.

interpretándolas, ante todo, como una guía de los enunciados a propósito de *paradigma* en sus obras necesitadas de ampliación, precisión o rectificación. Al terminar el recorrido compuso artículos y ensayos donde se contienen glosas, análisis etimológicos y diversos comentarios acerca de los términos o expresiones más problemáticas que ubicó.

Los historiadores del urbanismo y la arquitectura no suelen revisar el expediente de tal debate. A menudo ni siquiera repasan con calma los enunciados textuales del propio Thomas Kuhn para descubrir hasta qué punto el paradigma no denota una cosa singular con total evidencia. Este descuido les impide percatarse de que Kuhn llegó incluso a proponer una expresión alternativa para significar con ella algo que, al menos en principio —y según sus declaraciones—, jamás pretendió significar con la voz en cuestión. También es oportuno aludir aquí al caso de los historiadores que probablemente han escrutado las páginas de Kuhn, sin embargo, adoptan con escasas o nulas restricciones críticas una versión conceptual de paradigma puesta en circulación por un tercer estudioso. Un ejemplo es la intelección de paradigma que Carlo Ginzburg, historiador italiano, comenzó a propagar desde 1978, la cual se ha vuelto prácticamente canónica en diversos ámbitos de la producción historiográfica.

De las dos tendencias recién descritas, en la segunda parte de este artículo me ocupo en analizar las implicaciones epistemológicas y metodológicas, básicamente, que presenta la segunda. En cuanto a este particular asunto, mi objetivo final es promover la idea de que a los historiadores, no obstante cuál sea el terreno de su especiali-

dad, les conviene incursionar con profundidad en las obras de Kuhn para discriminar los elementos informadores de una definición operacional de paradigma cuyo sentido apunte a cifrar los alcances de un tipo de razonamiento basado en analogías. Creo, en efecto, que cuando se recurre a una definición de paradigma regulada por intenciones teóricas, metodológicas y didácticas, y en estrecha fidelidad a las recomendaciones del propio Kuhn, resulta más fácil evitar las conclusiones precipitadas al comparar analíticamente casos aparentemente similares.

Tras exponer detalladamente los argumentos que avalan esta postura, usaré sus contenidos principales para cimentar las objeciones que juzgo indispensable oponer a los asertos preliminares de Ginzburg en su ensayo de 1978 "Indicios: raíces de un paradigma de inferencias indiciales", y aplicaré las prevenciones epistemológicas que sugiere la solución de esas objeciones en la tercera y última parte, por medio del análisis de un tema relativo a la psicología del diseño arquitectónico.

Ahora, en cuanto llevo dicho, de ninguna manera va implícita una estimación reprobatoria, valga decirlo así, de las diferentes adaptaciones conceptuales de paradigma seleccionadas por cada historiador según su conveniencia. En definitiva, pienso que la crítica de los modelos abstractos para asistir al entendimiento —en donde naturalmente interfiere la cuestión de un término como paradigma— y, de ser posible, facultar la predicción teórica, mejora escasamente cuando se la quiere nutrir con dogmas en lugar de observaciones concretas de las transformaciones operadas en un léxico científico, dependiendo del

modo en que los historiadores —por limitarnos a su caso— lo usan con la meta de lograr su particular propósito cognoscitivo en relación con un objeto al cual, dada su naturaleza específica, definen previamente con tanta amplitud como son capaces. En mi opinión, es un hecho que al proceder en semejante guisa y bajo el amparo de una noción (más o menos) clara de lo que se encuentran haciendo, los historiadores rara vez dejan de redondear interpretaciones verosímiles o construir hipótesis fecundas, dotadas de una genuina potencialidad explicativa para iluminar en cuanto sea posible todas las facetas de un fenómeno dado. Y para medir el grado de justicia en este dictamen, ocuparé los apartados restantes de esta primera parte en inspeccionar un grupo escogido de monografías o ensayos referentes al diseño y la planeación urbana, a la historiografía urbana, a lo que se podría denominar "microhistoria urbana", y a la metodología de los casos de estudio en arquitectura, publicados todos a partir de 1970.

2.

2.1.

Hay quienes apelan al potencial de la investigación histórica en un esfuerzo por vincular al saber actual en torno a los problemas del ambientalismo con los elementos informativos de un diseño realista y, en consecuencia, una planeación urbana inteligente.² De ordinario piensan que una

² Véase, por ejemplo, Amos Rapoport. *History and Precedent in Environmental Design*. Plenum, New York, 1990.

recopilación de "evidencias históricas" marca los límites de la investigación, y que explicar consiste en inferir de las evidencias una conclusión teórica. Sin embargo, la validez lógica o filosófico-científica de la síntesis final no ha de criticarse en la explicación o en la teoría, sino en un determinado paradigma subyacente que da sustento epistemológico al razonamiento en todas las fases del proceso inferencial. Hay validez teórica si se presupone válido al paradigma del que dependen las teorías y, por extensión (hasta cierto punto), la estructura formal y el contenido de las explicaciones deducidas teóricamente. (Francescato, S.F.) Según esto, las teorías representan un subproducto del paradigma, y valen lógicamente mientras cumplan lo que sería lícito llamar unas reglas, más o menos explícitas, impuestas por el paradigma. Pero sería un exceso injustificable confundir la función reguladora del paradigma con el papel que cumplen las leyes de función universal (lo cual no se ha demostrado que sólo suceda en ciencias naturales, como se sabe). El lenguaje de los paradigmas no pretende ser normativo hasta ese grado, sólo decimos que es regulador en tanto brinda pautas al entendimiento para resolver un conjunto de problemas siguiendo los pasos con que previamente se halló la solución a un conjunto de problemas análogo. Vista esta situación, conviene revisar los motivos por los que Kuhn insistió en caracterizar la función analítica de paradigma valorando estrictamente su significado etimológico de *ejemplar*. Más adelante presento los hallazgos que obtuve al incursionar en este asunto, durante mi crítica al ensayo de Ginzburg sobre los indicios.

Evidentemente, los autores de que estoy tratando, conciben al paradigma como un depósito de reglas para solucionar problemas mutuamente similares. Consideran que la planificación urbana puede guiarse por el paradigma de la ciudad como red. Insatisfechos con múltiples lineamientos del paradigma alternativo de la ciudad como hogar, una famosa metáfora que Alberti, en el siglo XVI, estimó adecuada para designar indirectamente un modelo de ciudad ideal cuyo aspecto es el de una sola gran casa donde se aloja la comunidad entera de los ciudadanos, y es posible construir mientras el arquitecto garantice la claridad en el diseño por medio de un control total de la geometría y la perspectiva (véase figura 1); (Francescato, 2001) este modelo, digo, al que todavía en los siglos XIX y XX prestaron su fe varios representantes célebres del movimiento moderno (destacando Ebenezer Howard, el inventor del concepto de la "ciudad jardín" —*Garden City*—, véase figura 2), (Howard, 1947: 50-57 y 138-147) y en el que Tony Garnier y Arturo Soria y Mata guiaron sus análisis omitiendo las lecciones de la historia,³ resulta anacrónico para sus detractores, pues

³ Esta circunstancia permite comparar al movimiento moderno con el llamado nuevo urbanismo, corriente que todavía se apega demasiado a la metáfora de la ciudad como hogar, lo cual es un síntoma de su escasa disposición a confrontar las consecuencias del predominio inicial de las máquinas y la era de la información en curso. Recurre a la historia para extraer modelos, entendidos como originales a los cuales copiar exactamente, pero nunca tipos (que por definición son susceptibles de transformaciones), y perpetúa la idea de que configurar el orden espacial equivale —o puede hacerlo— a poner los cimientos de un orden estético y moral renovado. Véase Harvey 1997: 1-3



Figura 1. Ciudad ideal diseñada por Francesco di Giorgio Martini en c. 1530.

Fuente: <http://www.fathom.com>.

desatiende la dinámica de las fuerzas económicas, políticas y sociales profundas, ignorando por ello el grado de su importancia en la creación de nuevas formas de organización social y establecimientos más físicamente humanos; piensan, en cambio, que cuando la investigación se acoge al modelo de la ciudad como red se justifica identificar a las redes con una serie de reglas derivadas

conceptualmente de los procesos de diseño; tales reglas constituyen una suerte de sintaxis evolutiva que contribuye a fijar los parámetros dentro de los cuales adquiere solidez cualquier configuración planeada para soportar los procesos específicos. (Francescato, 2001) De esta manera, el objeto de estudio son las redes tecnológicas en lo que se puede llamar el ambiente construido (caminos, puentes, sistemas de cloacas, estructuras de tránsito y comunicación, etcétera).

Este modelo debe mucho al arquitecto italiano Domenico Fontana (1543-1607), quien hacia 1585 se dedicó a reinventar la ciudad de Roma en servicio a las estrategias contrarreformistas del papa Sixto v.⁴ Al contemplar la obra de Fontana resalta la forma en que la ciudad simula, efectiva-



Figura 2. Diagrama para ciudad-jardín por Ebenezer Howard.

Fuente: <http://www.history.sandiego.edu>.

⁴ Para datos biográficos de Fontana, véase el URL http://www.roma.katolsk.no/bio_dfontana.htm.



Figura 3. Plazas de la Roma barroca por Domenico Fontana.

Fuente: <http://www.pitt.edu/>.

mente, una red: los espacios urbanos adquieren el aspecto de nudos; la distribución de columnas y la organización de las calles —trazadas rectamente— generan la impresión de ser túneles visuales que conducen de un espacio nodal a otro; la interconexión de los nudos gana presencia espacial por la arquitectura, como lo ilustran las grandes plazas de la Roma barroca (véase figura 3). Los elementos ejemplares de semejante visión epitomizan una característica crucial de los patrones económicos y sociales en boga, pues in-

dudablemente la metáfora de la red es apropiada para sugerir el nivel de imposición alcanzado por las actuales tecnologías de la información —destacando la Internet— sobre las vías de comunicación con que los individuos, a nivel nacional o internacional, solían efectuar sus intercambios. Es natural, así, que los propugnadores de la ciudad como red apoyen las hipótesis y propuestas de solución basadas en un paradigma centrado en la urgencia de reconciliar las necesidades humanas con las tecnologías de la información.

2.2.

Se considera que la Exposición Mundial de Chicago de 1893 (véase figura 4)⁵ ilustra la emergencia de un discurso radicalmente ligado a los estilos modernos de planeación urbana (Gilfoire, 1988:175-204). En el mundo anglosajón se estima, desde 1980, que aquella Exposición simboliza el inicio de las fracturas en el campo de la historiografía urbana, con toda la confusión interpretativa que la inunda desde entonces. En atención a tal diagnóstico se han desarrollado tipos de investigación destinados a superar la metodología normalmente socorrida en las décadas de 1960 y 1970. Ahora, parafraseando a Kuhn es válido afirmar que la nueva "normalidad" en los métodos inquisitivos en historia urbana se basa en unos paradigmas por cuya rectoría se busca incrementar la nitidez de visión a través de la brumosa multitud interpretativa. Es de observar que paradigma, en esta línea de análisis, designa meramente a lo que se podría llamar un "tema fuerte" de la historiografía urbana, quedando prácticamente anulada su función crítica para juzgar del valor epistemológico en los modelos de razonamiento por analogía.

En Estados Unidos, el paradigma o "tema fuerte" de la cultura es prominente. Ha sido clave en textos donde se contrastan hipótesis relativas a la injerencia de los migrantes en la construcción de una identidad social ciudadana, (Scherzer, 1992 y Scout, 1989) en libros donde se ha intentado apli-



Figura 4. Cartel para la Exposición Mundial de Chicago de 1893.

Fuente: <http://www.chicagohs.org>.

car las denominadas teorías de las subculturas para estudiar el simbolismo con que ciertos grupos marginales de la sociedad certifican su identidad en las grandes urbes,⁶ y en estudios de caso tendientes a revelar la complejidad interna de las

comunidades urbanas por vía de un análisis del discurso común a grupos sociales normalmente reconocidos debido a sus esfuerzos de manipulación callejera según su conveniencia (Zeynep, Favro, Ingersoll, 1994). Esas teorías de las subculturas, por cierto, son comparables al análisis de redes cuyo ejercicio ilumina en buena medida las motivaciones de los actos humanos en un contexto social, sin embargo, en el género de investigaciones a que vengo refiriéndome se complementan con las "teorías de la acción individual", admitidas como un medio explicativo del cambio social radicalmente heterogéneo a los modelos estructurales o funcionalistas diseñados para lograr el mismo fin; en este sentido vale interpretar el espíritu etnográfico en la famosa descripción densa — *thick description* — propuesta por el antropólogo Clifford Geertz, a la cual varios autores han caracterizado como un "individualismo metodológico" influenciado por la modelística formal de la cibernética (proceso, retroalimentación) y la economía (teoría de juegos).⁷

La insistente formulación de preguntas en torno al dinamismo de las subculturas en la historiografía urbana contemporánea, sobre todo en el mundo anglosajón, ha propiciado el concurso

de métodos y teorías provenientes de las historiografías cultural, social y de la arquitectura.⁸ Los historiadores urbanos practican con ellos en su intento de comprender y explicar cómo la multiforme utilización de la ciudad por sus habitantes afecta en muchos aspectos los paisajes y ambientes construidos. En consecuencia, se ha reforzado una interpretación de la cultura popular nutrida por la concepción de las tecnologías urbanas como una materialización de los valores e ideologías propias de cada grupo social (Tarr, 1996 y 1985; Tarr y Dupuy, 1988, y Konvitz, 1985); dado este basamento, se comprende que las casas habitación sean las formas examinadas con mayor frecuencia, supuesto que las peculiaridades decorativas y de otro tipo en una residencia familiar expresan las creencias de sus usuarios en torno a género, clase y raza. (Monkkonen, 1988).

2.3.

Se han hecho esfuerzos para describir las modalidades de la transferencia de cultura urbana y esquemas de planeación urbanística para el caso de ciudades capitales de América del sur (por ejemplo, Buenos Aires, Río, Caracas y Lima) (Lier-nur, 1995; Needell, 1987) y de continentes, en una perspectiva comparativa (Geisse, 1987; ardió, 1988 y Gutiérrez, 1996). Tales investigaciones consideran las implicaciones de los intentos de resolver cuestiones teóricas y prácticas del urbanismo en consonancia con unas nociones académicas de la

⁵ Sobre la Exposición se puede consultar el URL: <http://www.chicagohs.org/history/expo.html>.

⁶ Sobre la emergencia y las prácticas culturales de las clases medias urbanas en Estados Unidos, vean Blumin, 1989; Halttunen, 1982; Kasson, 1990.

Véase Clifford Geertz, Charles Tilly, 1998, Ronald S. Burt, 1982, y REDES. Revista hispana para el análisis de redes sociales, vol. 5, núm. 1, enero-febrero de 2004 (URL: <http://www.revista-redes.rediris.es>), número que contiene las ponencias presentadas en la III Conferencia temática europea de análisis de redes sociales "ULNET. Relaciones entre micro y macro: contribuciones del análisis estructural", celebrada en Lille, Francia, 30 y 31 de mayo de 2002.

⁸ Para los casos de Nueva York y Chicago, por ejemplo, se puede consultar a Stern, 1986, Zukowsky, 1993.

modernidad surgidas en Estados Unidos o en Europa; en relación con este fenómeno se ha propuesto la expresión “modernidad urbana” para examinar los procesos de cambio social y las maneras de poner en marcha las reformas administrativas urbanas, así como establecer un referente histórico al comparar cualitativamente los discursos artísticos y de representación que se impusieron en muchos países latinoamericanos entre los siglos xix y xx (Pineo y Baer, 1998). El problema de la importación de modelos urbanísticos a colonias o naciones culturalmente dependientes también ha despertado la inquietud inquisitiva de muchos historiadores, la mayoría proveniente de países con tradición colonialista o imperial Ward, 1999 y Ring, 1991).

Algunos filósofos de la ciencia procuran discernir el sentido lógico con que vale interpretar a “modernidad” y otros términos análogos (“renacimiento”, “ilustración”) cuando se los detecta en el enunciado literal de una explicación histórica. Normalmente lo hacen para sugerir las formas en que sería posible hablar de generalización teórica en la historia, o el sentido en que una explicación histórica admite ser presentada como una interpretación.⁹ No es momento de comentar sus proposiciones, lo más oportuno es decir que el tema de la transferencia de modelos urbanísticos y sus efectos culturales resulta central en propuestas de historiografía urbana marcadas por un eclec-

ticismo filosófico, teórico y metodológico muy próximo al acusado por numerosas contribuciones a la historia social y cultural publicadas en los últimos veinticinco años, cuando menos. Los artífices de esas contribuciones causan asombro por cuanto pretenden restituir, analizar y describir a su objeto haciendo lo siguiente: observan de cerca en los documentos pertinentes a cada caso y, basándose en los datos que seleccionan y critican —usando metodologías que explicitan al lector—, diseñan y ejecutan experimentos cuyo designio supremo es denunciar el reduccionismo inherente a los modelos explicativos de supuesto alcance general. Estos modelos, por cierto, equivalen a paradigmas de unos estilos de comprensión demasiado abstractos para operar con éxito en investigaciones que derivan conclusiones particulares tras observar a fondo lo concreto en los fenómenos. El escrutinio intensivo, microscópico de los documentos representa un paradigma alternativo muy apreciado por los colaboradores italianos a la llamada microhistoria.¹⁰ Giovanni Levi, de la universidad de Turín, ha tratado de exponer las cualidades teóricas presentes en la “reducción de la escala de observación”, según la denomina —y que para la microhistoria constituye, casi, el método histórico por antonomasia. Levi aplicó

esa reducción al estudiar un cierto problema económico-social que le sugirió el sondeo profundo de un corpus documental relativo a un pueblo italiano del siglo xvi, con el propósito historiográfico de mostrar la insuficiencia de las tesis económicas neoclásica (especialmente la versión de Keynes), marxista y estructuralista para fechar con la mayor aproximación el nacimiento del mercado despersonalizado en Europa (Levi, 1990). En general, sus conclusiones articulan bien mutuamente; sin embargo, es posible exhumar sus contradicciones lógicas y desaciertos epistemológicos en cuanto se las repasa detenidamente. Pienso que la fuente de semejante inconsistencia es la definición confusa de escala que se adopta, pero, ante todo, una incompreensión de la función de las teorías en la ciencia; de ser así, el hecho revela que Levi, pero también muchos de sus compañeros, han descuidado reflexionar sobre la observación con una plena consecuencia interdisciplinaria, esto es, atendiendo a los modos específicos en que las ciencias y la filosofía (la de la ciencia, sobre todo) justifican la importancia de dicho tema —vinculado, naturalmente, con el de la percepción de la distancia y el cálculo psicológico de las dimensiones— para la consecución de sus propósitos. Una falta de atención parecida es de reprochar en quienes, como Carlo Ginzburg, propugnan la localización y lectura de “indicios”, entendidos como una de las variantes más fecundas de la “reducción de la escala de observación”, y a su propósito afirman la existencia de un “paradigma de conocimiento” que se configuró al progresar las técnicas venariales en el neolítico, y al cual intentan legitimar teóricamente como una especie de

sistema cognoscitivo digno de aplicación en pesquisas de cualquier género (Ginzburg, 1989).

Extiendo mis críticas a este autor abajo, al inicio de la segunda parte de este escrito, según el plan delineado en las páginas iniciales. Por lo que se refiere a la historiografía urbana, la oposición a ciertos paradigmas en uso y la “experimentación” con observaciones escaladas también se ha debido a la insatisfacción ante la forma y el contenido de las explicaciones o teoremas deducidos con el recurso a modelos de supuesta calidad nomológica (Stieber, 1999). De tal manera ha ganado fuerza lo que se podría llamar una microhistoria urbana, a través de textos que, a mi juicio, delatan una comprensión más adecuada de las implicaciones científicas generales en el tema de los paradigmas. Aquí me limitaré a reseñar, brevemente, las habilidades y la prudencia demostradas por el historiador francés Bernard Lepetit, quien siempre supo imponerse un alto nivel de vigilancia epistemológica.

Uno de los principales responsables de la invitación al *tournant critique* que, sobre todo a través de las páginas de *Annales*, los historiadores franceses han hecho a sus colegas del mundo desde 1988 (Noiriel, 1997). Bernard Lepetit, acaso el exponente más creativo de la nueva historia urbana en su país, organizó sendos programas de investigación —como los llamaba— para desarrollar una historiografía capaz de mostrar cómo se inscriben los fenómenos urbanos en la duración (Lepetit, 1996 a). Para él era necesario entender el “tiempo de las ciudades” que, por así decir, corre a la par del “tiempo de los signos”, dimensión de un “paradigma hermenéutico” que debe ser

¹⁰ Acerca de los presupuestos ideológicos, teóricos y metodológicos de la microhistoria italiana, y de los motivos políticos y académicos que causaron su fundación, véanse Giovanni Levi, 1991; Jacques Revel, 1996; Carlos Aguirre Rojas y Patricia Netel, 1994; Carlo Ginzburg, 1993; Giovanni Gozzini, 1991; Maurice Aymard, 1987; y Carlo Ginzburg y Carlo Poni, 1979.

⁹ Por ejemplo, Georg Henrik von Wright y William H. Dray, 1965.

interpretado por los habitantes de una ciudad con el fin de ubicar siempre en presente la materia que los rodea en el espacio —edificios, calles, puentes—, y hacerla suya de tal manera (Lepetit, 1992). Inspirado por Fernand Braudel, sienta como principio analítico las diferentes temporalidades de cuyo discurrir da cuenta la síntesis de la coordinación de los hechos observados en los diversos niveles que conforman a la estructura urbana (Lepetit, 1996 a). Pero, hay ocasiones, dice, en que se dificulta reconocer el nivel preciso que se desea observar; hace falta, entonces, reducir la escala de observación (Lepetit, 1996 b). Con este experimento, uno puede confiar en la validez de una hipótesis apoyada en el supuesto de que, al estudiar las prácticas sociales “concretas”, descubrimos los lugares de formación y acumulación del valor constituidos por los territorios urbanos (Lepetit, 1996 a: 96). Es de observar que, al reducir la escala de observación, Lepetit no pretende refutar ninguna hipótesis o poner en entredicho la fuerza explicativa de algún modelo —como lo haría, en cambio, un discípulo de la microstoria—, sino investigar la *posibilidad* de que existan *diversos niveles de racionalidad económica* en una sociedad. Con perspicacia entiende que la dificultad, en este caso, no se vincula tanto con sustituciones de teorías como con la aplicación del *modelo indicado* para estudiar un objeto en su escala.

2.4.

La investigación arquitectónica no equivale necesariamente a describir los estilos de diseño que han dominado en diferentes épocas y situar cronológicamente los momentos en que unos fue-

ron superados por otros. Actualmente se presta considerable atención a las clases de saber que pueden obtenerse del análisis pormenorizado de un caso de estudio. Dichos análisis encuentran apoyo en metodologías cuyos elementos conformadores no son fáciles de situar. Es necesario, inicialmente, considerar las habilidades requeridas por un arquitecto para desarrollar su actividad profesional —partiendo del diseño— *como lo hace, y no de otra forma*. En relación con este punto, existe un acuerdo amplio en que los arquitectos regulan su práctica sobre la base de un repertorio de casos conocidos por ellos. Tales casos pueden deber sus aspectos a la experiencia personal del arquitecto, o bien, surgir como adaptaciones de un paradigma o modelo dominante; en este último sentido, es lícito argumentar que el trabajo del diseñador se basa en la comparación de casos conocidos del repertorio y la situación actual del diseño (Schön, 1991).

Hacia finales de la década de 1960, los investigadores de la arquitectura se concentraron en aprovechar los progresos de las ciencias sociales para desarrollar metodologías de casos de estudio. Aminoraron su dependencia de los métodos positivistas, que solían extrapolar desde las ciencias naturales, y se valieron de técnicas heurísticas y hermenéuticas para forjar sus métodos. Aprendieron a confiar en la utilidad de los procedimientos inductivos y, desde que Robert Yin combinó a la curiosidad naturalista con procesos de lógica experimental y de análisis cualitativo, la metodología de los casos de estudio en este ámbito se ha visto marcada por el eclecticismo y el pragmatismo (Yin, 1994). Las posturas ortodoxas

desmerecen cualquier estimación seria, lo indicado es favorecer la libre apropiación metodológica y establecer a un “paradigma de oportunidades” como el criterio básico para juzgar de la calidad metodológica (Quinn, 1990), y justificar y explicitar puntualmente las características de cada método empleado. Lo último exige definir al objeto —esto es, el caso individual—, establecer los criterios de su elección y los utilizados para probar la validez teórica de las generalizaciones que se pudieran inferir.

Ahora, se sabe que la pregunta de cómo extraer teorías generales de un caso *individual* es insoslayable al debatir sobre las teorías científicas y las llamadas leyes de función. Las respuestas provenientes del terreno de los casos de estudio arquitectónicos han sido diversas. Una es que la teoría se infiere y valida por vía del análisis concreto del caso examinado, sin recurrir a criterios estadísticos. La prueba de la hipótesis formulada al inicio de la investigación es pertinente sólo al caso en cuestión; ello se debe reconocer para definir el dominio dentro del cual será válida la teoría inferida. En cierto modo, como se ve, esto equivale a emular los pasos del método experimental en un ámbito natural.

Otra respuesta es que la teoría se genera por inducción a partir de una conceptualización basada en datos empíricos propios del caso y sin preconcepciones de ninguna clase, de donde surge una especie de teoría de micronivel consistente en conceptos relacionados (Glaser y Strauss, 1967; Strauss y Corbin, 1998).

Una tercera contestación la ofrecen los promotores de la generalización naturalista: la inferencia

teórica del caso individual se efectúa comparando una situación problemática actual con las facetas de un caso previamente conocido; un arquitecto, de hecho, puede acudir a su repertorio personal para generar diseños innovadores (Stake, 1995). Es evidente, aquí, la similitud en la intelección de los modelos con la de Kuhn, en tanto este historiador define paradigma con base en su raíz etimológica de ejemplar).

Finalmente, hay quienes se pliegan al itinerario de crear, o reconstruir el caso por abducción a partir de datos históricos entendidos como pistas, o huellas, en sentido judicial; según esta opción, el estudioso debe inaugurar su gestión preguntando cuál podría ser el caso, y buscará responderla por medio de abducciones orientadas exclusivamente hacia el futuro.¹¹ Al establecer el referente analógico de las huellas, o pistas, varios expositores de esta ruta parecen atribuir una elemental función semiótica a los datos en la investigación y subordinar su elucidación a un “paradigma de inferencias indiciales”, el cual, según Carlo Ginzburg, es una creación cultural de orígenes mile-

¹¹ De una manera elemental, podemos definir a la abducción como el primer paso inferencial hacia la formulación de una hipótesis explicativa. El lógico y filósofo estadounidense Charles S. Peirce (1839-1914) se ocupó con singular ahínco en esta cuestión relacionada con la lógica de la investigación científica en general; actualmente su obra lógica y semiótica se discute sistemáticamente en muchos campos de estudio, notablemente en el de las ciencias cognitivas y la inteligencia artificial. Una colección accesible de sus textos es la de Justus Buchler, (2001).

narios, una especie de instrumento para conocer la realidad pretérita, presente o futura por vía indirecta, y con un grado de certidumbre variable de acuerdo con la naturaleza de los indicios cuyo sentido se intenta descifrar (Johansson, 2003).

Ahora bien, sería un despropósito negar el papel eminente que cumplen las inferencias obtenidas de datos particulares en una investigación empírica; sin embargo, está lejos de ser obvia la justificación para concebir a paradigma como una suerte de poder mental que los cazadores humanos desarrollaron al enfrentar circunstancias concretas en el neolítico, según enseña Ginzburg, y tanto más cuanto ese concepto de paradigma se ofrece como la repetición del que Thomas Kuhn, supuestamente, consignó en toda su esencial univocidad, por así decirlo, en su obra capital de 1969. Mas dicho término, en el sentido kuhniano, encuentra la clave de su definición operacional en el concepto de modelo y en las implicaciones epistemológicas que las analogías cumplen en ciertos tipos de razonamiento científico. No es un concepto independiente; su categoría básica, parece indicar Kuhn, es la de un auxiliar didáctico, y su principal función es regular el análisis comparativo de las *matrices disciplinarias* que históricamente se configuran al interior de las ciencias naturales.

Estoy convencido, por tanto, de que una crítica del ensayo "Indicios. Raíces de un paradigma de inferencias indiciales", aunque esté limitada a su sección introductoria, representa una oportunidad ideal para exponer puntualmente las razones etimológicas, teóricas y didácticas por las que Kuhn asocia jerárquicamente al término paradigma

y al concepto de matriz disciplinaria, y comentar sobre la posible conveniencia de incorporarlos justo en semejante disposición al vocabulario analítico de los historiadores, cuando éstos crean preciso hacerlo. Fiel al proyecto que me he trazado en este artículo, a continuación ofrezco un ejercicio de tal crítica.

Segunda parte

Carlo Ginzburg pertenece al grupo de historiadores italianos que fundó la corriente de microhistoria durante la década de 1970. Sus monografías y ensayos han generado una enorme influencia. En 1976 publicó *El queso y los gusanos*, obra que muchos comentaristas e imitadores acostumbra celebrar como a una de las contribuciones más originales y significativas a lo que se denomina nueva historia. Su ambición máxima es historiar las manifestaciones intelectuales y culturales milenarias que, según él, nacen de un profundo núcleo de saber mítico residente en el cerebro humano, así como proponer soluciones verosímiles a los problemas epistemológicos y científicos de la historia. De hecho, valdría decir que practica la microhistoria por cuanto cree en que la aplicación de semejante modelo promoverá el éxito de su sistema personal para conducir la investigación, formular hipótesis, criticar pruebas y pulir explicaciones.

Ginzburg cuenta entre los pocos que han discurrido teóricamente sobre tal subgénero historiográfico, dirigiendo su atención especialmente a caracterizar el procedimiento concreto de observación, análisis y reflexión documental que su-

puestamente siguen los defensores del mismo.¹² También busca establecer la naturaleza del conocimiento histórico para determinar el propósito específico de una ciencia histórica, lo que permitiría clasificar a esta ciencia de acuerdo con su peculiar objeto de estudio. En su opinión, cualquier confusión a este respecto es inadmisibles; la historia se ocupa de lo individual, lo singular, lo concreto, así que las recurrencias y repeticiones fenoménicas, los experimentos basados en "abstracciones reductoras" no la informan para la operación. Esto no implica, o no debería implicar, según él, que la historia sea un ámbito del irracionalismo. Para demostrarlo se necesita elaborar una historiografía radicalmente innovadora, capaz de penetrar en la realidad como ninguna otra lo ha hecho. Hay que acercar la mirada, observar con el microscopio para descubrir ese ámbito efectivo de la vida que demanda el análisis más arduo y prolijo, las descripciones más exhaustivas, multiplicadas con cada nuevo ángulo sometido a escrutinio.

En 1978 Ginzburg dio a la prensa el que se ha convertido en su ensayo más popular y citado: "Indicios. Raíces de un paradigma de inferencias indiciales", en donde procuró organizar sus ideas principales acerca de la naturaleza del conocimiento histórico y la génesis y desenvolvimiento del método más apropiado a la investigación en historia y ciencias afines. El planteamiento supremo es que los historiadores conocen a través de un examen indicial de los documentos, actitud

que los faculta para reconocer las anomalías —en uno o varios sujetos— que una lectura ideológica suele malinterpretar a causa de prejuicios del relativismo y la racionalidad en el proceso histórico. Si observamos las minucias, propone Ginzburg, alcanzaremos a reconstruir un hecho más completamente, y explicarlo en su estricta individualidad. Estos alcances marcan las limitaciones del conocimiento histórico, mismas que se suponen comprendidas por el paradigma de inferencias indiciales (engendrado hace milenios por los cazadores neolíticos) que comparten los historiadores, los científicos sociales y, en general, aquellos que aceptan la validez del conocimiento derivado de la "experiencia concreta", y no de la fría experimentación basada en "abstracciones reductoras", opina Ginzburg.

El texto en cuestión abunda en defectos. Las partes estrictamente historiográficas que participan en su conformación desembocan a menudo en conclusiones precipitadas. Ello se debe a las distorsiones que los prejuicios ideológicos, la ciega confianza en la explicación por causa común y, sobre todo, la ignorancia de la filosofía científica y la historia de la ciencia provocan en los razonamientos de Ginzburg. En ese mismo contenido se cifran los elementos analíticos junto a los ejemplos y casos que pondera con el fin de verificar sus hipótesis y obtener la información suficiente con la cual justificar proposiciones teóricas de la clase de conocimiento que representan los enunciados históricos, lo que facultaría la extracción de los principios metodológicos convenientes a una inquisición empírica de ese orden. Pero Ginzburg se atiene a una mera noción del empirismo

¹² Por ejemplo, Carlo Ginzburg, (1993: 10-35).

y maneja una concepción burda de la explicación científica en general. A esto, en definitiva, se deben las equivocaciones en sus diseños de hipótesis y sus juicios comparativos a propósito de los tipos de razonamiento y el sentido y la función de los modelos, las teorías y los criterios de prueba en la ciencia.

Las faltas que comete Ginzburg se detectan, como lo expresaría un matemático, por simple inspección. Sin embargo, casi nadie ha ensayado su refutación, o, cuando menos, advertido sobre la inconveniencia de asentir sin mayor crítica a doctrinas parecidas en relación con el problema científico y epistemológico de la historia. Esta circunstancia, supongo, deriva de que cuantos leen "Indicios" con los ojos bien abiertos reparan sin tardanza en la pobreza de su calidad, juzgando manifiesto que se basta él mismo en su propia refutación (Elkins, 1996: 279). Esto, claro, es tanto como dictaminar que su crítica pormenorizada no vale la pena, con todo, es posible dotar de un sentido positivo a semejante faena si concebimos al escrito en cuestión como un incentivo, si se quiere un pretexto para ejercitarnos en el estudio de los temas que incumben a las relaciones analíticas de la historiografía con la ciencia, la filosofía y otras disciplinas, tendiendo siempre a restablecer la sensatez en el tratamiento de unos asuntos que por su clase y mutua relación exigen una indagación seria, prudente, intelectualmente responsable.

Ahora bien, conforme a los propósitos que anuncié desde un inicio, me limito en esta oportunidad a criticar la definición estipulativa de paradigma difundida por Ginzburg en el párra-

fo introductorio a "Indicios". Pero debo empezar con algunas reseñas que juzgo interesantes acerca de la trayectoria editorial y la estructura de dicho ensayo.

Las ediciones de "Indicios"

Su primera impresión en las páginas de un libro fue en Crisis de la razón. Nuevos modelos en la relación entre saber y actividades humanas, colección de ensayos editada en Italia por Aldo Gargani (1983: 55-99). Ginzburg indica en una nota que algunas fracciones vieron la luz por vez primera en 1978, formando parte del número 7 de la *Rivista di storia contemporanea* y del número 2 de la revista *De Gids*, y agrega (conmino a mi lector a poner atención en esto) que el texto en la edición de Gargani constituye una versión ampliada, "pero lejos de ser definitiva", de la misma investigación publicada ya parcialmente (Gargani, 1983: 55).

En 1979, Umberto Eco y Thomas A. Sebeok lo incluyeron en la compilación *El signo de los tres*. Dupin, Holmes, Peirce (Eco y Sebeok, 1989: 117-163). Fue la segunda ocasión en que apareció en un libro, excepto que con un título distinto, "Morelli, Freud y Sherlock Holmes: indicios y método científico". Aquí, de nuevo, Ginzburg informa dos cosas a sus lectores en una nota: que la versión italiana original del texto se localiza en la edición de Gargani, y que él "espera poder publicar una versión ampliada y revisada en un futuro próximo" (Eco y Sebeok, 1989: 154).¹³

¹³ Es de señalar que este "Morelli, Freud..." no se puede considerar una simple traducción al inglés del "Indicios" aparecido en

Pasaron siete años hasta que el ensayo fue vuelto a colocar en el índice de un libro, la colección *Mitos, emblemas, indicios*. Morfología e historia. Reúne siete ensayos publicados por Ginzburg entre 1961 a 1986 (Ginzburg, 1989). En la "Nota bibliográfica" (p.17). Ginzburg repite que la versión original apareció en Gargani, luego enlistó las traducciones realizadas desde entonces. En este caso, el material que se presenta es prácticamente idéntico al de 1978.¹⁴

Desde esa fecha, han transcurrido casi dos decenios y Ginzburg no ha completado su escrito. Hasta donde pude averiguar, cuando los calendarios anunciaron el tránsito al 2006 ningún editor podía envanecerse todavía de que la fortuna lo hubiese agraciado con la primicia.¹⁵

la colección de Gargani, pues mientras que el "Indicios" italiano de 1978 tiene 131 llamados a nota, el "Morelli, Freud..." tiene 75, de las cuales muy pocas, por lo demás, igualan a las otras en punto a extensión.

¹⁴ De esto dan testimonio, por ejemplo, las notas 45 y 127 al texto; poco después de iniciado el segundo apartado, Ginzburg describe la clase de individuos que cabían en el "vasto territorio del saber conjetural" en la Grecia platónica (las mujeres constan en la clasificación); entonces remite a la nota 45, en donde dice: "La presencia de las mujeres en el ámbito dominado por la metis... plantea problemas que serán tratados en la versión definitiva de este trabajo" (pp. 168-169). A punto de concluir, Ginzburg afirma que le sería fácil demostrar que la novela *A la recherche du temps perdu*, de Marcel Proust, fue construida "según un riguroso paradigma indicial"; y nos envía a la nota 127 para señalarnos: "Sobre este punto volveré con amplitud en la versión definitiva del presente trabajo" (p. 175).

¹⁵ Teniendo a la vista la información editorial referida en las notas 17 y 18 de este escrito, las composiciones de "Indicios" a que

La estructura de "Indicios"

Se compone de una breve introducción, tres apartados o secciones enumeradas con romanos y las notas. Al concebir el plan de esta crítica estudié y comparé las versiones incluidas en las colecciones Gargani, Eco-Sebeok y Ginzburg, pero las citas que seleccioné para encauzar el examen siguiente provienen todas del texto editado en *Mitos, emblemas e indicios*...

A propósito del párrafo introductorio a "Indicios"

Empiezo por transcribirlo íntegramente:

En estas páginas trataré de hacer ver cómo, hacia fines del siglo XIX, surgió silenciosamente en el ámbito de las ciencias humanas un modelo epistemológico (si así se prefiere, un paradigma), al que no se le ha prestado aún la suficiente atención. Un análisis de tal paradigma, ampliamente empleado en la práctica, aunque no se haya teorizado explícitamente sobre él, tal vez pueda ayudarnos a sortear el tambladeral de la contraposición entre "racionalismo" e "irracionalismo" (Ginzburg, 1989: 138).

podemos acceder hoy pueden considerarse acabadas, mas no definitivas. Desde luego, esta circunstancia de ningún modo justifica los parallogismos, los despropósitos analíticos y las simplificaciones historiográficas, entre otras faltas en que incurrir Ginzburg por su mala comprensión de la lógica, la epistemología y la filosofía científica. Esto se descubre rápidamente cuando se confrontan las versiones disponibles del ensayo y se examina pacientemente cada una de las premisas en que Ginzburg pretende sustentar su hipótesis medular.

Releer estas líneas con paciencia. Las dificultades, pero también las curiosidades brotan de inmediato por todas partes. Y no sólo en el texto, también en las notas. Ciertamente, las notas de este ensayo funcionan, a menudo, como un símil pobremente bosquejado: en lugar de aclarar el sentido de una fórmula o expresión, favorecen la permanencia de las ambigüedades en la misma.

Ginzburg lee demasiado como un erudito experimentado en comparaciones textuales y muy poco a la manera del filósofo o el científico, quien procura orientar su reflexión a lo que sucede en su cabeza mientras lee, de modo que pueda obtener una base para la hipótesis de que su interpretación intelectual no diferirá en lo esencial de cualquier otra producida en una cabeza humana racional. Pero lo más característico de Ginzburg son las asunciones precipitadas y la tendencia a la exposición novelística. En el párrafo transcrito hay que criticar tres cosas, fundamentalmente: primero, lo del “silencio” en el surgimiento del “modelo epistemológico” o paradigma; segundo, la nota en donde se declara el sentido en que habrá de entenderse a paradigma en el texto, y tercero, la suposición de que un análisis del paradigma servirá para discutir nuevamente la contraposición entre racionalismo e irracionalismo.

Que el paradigma surgió “silenciosamente” a finales del xix, dice Ginzburg. Con la elección de ese adverbio hace presentir lo que será la clave ideológica y emotiva para el ciframiento analítico de los problemas que pretende resolver.¹⁶ El men-

¹⁶ Como comprobará quien lo lea, el ensayo íntegro está colmado de ejemplos retóricos en donde la evidencia de esta intención queda patente.

saje posee siempre un sentido claro: el paradigma del caso surgió “en silencio”, esto es, clandestinamente, a contracorriente, y triunfó, o ha llegado a triunfar muy a pesar de otros paradigmas. Ahora, para Ginzburg, la celebración ideológica se justifica precisamente por esto: una mayoría marginal de individuos que acostumbran conocer de una manera incomparable lucha y hace prevalecer sus artes cognitivas sobre las de la minoría, que se caracterizaría históricamente por descubrir y transmitir conocimientos según modelos o paradigmas radicalmente diferentes y censurables porque, de acuerdo con Ginzburg, tienden al reduccionismo.

Sin embargo, Ginzburg parece asumir que paradigma y modelo epistemológico son expresiones convertibles, y que utilizar uno u otro depende de la preferencia personal. En la nota 1 dice: “Hago uso de este término en la acepción propuesta por T. S. Kuhn (en *The Structure of Scientific Revolutions*, 1969), con prescindencia de las aclaraciones y distinciones establecidas más tarde por el mismo autor...” (Ginzburg, 1989: 165). Propone comparar el Postscript que añadió Kuhn a la segunda edición de su obra capital, como si ese fuera el lugar en donde se hallan aquellas “aclaraciones y distinciones” (Kuhn, 1970: 174-210). En realidad, Kuhn ha vuelto en demasiadas ocasiones a discutir el asunto del paradigma desde que dio su *Structure* a la estampa, sobre todo para explicarse frente a quienes lo acusan de alentar el irracionalismo en la comprensión del avance y cambio en la ciencia. Mas también ha recogido la pluma para comentar ciertos tratamientos positivos de su modelo explicativo, así, cuando dio la

bienvenida a los ensayos de Wolfgang Stegmüller sobre la posibilidad de concebir estructuralmente a las teorías conforme a las ideas de Joseph Sneed y las suyas propias (Stegmüller, 1991).

Como haya sido, lo que decisivamente urge preguntar es: Kuhn ¿cuándo, en dónde operó con el vocablo paradigma en una “acepción” determinada, como dice Ginzburg, respecto de la cual decidió más tarde hacer “aclaraciones o distinciones”? Desde un punto de vista filológico — en rigor, etimológico —, lo intentó; en 1969, Kuhn entendía a paradigma en el sentido de *ejemplar*; argumentaba que las comunidades científicas se distinguían por compartir ciertos proyectos o metas, y que los científicos aprenden a reconocer y solucionar un problema notando las analogías entre éste y uno anterior, del cual se conoce el método de su solución; el problema ya resuelto, pues, *constituye un paradigma o ejemplar para enfrentar todos los problemas análogos*.

Ahora, cuando en la evolución histórica de las ciencias irrumpen los periodos post-paradigmáticos, el científico entrenado en la resolución por analogía concibe a los problemas como si fueran rompecabezas cuyas piezas deben embonar en el marco paradigmático, digamos, que cristalizó gracias a las investigaciones exitosas del periodo precedente. Esta intelección conceptual resulta fundamentalmente correcta para Kuhn, y suficiente para desarrollar el método de análisis histórico y crítico de la filosofía de la ciencia que buscó fundar (Losee, 1989). Es evidente que no todos piensan en este tenor. ¿Cuál es, en última instancia, el motivo de que no sea fácil aceptar, en el cuerpo de una teoría o en la base de un método,

la voz paradigma? En mi opinión, su manifiesta carga metafórica. Kuhn pudo acuñar un término técnico especial que funcionara en el mismo sentido que paradigma. No es una empresa fácil; en cualquier caso, ya existía una palabra que podía llegar a significar lo que Kuhn deseaba, pero su adaptación a un vocabulario diseñado con propósitos analíticos específicos implicaría forzar su sentido. Kuhn preveía esta circunstancia, pues tenía conciencia de los límites en el uso del término. Y en sus argumentos utiliza paradigma con fines eminentemente descriptivos.

Al intentar una modelización teórica del cambio histórico en la ciencia, Kuhn, pienso, comprende a paradigma como a una hipótesis de trabajo tendiente a demostrar la importancia revolucionaria de los problemas de solución inédita en la estructura de las ciencias.

Al reflexionar sobre la cantidad de pensadores que han examinado, con pormenor y alcances mucho más profundos, los asertos plasmados por Kuhn en *The Structure* y otras obras relacionadas, uno debe admitir que las confusiones terminológicas presentes en las mismas no pueden ocasionar incidentes analíticos menores. Por tanto, Ginzburg, al anunciar en “Indicios” que empleará paradigma en la “acepción” propuesta por Kuhn en 1969, “prescindiendo” de cualquier “aclaración y distinción” que aquél hubiese podido efectuar después, revela una falta de responsabilidad intelectual.

Hacia 1977, Kuhn propuso la noción de “matriz disciplinaria” para significar un contraste analítico entre lo que los científicos consiguen y *la forma* en que lo consiguen (Kuhn, 1977: 293-319). Con esto

planeaba garantizar un sentido más unívoco a paradigma. Distinguió funciones para el paradigma y abstraigo los componentes de la matriz disciplinaria; un problema concreto y su respectiva solución se torna en algo más que un ejemplar, es entonces un tipo de componente cognitivo de la matriz disciplinaria, e ilustra una función específica del término paradigma. (Kuhn, 1977: 306, 307) Esta es, quizá, una de las “distinciones” a que Ginzburg alude en su nota. Cuando uno la entiende, ¿puede pensar que se trata de una “distinción prescindible”? Lo dudo, sobre todo considerando que Kuhn enfatizó las motivaciones pedagógicas de su propuesta, hecho que suele ser infravalorado. Alumno y profesor de ciencias él mismo, Kuhn hace palmaria en muchos lugares su inquietud por criticar la función de los libros de texto como sostenedores del método de las concordancias razonables en el aprendizaje científico.¹⁷ Propugna una concepción del conocimiento que faculte la creación de un método didáctico más fructífero que los tradicionales. Y es en la base de sus razonamientos lógicos, psicológicos y teóricos en esta línea donde ubica su definición de paradigma (también el de matriz disciplinaria, pero con menor centralidad). “I have in mind —escribe— a manner of knowing which is misconstrued if reconstructed in terms of rules that are first abstracted from exemplars and thereafter function in their stead” (Kuhn, 1969:192).

¹⁷ Como se ve a todo lo largo de *The Structure*, incluyendo el “Postscript”, y en “Second Thoughts” (véase, especialmente, pp. 308-313).

Es necesario, pues, remplazar al modelo de aprendizaje apoyado en un sistema (abstracto) de reglas de correspondencia por uno que nazca con la práctica concreta del científico, atendiendo constantemente a los ejemplares que comparte con sus pares: “Scientific knowledge, like language, is intrinsically the common property of a group or else nothing at all. To understand it we shall need to know the special characteristics of the groups that create and use it.” Para explicar, en este contexto definido, la importancia de compartir el conocimiento de los ejemplares concretos y discutir, por motivos teóricos, los procesos neurológicos que hacen dudar de las nociones cartesianas del racionalismo y el poder de la intuición, Kuhn trata de descubrir el mecanismo verdadero del estímulo y la recepción para caracterizar el proceso de formación de los grupos científicos y alentar una nueva comprensión de las anomalías y la distribución del riesgo en la ciencia normal.

Como se aprecia, para Kuhn la discusión del término paradigma no puede disociarse de la teorización acerca de los grupos científicos, y averiguar las razones de que un paradigma o ejemplar en competencia prevalezca —mereciendo ser llamado la causa de la sustitución teórica y, en última instancia, del cambio científico— hace obligatorio recurrir a un criterio sociológico para valorar los efectos culturales de tal fenómeno y sentar el carácter convencional del conocimiento.

La obra de Kuhn es, pues, complicada, mucho más de lo que parece pensar Ginzburg. Es momento de preguntar, con rigor, qué entiende este autor por paradigma. Como notará quien revise “Indicios”, algo así como un modo de acceder al

conocimiento que determinadas clases de individuos emplean cotidianamente para diversos fines; en un sentido kuhniano “puro”, digamos, Ginzburg asume que paradigma es algo que se aplica; brota de aquí, pienso, esa inclinación suya a dar a escoger entre paradigma y “modelo epistemológico”, como si estas expresiones fueran mutuamente convertibles en algún sentido congruente con las enseñanzas de Kuhn (Serna y Pons, 2000).¹⁸ Mas el paradigma no es un corpus de saber útil para acumular conocimiento, es un ejemplar, una referencia didáctica para resolver un problema en términos de la resolución de un problema análogo; no es algo que se comparta; lo que comparten los miembros de una comunidad científica son proyectos, metas a realizar (shared commitments). Ginzburg no adapta este sentido a paradigma para su empleo personal; confunde la definición operacional kuhniana de paradigma con el concepto relativo de “matriz disciplinaria”. En *The Essential Tension* Kuhn señaló que muchos lo comprenderán erróneamente si toman a paradigma por la matriz disciplinaria. Pero ya desde 1969 se había esforzado en definir paradigma según sus raíces etimológicas (Kuhn, 1977).

¹⁸ En su libro *Cómo se escribe la microhistoria. Ensayo sobre Carlo Ginzburg*. Justo Serna y Anacleto Pons dicen, con una candidez impresionante: “El paradigma de que nos habla Carlo Ginzburg no es, pues, otra cosa (sic), en realidad un modelo epistemológico” (p. 158). Esto resulta más penoso aún cuando los propios autores, en las páginas iniciales, nos comentan —emocionados— que Ginzburg revisó el manuscrito preparatorio de la obra y les transmitió su opinión.

Ginzburg, se diría, leyó vagamente las partes correspondientes en *The Structure* y las obras que siguieron, pues Kuhn ¿en dónde insinúa siquiera que el paradigma sea algo así como un patrimonio cultural que nació y crece en los miembros del pueblo bajo y oprimido, y se transmite de cada generación a la sucesiva? En vano buscaremos. Por otro lado, Kuhn ¿estaría de acuerdo en que su concepto de paradigma fuera comparado con un “modelo epistemológico”? No, por supuesto. Para él, paradigma no es *todavía* un modelo, a pesar de representar, en la práctica, un ejemplar útil para la solución de problemas. Él se ha limitado a explicar, y en forma muy consecuente con sus principios teóricos, que los proyectos compartidos por una comunidad científica implican una creencia en modelos particulares de solución para problemas semejantes. La discusión epistemológica, en la medida en que la plantea —como ciertamente lo hace, relacionándola con cuestiones de didáctica—, está todavía muy lejos de comenzar en esta latitud discursiva.

Es posible que para Ginzburg la expresión “modelo epistemológico” formalice una interpretación válida de paradigma en el sentido kuhniano; de ser así, y si recordamos su interpretación particular de paradigma, es fácil proponer que la epistemología tiene que ver, a su juicio, con un procedimiento para adquirir conocimiento, lo cual es muy poco exacto, aunque quizá no sea falso totalmente. Ahora, ¿qué lo inspiró a declarar esa equivalencia entre paradigma y un “modelo epistemológico”? Ante todo, creo, una sustancial ignorancia de la estructura, función y propósito de la ciencia y la filosofía científica; particular-

mente considero lícito imputar a esa condición el que procediera, en "Indicios", desestimando las preocupaciones didácticas fundamentales que cimientan el filosofar kuhniano, percatándose nunca de que definir a modelo como un sistema para entender otro sistema es una opción fructífera en ciertos casos; entendiendo mal el concepto kuhniano de ciencia normal —por ello ni siquiera comenta jamás las razones de Kuhn para desaprobar la extensión de sus ideas a formas culturales ajenas a la de la ciencia— (Barnes, 1986:45), y suponiendo que Kuhn estaba interesado en defender los derechos cognoscitivos, por decirlo así, de quienes persiguen soluciones a enigmas de acuerdo con métodos aparentemente irracionales.

Interroguemos, para terminar, si Ginzburg adoptó el término que leyó en *The Structure* por cuanto supuso que ello lo autorizaba para establecer, por *analogía*, el concepto o la teoría o cualquier cosa que él pensaba explicar en su estudio. Si fue así, afirmo sin reservas que se precipitó. Antes debió adentrarse con mayor cautela en las páginas de Kuhn. En cambio, partiendo de una interpretación vaga, injustificablemente limitada y poco informada, se figuró que valía utilizar "analógicamente" al vocablo en cuestión. De hecho, quien lea "Indicios" con la información y agudeza suficientes verá que para ningún caso analítico de los que ocupan a Ginzburg tiene validez probable, justa, sensata esa analogía supuesta entre lo que él pretende explicar y las proposiciones de Kuhn en relación con paradigma, de lo cual se desprende la trivialidad, o, cuando menos, la exageración del enunciado con que cierra el

párrafo introductorio, a saber, que el supuesto "paradigma de indicios" se "utiliza" frecuentemente en la práctica, si bien no se ha "teorizado explícitamente" sobre él; asimismo, es posible argumentar que la traducción arbitraria "modelo epistemológico" apenas contribuye a "sortear el tembladeral de la contraposición entre 'racionalismo' e 'irracionalismo'", pues en "Indicios" falta la disposición conveniente de elementos analíticos, hipotéticos e historiográficos para juzgar de la calidad epistemológica en aquella dicotomía.

Tercera parte

Conforme al plan especificado, en esta parte final argumento sobre cómo las prevenciones epistemológicas que se desprenden de las observaciones y críticas precedentes pueden facultar un análisis interesante, libre hasta donde sea posible de confusiones o dogmatismos conceptuales en el uso técnico de paradigma, de un tema relativo a la psicología del diseño arquitectónico. Procederé comentando el artículo "On Paradigms & Avant Garde: Peeking into the Architectural Mind", de Julio Bermúdez (1996), para destacar una forma de operar en concreto con el término paradigma bajo control epistemológico, procurando revelar los beneficios que reporta, durante el análisis histórico de un objeto definido (arquitectónico, en este caso), el poseer una intelección más correcta del alcance que Kuhn quiso dar a la voz "paradigma". Mi meta no es tanto desplegar unas conclusiones de lo dicho en las partes primera y segunda de este artículo, sino coronar las ideas o los puntos centrales de la discusión que

vertí en ellas con una propuesta de análisis histórico fundado en una comprensión adecuada, informada y crítica de los conceptos pertinentes a tal análisis.

Ante todo, necesito exponer algunas consideraciones historiográficas para perfilar temáticamente el sentido de mi propuesta. Varios comentaristas han interpretado el advenimiento de la llamada arquitectura fractal (c. 1978) como una mutación o desplazamiento del paradigma que orientó en épocas previas la concepción integral —esto es, tomando en cuenta motivaciones de índole política, social, artística, filosófica, etcétera— y el diseño de las edificaciones, cuando numerosos arquitectos extrapolaron a su disciplina, y adaptaron en sus proyectos, algunas definiciones y otros contenidos de la llamada teoría de los sistemas complejos (Ostwald, 2003). El nivel de la dependencia real es apenas mensurable y los procesos de la transferencia teórica están imbuidos de simbología. (Ostwald y Moore, 1993: 233-235). De cualquier modo, en ocasiones arquitectos y geómetras discuten si un cuerpo de teoría establecido en una ciencia puede contribuir a identificar y resolver, por analogía, problemas en una ciencia diferente, provisto que la calidad epistemológica de tales problemas es tan sólida como la puedan apreciar los criterios de validez normales en la ciencia original. De ser esto posible, habría que configurar un modelo del que se puedan inferir las razones para justificar que a un estilo arquitectónico tradicional, entendido como un ejemplar o paradigma del diseño, se deba contraponer un estilo arquitectónico de vanguardia, en última instancia, otro paradigma o ejemplar.

Sin embargo, cuando falta una conciencia de las inconveniencias analíticas que propicia un manejo descontrolado de paradigma, pueden surgir dificultades en diversos niveles —descriptivo, explicativo, etcétera— de la investigación; si se le atribuye un significado apenas metafórico, servirá tan sólo para trazar analogías inexactas.

Como hemos visto, Thomas Kuhn llamó paradigma a un componente fundamental del compromiso compartido (*shared commitment*) por un grupo de científicos, el cual implica una creencia en modelos particulares que incluyen variedades de conocimiento relativamente heurísticos. Cuando un científico soluciona en concreto un problema dado, esa solución se vuelve modélica para resolver todos los problemas análogos, representa, pues, un paradigma en sentido kuhniano, y se actualiza como sigue: un científico aprende a ver semejanzas entre dos problemas *aparentemente incomparables*, de suerte que, guiándose por la solución conocida para el primero, es capaz de resolver el segundo. Entonces, vale decir que un paradigma o ejemplar, hasta cierto punto, expide las reglas de correspondencia para inferir soluciones apropiadas a problemas determinados de una misma clase. De cualquier forma, es preciso entender que las etapas históricas en que un grupo de científicos identifica y soluciona problemas apelando a modelos particulares que imperan a la sazón se hallan lejos de constituir ningún paradigma; en efecto, y como ya dije, el paradigma es *tan solo un componente cognosativo* de otro concepto kuhniano, el de "matriz disciplinaria" (*disciplinary matrix*), tanto como lo son los compromisos comunes al grupo científico.

El concepto de matriz disciplinaria es más comprensivo cuando la tarea es doble: primero, describir y explicar sociológicamente la organización y el comportamiento de los hombres de ciencia, y segundo, establecer las condiciones históricas en que suelen ocurrir las revoluciones científicas. En definitiva, el paradigma está englobado por la matriz disciplinaria, y en tanto que la compone representa una posesión de la comunidad científica; quienes integran a ésta comparten, así, unos determinados compromisos y paradigmas con cuyo auxilio resuelven los problemas de clase parecida que surgen durante sus investigaciones.

En vista de lo anterior, y razonando por analogía, es posible argumentar que los arquitectos continuadores de Peter Eisenman —el Eisenman diseñador de la *House 11a* (1978), véase figura 5— operan en una matriz disciplinaria configurada según los paradigmas de las diferentes ciencias de la complejidad (Betsky, 1990). Han aprendido a resolver problemas análogos de diseño y proyección de acuerdo con ejemplares normativos. A este argumento se le podría justamente demandar que hiciera claro hasta qué punto se puede considerar a los arquitectos como científicos, pues de otra manera la analogía se antoja muy forzada, provisto que Kuhn, según lo ha enfatizado Barry Barnes, desaprobaba que sus ideas fueran extendidas a formas culturales ajenas a la ciencia. Por otra parte, se le puede objetar que no incorpora una definición aceptable de “paradigma” o de “matriz disciplinaria”. Nadie habrá de juzgar excesivos a estos afanes contestatarios, dado que la controversia en torno a lo que Kuhn pretendió significar específicamente con paradigma, repito,

está lejos de agotarse. Mas ello no impide que se lo pueda utilizar en alguna de sus acepciones más típicas para informar a un modelo explicativo del cambio histórico en arquitectura, y potenciar la inquisición científica de temas didácticos y psicológicos en relación con esa disciplina. Cuando se analiza, por ejemplo, la relación entre la imaginación y los procesos de razonamiento para explicar la transición de un estilo arquitectónico tradicional a uno vanguardista, es lícito incorporar a un modelo la combinación paradigma-matriz disciplinaria y caracterizar a los mencionados estilos como paradigmas que dominan en diferentes épocas. Julio Bermúdez (1996), de la Universidad de Utah, puso en práctica la idea en su “On Paradigms & Avant Garde: Peeking into the Architectural Mind”.

Bermúdez propone que el recurso a un ejemplar —entendido como un conocimiento tácito, no explicitable, que se debe usar como instrumento (pero nunca como una regla o ley) para inferir analogías— es común a todos los proyectos arquitectónicos más allá de su nivel de funcionamiento y significación. Argumenta que dentro de un espacio psicológico donde las opciones de diseño son infinitas, los ejemplares o paradigmas representan “asideros” firmes para el arquitecto y, en este sentido, es válido admitir como análogos al paradigma o ejemplar y al “atractor extraño” definido por el meteorólogo Edward Lorenz (véase figura 6),¹⁹ esto se justifica más ampliamente

¹⁹ Los cálculos para la graficación de los atractores extraños (strange attractors) están basados en la noción de “sensibilidad a las condiciones iniciales”, 1993.

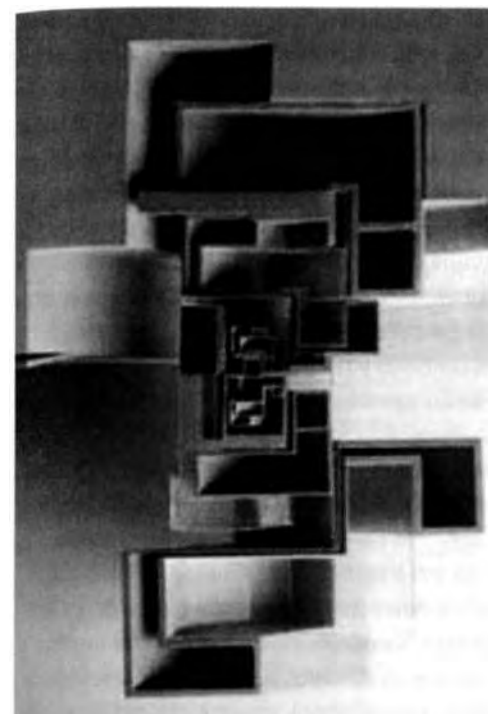


Figura 5. Peter Eisenman, House 11^a.

Fuente: <http://www.competitionline.de>.

al interpretar que tanto el atractor como el paradigma organizan comportamientos caóticos de sistemas complejos dentro de sus respectivas esferas de influencia.

Lo que me interesa proponer es, en definitiva, que sería más adecuado establecer como análogos al atractor de Lorenz y a la matriz disciplinaria; en efecto, Kuhn, para evitar los equívocos en lo posible, sugirió entender y emplear a paradigma conforme a su sentido filológico de modelo

y usar la expresión “matriz disciplinaria” para referirse a todos los elementos prácticos e intereses teóricos que comunican a los científicos en cada periodo histórico. En efecto, si esta virtud comunicadora infunde a la matriz disciplinaria un poder que podríamos llamar organizador, se antoja oportuno sustituir con ella a paradigma en la analogía de Bermúdez, nutriendo así con una información más precisa al argumento completo. Y si bien faltaría precisar todavía en qué sentido es legítimo hablar de que la situación de un grupo científico, en un momento dado, es caótica, por lo pronto afirmo que los análisis como el de Bermúdez pueden aportar mucho a la investigación histórica y científica de temas como los estilos y la psicología del diseño arquitectónico, siempre que quien decida ejecutarla medite a fondo las obras capitales de Thomas Kuhn en relación con las revoluciones científicas y examine críticamente las objeciones que se han hecho a sus enunciados fundamentales.

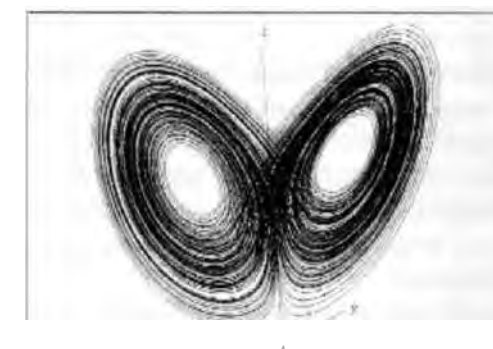


Figura 6. El atractor extraño de Lorenz.

Fuente: <http://www.users.cs.york.ac.uk>.

Bibliografía

- REDES (2004). *Revista hispana para el análisis de redes sociales*, vol. 5. núm. 1, enero-febrero de 2004. URL: <http://www.revista-redes.rediris.es>.
- Aguirre Rojas, Carlos y Patricia Nettel (1994). "Entrevista con Giovanni Levi. La microhistoria italiana". En *La Jornada Semanal*, núm. 283, 13 de noviembre de 1994, pp. 36-37.
- Almandoz, Arturo (1997). *Urbanismo europeo en Caracas (1870-1940)*. Fundarte/Equinoccio/Ediciones de la Universidad Simón Bolívar, Caracas.
- Aymard, Maurice (1987). "La historia italiana: una desconocida". En *Revista mexicana de sociología*, año XIX, vol. XLIX, núm. 3, julio-septiembre, 1987, pp. 249-254.
- Barnes, Barry (1986). T. S. Kuhn y las ciencias sociales. CONACYT/FCE, México, 1986 (Breviarios 390).
- Bermúdez, Julio. "On Paradigms & Avant Garde: Peeking into the Architectural Mind", en *Design Methods*, vol. 30, núm. 3, July-September, pp. 2368-2396.
- Betsky, Aaron (1990). *Violated Perfection. Architecture and the Fragmentation of the Modern*. Rizzoli, New York.
- Blumin, Stuart M. (1989). *The Emergence of the Middle Class, Social Experience in the American City, 1760-1900*. Cambridge University Press, New York.
- Braudel, Fernand. *La historia y las ciencias sociales*. Alianza Editorial, Madrid, 1989.
- Buchler, Justus (editor) (2001). *The Philosophy of Peirce. Selected Writings*. London, Routledge.
- Burt, Ronald S. (1982). *Toward a Structural Theory of Action. Network models of Social Structure, Perception, and Action*. Academic Press, New York.
- Campbell Norman, Frank P. Ramsey, Rudolf Carnap et al. (1986) *Estructura y desarrollo de las teorías científicas (introducción y selección de textos de José Luis Roller)*. UNAM-Instituto de Investigaciones Filosóficas, México.
- Dray, William H. (1965), *Filosofía de la historia*, UTEHA, México.
- Eco, Umberto y Thomas A. Sebeok (1989). *El signo de los tres*. Dupin, Holmes, Peirce. Lumen, Barcelona.
- Elkins, James (1996). "Why Are Our Pictures Puzzles? Some Thoughts on Writing Excessively". En *New Literary History*, vol. 27, núm. 2, pp. 271-290.
- Elmore, Peter (1991). "Lima: puertas a la modernidad. Modernización y experiencia urbana a principios de siglo", en *Cuadernos Americanos*, nueva época, núm. 30, noviembre-diciembre, pp. 14-123.
- Francescato, Guido (2001). "City as Home and City as Network: Contrasting Paradigms in History", paper presented at the 32nd Annual Conference of the Environmental Design Research Association (EDRA). Edinburgh, Scotland, July 3, 2001. En URL: <http://www.development.umd.edu/GUIDO/GFrancescato/Papers/Edinburgh.html>.
- Gargani, Aldo (editor) (1983). *Crisis de la razón. Nuevos modelos en la relación entre saber y actividades humanas*. Siglo XXI, México.
- Geertz, Clifford (1991). La interpretación de las culturas. Gedisa, México.
- Geisse, Guillermo. "Tres momentos históricos en la ciudad hispanoamericana del siglo XIX", en Gabriel Alomar (coordinador), *De Teotihuacán a Brasilia. Estudios de historia urbana iberoamericana y filipina*. Instituto de Estudios de Administración Local (IEAL), Madrid, 1987, pp. 397-433.
- Gilfoyle, Timothy J. (1988) "White Cities, Linguistic Turns, and Disneylands: The New Paradigms of Urban History", en *Reviews in American History*, vol. 26, núm. 1, marzo, pp. 175-204.
- Ginzburg, Carlo (1993). "Microhistory: Two or Three Things That I Know about It", en *Critical Inquiry*, vol. 20, núm. 1, pp. 10-35.
- , (1989). *Mitos, emblemas, indicios. Morfología e historia*. Gedisa, Barcelona.
- , (1979) y Carlo Poni. "Il nome e il come: scambio ineguale e mercato storiografico", en *Quaderni Storici*, núm. 40, enero-abril, pp. 181-190.
- Glaser, Barney G. y Anselm Strauss (1967). *The Discovery of Grounded Theory. Strategies for Qualitative Research*. Aldine Publishing Company, Chicago.
- Gozzini, Giovanni (1991). "Génesis y desarrollo de la historia social en Italia". En Santiago Castillo (coordinador), *La historia social en España. Actualidad y perspectivas*. Siglo XXI de España Editores, S. A., Madrid, pp. 15-19.
- Gutiérrez, Ramón (1996). "Modelos e imaginarios europeos en el urbanismo americano 1900-1950". En *Revista de Arquitectura*, núm. 8, Universidad de Chile, Santiago, pp. 2-3.
- Halttunen, Karen (1982). *Confidence Men and Painted Women: A Study in Middle-Class Culture in America, 1830-1860*. Yale University Press, New Haven.
- Hardoy, Jorge E. (1988). "Teorías y prácticas urbanísticas en Europa entre 1850 y 1930. Su traslado a América Latina", en Jorge E. Hardoy y Richard M. Morse (editores), *Repensando la ciudad de América Latina*. GEL, Buenos Aires, pp. 97-126.
- Harvey, David (1997). "The New Urbanism and the Comunitarian Trap", en *Harvard Design Magazine*, núm. 1, invierno/primavera, pp. 1-3.
- Howard, Ebenezer (1946). *Garden Cities of Tomorrow (reprinted, edited with a Preface by F. J. Osborn and Introductory Essay by Lewis Mumford)*, Faber and Faber, London.
- Johansson, Rolf (2003). "Case Study Methodology Reflected in Architectural Research". En *Book of Proceedings. Four Faces: The Dynamics of Architectural Knowledge*. The 20th EAEE Conference, Stockholm-Helsinki, mayo 8-11, pp. 71-74, p. 73.
- Kasson, John F. (1990). *Rudeness and Civility: Manners in Nineteenth-Century Urban America*. Hill & Wang, New York.
- King, Anthony D. (1991). *Global Cities*. Routledge, London.
- Konvitz, Joseph W. (1985). *The Urban Millennium: The City Building Process from the Early Middle Ages to the Present*. Southern Illinois University Press, Carbondale.
- Kuhn, Thomas (1970). *The Structure of Scientific Revolutions*. The University of Chicago Press, 2nd edition (enlarged), Chicago.
- , (1977). *The Essential Tension. Selected Studies in Scientific Thought*. The University of Chicago Press, Chicago.

- Lakatos Imre y Alan Musgrave (1970). *Criticism and the Growth of Knowledge*. Cambridge University Press, Cambridge.
- Lepetit, Bernard (1996). *Las ciudades en la Francia moderna*. Instituto Mora (Cuadernos de Secuencia), México.
- _____, (1996). "Comunidad ciudadana, territorio urbano y prácticas sociales", en Hira de Gortari y Guillermo Zermeño (presentadores). *Historiografía francesa. Corrientes temáticas y metodológicas recientes*. México, Instituto Mora/CEMCA/CIESAS/UNAM/UIA, pp. 123-144.
- _____, (1992). "La historia urbana en Francia. Veinte años de investigaciones", en *Secuencia*, núm 24, septiembre-diciembre.
- Levi Giovanni (1991). "Sobre microhistoria", en Peter Burke (editor). *Formas de hacer Historia*. Alianza Editorial, Madrid, pp. 119-143.
- _____, (1990). *La herencia inmaterial. La historia de un exorcista piamontés del siglo xvii*. Nerea, Madrid.
- Liernur, Francisco y Graciela Silvestri (editores) (1993). *El umbral de la metrópolis. Transformaciones técnicas y cultura en la modernización de Buenos Aires*. Sudamericana, Buenos Aires.
- Lorenz, Edgar (1993). *The Essence of Chaos*. University of Washington Press, Seattle, WA.
- Loose, John (1989). *Filosofía de la ciencia e investigación histórica*. Alianza Editorial, Madrid.
- Monkkonen, Eric H. (1988). *America Becomes Urban: The Development of U.S. Cities and Towns, 1780-1980*. University of California Press, Berkeley.
- Needell, Jeffrey (1987). *A Tropical Belle Époque. Elite, Culture and Society in Turn-of-the-century Rio de Janeiro*. Cambridge University Press, Cambridge.
- Noiriel, Gérard (1997). *Sobre la crisis de la historia*. Cátedra-Universitat de València, Madrid.
- Ostwald, Michael J. (2003). "Fractal Architecture: Late Twentieth Century Connections Between Architecture and Fractal Geometry". En *Nexus Network Journal*, vol. 3, núm 1, Invierno. URL: <http://www.nexusjournal.com/Ostwald-Fractal.html>.
- _____, y R. John Moore (1993). "Charting the Occurrence of Non-Linear Dynamical Systems into Architecture", en Simon Hayman (editor). *Architectural Science: Past, Present and Future*. University of Sydney, Sydney, pp. 223-235.
- Pineo, Ronn y James A. Baer (editores) (1998). *Cities of Hope. People, Protests and Progress in Urbanizing Latin America, 1870-1930*. Westview Press, Boulder.
- Quinn Patton, Michael (1990). *Qualitative Evaluation and Research Methods*. SAGE, Thousand Oaks/London/New Delhi.
- Rapoport, Amos (1990). *History and Precedent in Environmental Design*. Plenum, New York.
- Revel, Jacques (1996). "Microhistory and the Construction of the Social", en Jacques Revel y Lynn Hunt (editores). *Histoires. French Constructions of the Past*. The New Press, New York, pp. 492-502.
- Scherzer, Kenneth A. (1992). *The Unbounded Community: Neighborhood Life and Social Structure in New York City, 1830-1875*. Duke University Press, Durham.
- Schön, Donald A. (1991). *The Reflective Practitioner: How Professionals Think in Action*. Arena, Aldershot, Hants.
- Serna, Justo y Anacleto Pons (2000). *Cómo se escribe la microhistoria. Ensayo sobre Carlo Ginzburg*. Ediciones Cátedra (Grupo Anaya, S. A.), Madrid.
- Stegmüller, Wolfgang (1981). *La concepción estructuralista de las teorías*. Alianza Editorial, Madrid.
- Stern, Robert A. M. (1986). *Pride of Place: Building the American Dream*. Houghton Mifflin, Boston.
- Stieber, Nancy (1999). "Microhistory of the Modern City: Urban Space, Its Use and Representation", en *Journal of the Society of Architectural Historians*, vol. 58, núm. 3 (Special Issue), Society of Architectural Historians, Chicago, septiembre, pp. 382-391.
- Stott, Richard B. (1989). *Workers in Metropolis: Class, Ethnicity, and Youth in Antebellum New York City*. Cornell University Press, Ithaca.
- Strauss, Anselm y Juliet M. Corbin (1998). *Basics of Qualitative Research. Grounded Theory Procedures and Techniques*, (2nd edition) SAGE, Thousand Oaks/London/New Delhi.
- Tarr, Joel A. (1996). *The Search for the Ultimate Sink: Urban Pollution in Historical Perspective*. University of Akron Press, Akron.
- _____, y Gabriel Dupuy (editores) (1988). *Technology and the Rise of the Networked City in Europe and America*. Temple University Press, Philadelphia.
- Tilly Charles (1998). "Micro, Macro or Megrim?", en *Microgeschichte Komplementär oder Inkomensurabel? Herausgegeben und Eingeleitet von Jürgen Schlumbohm*, Göttingen, pp. 33-5.
- Ward, Stephen (1999). "The International Diffusion of Planning: A Review and a Canadian Case Study", en *International Planning Studies*, vol. 4, núm. 1, pp. 53-77.
- Wright, Georg Henrik von (1979). *Explicación y comprensión*. Alianza Editorial, Madrid.
- Yin, Robert (1994). *Case Study Research: Design and Methods*. SAGE, Thousand Oaks/London/New Delhi.
- Zeynep, Celik, Diane Favro y Richard Ingersoll (editores). *Streets: Critical Perspectives on Public Space*. University of California Press, Berkeley, 1994.
- Zukowsky, John (editor) (1993). *Chicago Architecture, 1923-1993: Reconfiguration of an American Metropolis*. Art Institute of Chicago, Chicago.

Sitios web consultados:

<http://www.chicagohs.org>
<http://www.competitionline.de>
<http://www.fathom.com>
<http://www.groundedtheory.com>
<http://www.history.sandiego.edu>
<http://www.pitt.edu/>
<http://www.roma.katolsk.no>
<http://www.users.cs.york.ac.uk>

Los métodos cualitativos

y los estudios urbanos



Resumen

Este artículo pretende demostrar que las metodologías de corte cualitativo se pueden constituir en una herramienta útil para el estudio de lo urbano. El trabajo se inicia con la descripción de cómo este tipo de metodologías fueron utilizadas por primera vez desde hace más de quince años en nuestra casa de estudios (Universidad Autónoma Metropolitana, Azcapotzalco), con una investigación relacionada con la evaluación de la función docente. A continuación se relata cómo el Área de Estudios Urbanos desde su refundación optó por este tipo de metodologías, mismas que aplicó, tanto a la investigación (*Anuario de Estudios Urbanos* y *Anuario de Espacios de Arquitectura*) como a la docencia en la licenciatura y el posgrado. En la segunda parte del escrito justificamos porqué las metodologías cualitativas ayudan a explicar los complejos fenómenos del urbanismo; partiendo del hecho de que tienen sus raíces en la filosofía, antropología social, sociología cultural y la Escuela de Chicago. En la parte final damos cuenta de las tres perspectivas que consideramos más interesantes para los estudiosos de las interacciones sociales en la ciudad: la etnografía, el procesualismo y el estudio de caso.

Abstract

This paper raises that qualitative methodologies are very useful and successful analytical tools for understanding urban issues. It starts describing how qualitative methodologies were applied for first time in our University (Universidad Autónoma Metropolitana, Azcapotzalco) more than fifteen years ago, in a research about evaluation of teaching performance. Then it describes how professors of the Urban Studies Research Unit have applied these methodologies since its beginning in such different fields that can be followed through our reviews (Anuario de Espacios Urbanos, Anuario de Estudios de Arquitectura), or even in the teaching experience of our postgraduate program. In a second part, the paper proves why qualitative methodologies assist to explain the very complex urban phenomena, and inquires about their anthropological, sociological and cultural critic roots, as well as the Chicago School common origins. At the end the paper exposes three theoretical perspectives that the author considers very interesting for those who focus social interactions in the city: the Ethnographic approaches, the Processualism framework and Case Studies.

María Emilia González Díaz

División de Ciencias Sociales y Humanidades, Departamento de Humanidades
Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco

Jorge Ortiz Segura

División de Ciencias y Artes para el Diseño, Departamento de Evaluación del Diseño en el Tiempo
Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco
joy@correo.azc.uam.mx

Antecedentes del uso de metodologías cualitativas en la UAM Azcapotzalco

El oficio de antropólogos, historiadores y, en general, de cualquier científico social, es el arte de investigar en las vidas ajenas
Victoria Novelo

El uso de metodologías cualitativas para el análisis social, sea que se trate de procesos educativos, análisis de centros comerciales o análisis de viviendas de interés social no es nuevo en nuestra casa de estudios.

Uno de los primeros antecedentes de uso de herramientas de investigación cualitativa en nuestra casa de estudios, se dio durante la gestión de Óscar González Cuevas (1981-1985) cuando, como rector de la Unidad Azcapotzalco, le encarga la Comisión de Apoyo y Desarrollo Académico una evaluación cualitativa del proceso de enseñanza-aprendizaje que en ese momento se estaba dando en la Unidad Azcapotzalco.

En dicha investigación participamos Eduardo de la Garza, María Emilia González, Raúl Cid y Jorge Ortiz.

Raúl Cid con una licenciatura en física y un doctorado en educación nos contagió la enorme posibilidad que tenía como herramienta de trabajo cualitativo el estudio de caso. En particular, el modelo de la *Responsive Evaluation* desarrollado por Robert Stake en la Universidad de Illinois. De esta investigación se logró un libro (De la Garza, et al, 1991) que contenía cinco estudios de caso dedicados al complejo proceso de enseñanza aprendizaje en la educación superior.

En dicha investigación María Emilia González se adentra en el mundo de la licenciatura en derecho y con su artículo: "En Derecho, las reglas del juego son claras" nos traslada al aula para encontrar, entre otras cosas que:

En las materias observadas con detenimiento, se daba invariablemente la siguiente dinámica: el maestro al inicio de la clase repasaba el contenido de lo que se había visto la clase anterior, exponía un tema nuevo, daba ejemplos e interrogaba a los alumnos en busca de preguntas o comentarios... El papel de los alumnos era pasivo: asistir a clases, tomar notas, preparar exámenes. No había acalorados debates ni tomas de posición política...

Eduardo de la Garza, al realizar sus observaciones en la licenciatura en arquitectura: "Diseñando arquitectos para la crisis", nos permite conocer la verdadera subjetividad de los estudiantes de la División de Ciencias y Artes para el Diseño, como lo es el caso de lo que él llama instantáneas. Pongo un ejemplo que nombra: "Mi novia, el restirador":

Dos alumnos conversando en una entrega:

–Oye, Jorge, 72 horas sin dormir [...] ¡ya no aguanto...! El día de hoy me tropecé dos veces; en el camión me quedé dormida[...]

–Así ando yo Graciela –le contesta Jorge– Si les dije a los muchachos que fuéramos a cenar saliendo de aquí, pero quién sabe, no sé si esté más hambriento que cansado.

En ese momento llega un tercero y se suma a la charla

–Qué tal jóvenes, ¿han dormido?

–Nada –contesta Jorge.

–Oye, es que estas entregas son mortales, comenta Graciela[...]

Por su parte Raúl Cid nos da a conocer uno de los espacios más complejos de la UAM Azcapotzalco: el tronco común de asignaturas de la División de Ciencias Básicas e Ingeniería, tomando en cuenta que los índices de reprobación más altos de nuestra casa de estudios se dan en dicha etapa. El artículo en cuestión lleva como título: "Ritos de iniciación" de donde presento parte de las conclusiones en un par de párrafos:

La posibilidad de un aprendizaje significativo no depende únicamente de factores como el diseño de los programas de las asignaturas, la debida seriación de las mismas, la calidad de los materiales de apoyo, o la preparación didáctica del profesor. Está influido también por arreglos complejos de circunstancias curriculares y extracurriculares que promueven o impiden el desarrollo del trabajo académico del estudiante.

Estos arreglos complejos de circunstancias, o contextos de aprendizaje, están formados por la interrelación de situaciones académicas, aspectos personales, familiares y socioeconómicos, y condiciones en el salón de clase.

Finalmente, quien escribe, investigó a los alumnos que cursan el penúltimo trimestre de la carrera de diseño industrial y que habían decidido junto con su profesor desarrollar su eslabón integral (última parte de la carrera) en una unidad de producción de leche y derivados de una organización campesina en San Luis de la Paz, Guanajuato. A continuación anexo un párrafo que da cuenta de la manera en la que los alumnos realizan su trabajo al visitar el establo lechero en cuestión:

"La visita duró más de dos horas. En dicho lapso cada equipo se dedicó a lo suyo: el de ordeña resolvió un cuestionario, todos los alumnos tomaron notas y fotografías. Una cosa que me llamó la atención fue el hecho de que mientras estábamos los intrusos de la UAM observando, en el establo había mucha actividad, eran cerca de quince campesinos apoyando de alguna manera las actividades propias de un rancho lechero a la hora de la ordeña y por parte de los alumnos se notaba una gran indiferencia con respecto a las relaciones sociales que implicaba el trabajo. Durante el tiempo que duró la visita, el diálogo o cuestionamiento con los campesinos fue mínimo; la máxima atención se centraba en los objetos que acompañaban a los objetos.

El Anuario de Estudios Urbanos

Es importante mencionar que el Área de Estudios Urbanos (Departamento de Evaluación), al menos en la línea de Identidades, tiene como uno de sus referentes principales, en la docencia y la investigación, el uso de metodologías cualitativas. En 1994 en el primer *Anuario de Estudios Urbanos*, (hoy *Anuario de Espacios Urbanos*) se hace la reseña de un texto relacionado con el estudio de caso como una de las muchas metodologías de corte cualitativo que puede ser relevante para los estudios urbanos (Feagin et al, 1991). No era una coincidencia que en el primer número de un anuario, que de acuerdo con todos los cánones positivistas, debería dar énfasis a lo cuantitativo, se privilegiaran herramientas utilizadas por historiadores, antropólogos y hermeneutas. Este hecho singular no era otra cosa, más que estar dando cuenta de la crisis de las ciencias sociales que ponían a revi-

sión tanto el marxismo ortodoxo, como el positivismo lógico.

En la reseña en cuestión, se mencionan las cinco ventajas que los autores encuentran en los métodos cualitativos sobre los cuantitativos.

- i. La observación participante como una herramienta que permite describir la acción social en sus verdaderos contextos.
- ii. La posibilidad de obtener información de diversas fuentes: desde los registros de campo, hasta las entrevistas, pasando por las narrativas y el uso de material bibliográfico.
- iii. Ver la acción social como un proceso en continua transformación.
- iv. La posibilidad de facilitar –en la práctica– la innovación teórica.
- v. Mayor economía, tomando en cuenta que sólo se requiere de una persona capacitada apoyada con papel y lápiz.

En 1995, en el segundo Anuario de Estudios Urbanos un egresado del CINVESTAV en ciencias de la educación, Joaquín Hernández González, escribió el artículo: “La relevancia de la investigación etnográfica en los estudios de urbanismo e identidad” en la se nos recomiendan tanto estrategias como métodos y técnicas de investigación para el análisis urbano.

- i. Acercamiento naturalista. Desplazarse al escenario que deseamos estudiar, convivir con los sujetos y participar de su vida cotidiana; habitualmente la información de

primera mano requiere periodos largos de estancia en una comunidad

- ii. Manejo de datos fenomenológicos. Estamos interesados en datos que documenten la forma de percepción de los sujetos y la actuación en su mundo cotidiano.
- iii. Uso multimodal de técnicas de investigación. Durante el desarrollo de una investigación se pueden emplear distintas técnicas para obtener la información relevante.
- iv. Obtención de descripciones holísticas. La tarea del investigador es construir descripciones globales de un fenómeno que se manifieste en distintos contextos y generar la red de interrelaciones culturales que lo articulan.

En el anuario de 1998, Kathrin Wildner (1998) presenta un adelanto de su tesis de doctorado con un ejercicio de acercamiento metodológico y etnográfico a un espacio público de la ciudad de México: el zócalo y su significación cultural.

Un año después y en la misma publicación, Sergio Tamayo (1999) utilizando los planteamientos teóricos del procesualismo, da cuenta de cómo los militantes de los tres principales partidos que buscan la presidencia de la república, se apropian de un espacio tan significativo como el zócalo.

Finalmente, en 2005, Sergio Tamayo junto con Xóchitl Cruz (2005) presentan un artículo donde se toma el estudio de caso de la Marcha por la Dignidad Indígena y la apropiación del espacio, a partir de su recorrido por buena parte del país durante tres meses en el año 2001.

Anuario de Espacios de Arquitectura

En 2001, en el *Anuario de Espacios de Arquitectura*, presentamos un texto donde damos cuenta de las metodologías de corte cualitativo que hemos utilizado con alumnos de arquitectura en la aproximación, análisis y apropiación de determinados espacios urbanos seleccionados (Ortiz y Tamayo, 2001). Se trata de ver la posibilidad de que los aspirantes a arquitectos, utilizando la etnografía, la foto entrevista, el flaneur y los mapas mentales puedan hacer una lectura de centros comerciales y de la ciudad no sólo arquitectónica (análisis de cortes, fachadas, accesos, servicios, instalaciones, funcionamiento, zonificaciones, y diagrama de funcionamiento y circulaciones) sino sobre todo social. Nos referimos a la observación minuciosa de la manera en que la gente se apropia de diferentes espacios.

Pongo la descripción de uno de los alumnos:

Nunca se me había ocurrido analizar la ciudad de esta manera, menos aún caminar por ella y explicarme cada una de sus formas. Saber que cada elemento de la ciudad cuenta con identidad propia[...]

Leer, tomar fotografías, entrevistar, pasear por la ciudad, nos hace darnos cuenta que uno vive la ciudad y tal vez imaginarnos la ciudad donde nos gustaría vivir en el futuro[...]

Un antecedente de este proceder lo hacemos en clase, cuando los estudiantes de cuarto trimestre deben diseñar por primera vez una vivienda de interés social. Un espacio de treinta y seis me-

tros cuadrados que comprende dos recámaras, un baño, una cocina, un comedor y una sala. Para realizar dicha proeza se les pide que hagan un ejercicio de etnografía en una vivienda existente con dichas características. Antes, se les instruye en el sentido de que lo que define al ser humano, sobre todas las cosas, son los significados (Geertz, 1990). En una familia de cuatro miembros, constituida por madre (43 años), padre (45 años), hijo (19 años) e hija (17 años), en ese mínimo espacio del interés social, cada uno de ellos hace un despliegue de lo que de algún modo le significa.

Uno de los espacios más relevantes lo constituye la habitación de los padres, donde habrá una cama matrimonial con un símbolo religioso en la cabecera; al lado, la fotografía formal, tomada en un estudio, de la ceremonia religiosa. En la habitación de al lado, el espacio de la hija se caracterizara por peluches, un aparato de sonido, ropa desacomodada y varios posters de sus artistas preferidos. En la sala que cumple la doble función: lugar de estar y habitación del hijo, se podrán admirar algunos recuerdos del equipo deportivo predilecto del mismo. En el comedor la familia tiene un pequeño museo en el trinchador, donde a través de su vitrina se puede admirar, por ejemplo; un plato con la fotografía de los esposos abrazados con la leyenda: “Recuerdo del Pipila”; al lado, un barco de conchitas con una bandera que dice: Veracruz; junto a un cenicero con un alacrán con el anuncio de Durango, el zapato del hijo (en cobre) cuando era bebe; los muñecos del pastel de la hija cuando cumplió quince años. En ese espacio se pone la vajilla de lujo y los manteles para las ocasiones relevantes.

Con este ejercicio que se podría continuar muchas cuartillas (falta el esposo, el baño, la cocina, etcétera) los alumnos se percatan de que antes de cualquier diseño, debe existir un conocimiento, gracias a los métodos cualitativos, de los significados de las personas que ocuparán dichos espacios. También se darán cuenta de que no se vale diseñar desde las alturas de una torre de marfil, donde los habitantes son menos relevantes que el diseño de los edificios.

Habría que señalar que uno de los pioneros de este tipo de ejercicios fue Oscar Lewis cuando estudió la cultura de la pobreza en las vecindades del centro de la ciudad de México gracias al apoyo de estudiantes de la Escuela Nacional de Antropología e Historia que, simulando la tarea de arqueólogos, realizaban inventarios de los bienes de cada uno de los cuartos de las vecindades.

¿Para qué una metodología cualitativa para explicar lo urbano?

Para empezar ¿qué es lo que significa realmente una metodología cualitativa?, ¿cuáles son los rasgos distintivos de una metodología cualitativa?, ¿con qué se le puede comparar?, ¿cuáles son sus fortalezas y sus debilidades frente a una metodología cuantitativa? En fin, ¿cuál es la naturaleza distintiva de esta forma de aproximarnos a los fenómenos sociales?

Habría que empezar señalando que la metodología cualitativa no es una sola cosa, ya que bajo ese rubro se pueden incluir, entre otros, el interaccionismo simbólico, la etnografía, la etnometodología, la hermenéutica, el procesualismo,

el post-estructuralismo, el estudio de caso, la narrativa, el análisis de los medios de comunicación, la indagación sobre los significados que pueden dar el espacio, la vida cotidiana y el lenguaje.

Los métodos cualitativos han adquirido en los últimos años una gran aceptación no sólo en el mundo de la sociología y la antropología, sino que han tenido un impacto creciente en áreas disciplinares consideradas ajenas, como lo son el estudio de mercados, el análisis organizacional, la evaluación educativa, el diagnóstico de políticas, los sondeos de opinión pública o los problemas demográficos.

Lo cualitativo tiene sus raíces en la filosofía (fenomenología), la antropología social (etnografía), la psicología (pragmatismo) y la sociología (etnometodología e interaccionismo simbólico) y se relaciona con la búsqueda de significados y con el rescate de la experiencia vivida.

Como estudiosos del fenómeno urbano, hemos presenciado la pérdida de una de las mayores explicaciones del mundo social: el paradigma marxista. Frente a nosotros sucumbió una explicación que desde la ciudad, daba cuenta de lo político, lo social, lo económico y lo cultural. Esta crisis, además fue de la mano con las críticas que desde diversos frentes se le hicieron al positivismo lógico (Kuhn, Lakatos, entre otros). Esto ha motivado la búsqueda de nuevas explicaciones del mundo social recobrando los planteamientos cualitativos que el positivismo ha desechado. Quienes nos metimos por los territorios de la metodología cualitativa hemos recorrido diversos caminos: desde el psicoanálisis (Lacan), la psicogénesis (Piaget), el constructivismo (Vigotsky), la fenomenología

(Schutz), el interaccionismo simbólico (Mead), la etnografía (Geertz), la crítica a la etnografía (Reynoso), el procesualismo (Turner), el estructuralismo (Levy Strauss), el estudio de caso (Stake), la hermenéutica (Ricoeur y Gadamer), el análisis fotográfico (Canclini y Vila), el diálogo cultural (Batjtin) y la etnometodología (Garkinkel).

Algunas características de la indagación cualitativa:

- i. Es el paradigma dominante de la antropología social, requiere de un trabajo de campo prolongado y riguroso, donde el investigador acompañado de un diario de campo, debe estar atento a “los imponderables de la vida cotidiana” en una determinada comunidad o grupo social (Malinowsky). En México se ha analizado desde una comunidad Tarahumara (Lartigue), hasta un salón de clase (Paradise), pasando por una peluquería (Licona), un antro (Morin), la manera en que la gente ve telenovelas (González) y el mercado de Sonora (Castañeda).
- ii. Además de la observación participante, (gracias al lápiz y al papel) el investigador requiere, en su caso, de análisis cuantitativos, uso de material censal, fotografía, video, entrevistas y lectura de material bibliográfico.
- iii. Se trata de una descripción densa (Geertz), dado que nos encontramos, en lo social, con “una multiplicidad de estructuras conceptuales complejas, muchas de las cuales están superpuestas o entrelazadas entre sí”.

- iv. La investigación cualitativa es interpretativa, busca “explicar la manera en que las personas de determinados enclaves llegan a comprender, gestionar, justificar sus situaciones cotidianas y actuar (Miles y Huberman). Se busca analizar las acciones de los individuos en determinados contextos buscando la respuesta a tres preguntas (Erickson): ¿Qué está pasando aquí? ¿Lo que está pasando aquí, qué significado tiene para los actores involucrados? ¿Qué relación existe entre lo que pasa aquí y contextos macrosociales?
- v. Se puede empezar la investigación sin formular hipótesis. Se puede empezar con descripciones que llevan a preguntas, ya que, en general, se trata de una investigación ‘abierta’ que deja un margen para descubrir y analizar problemas o aspectos de la vida social que no se reconocen de antemano.

La aplicación de las metodologías cualitativas al estudio de la ciudad

El estudio de la ciudad, desde una perspectiva cualitativa, se puede remontar a uno de los principales integrantes de la Escuela de Chicago: Willey Thomas, que en 1918 publicó su investigación *El campesino Polaco en Europa y los Estados Unidos de Norteamérica* en la que se aleja de la sociología como una teoría abstracta basada en gran medida en una investigación bibliográfica, para adentrarse al mundo social desde otra perspectiva. El libro de Willey es el producto de

ocho años de investigación en campo en Europa y Estados Unidos estudiando la organización social de los emigrantes polacos. Es importante recordar que otro polaco, Malinowsky, en 1922 fundó la etnografía como un método científico al alojarse de los planteamientos de James Frazer el cual, sin abandonar los recintos del museo británico, realizó una investigación de los significados religiosos, de acuerdo con la bibliografía existente, acerca de los habitantes de varias regiones del mundo.

La metodología de trabajo de Willey incluye el estudio de materiales autobiográficos, facturas, correspondencia familiar, archivos periodísticos, documentos públicos y cartas de instituciones.

Otro integrante de la Escuela de Chicago, Robert Park, abandonó el periodismo para explorar e investigar en las casas de juego y en los fumaderos de opio. Describió con nitidos detalles la vida en la ciudad e inició lo que llegó a convertirse en el rasgo distintivo del interaccionismo simbólico: la observación participante.

La antropología social y la ciudad

Como se mencionó anteriormente, la antropología social ha sido considerada como la depositaria de la tradición cualitativa. Como parte de esta responsabilidad organizó al inicio de la década de los noventa el coloquio Antropología y Ciudad gracias a los afanes del Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS), el Departamento de Antropología Social de la UAM Iztapalapa y la Dirección General de Culturas Populares (Estrada et al, 1993) para

analizar el desarrollo de la investigación urbana, hasta esa fecha en México.

Dicho encuentro da cuenta de que la ciencia de Malinowsky dedicada a lo urbano en México ha debido trabajar sobre todo en cuatro cuestiones: buscar una nueva perspectiva metodológica para el entendimiento de las ciudades, el análisis del trabajo y la política desde una nueva perspectiva, y la comprensión de ciudades medias y los retos de la cultura urbana.

En cuanto a lo metodológico, hay que mencionar que, aunque la antropología cuenta con una larga tradición en el estudio de comunidades campesinas, al buscar nuevas perspectivas se enfrenta a la disyuntiva de responder si la antropología urbana se refiere a estudios desarrollados en, o sobre las ciudades, dado que la complejidad urbana ha llevado a los investigadores a la disyuntiva de parcelar su estudio, o convertir a la ciudad en el contexto donde se estudian determinados procesos o relaciones sociales.

En cuanto a los estudios de trabajo y política, en las conclusiones del evento de referencia se menciona que, aunque la ciudad no aparece como objeto de análisis privilegiado, sino como un contexto donde ocurren determinados fenómenos:

La mirada antropológica es reconocible en el intento que ponen los autores por tratar a sus objetos de estudio como totalidades. Los estudios de pequeñas comunidades facilitan este acercamiento pero la percepción antropológica reaparece en el complejo terreno urbano tratando de entender a los sujetos y procesos sociales desde una perspectiva subjetiva y cotidiana a fin de analizar el mercado

de trabajo y su vinculación con la industria, el comercio y los servicios.

La preocupación por el estudio de las ciudades medias es la respuesta por atrapar los procesos sociales, económicos, políticos y culturales que son específicos de las ciudades que no son pequeñas comunidades tampoco, pero grandes metrópolis, por ejemplo Querétaro, Toluca, Mérida, Jalapa, Orizaba y Córdoba.

Finalmente, el estudio de la cultura urbana, en la que se han buscado distintas formas de acercamiento. Cultura como un proceso simbólico que se refiere a la producción, circulación y recepción del sentido. Esta perspectiva permite conjuntar los fenómenos económicos y políticos con las formas en las que se construye el contexto y las relaciones patrón-cliente en determinados sectores.

Tres perspectivas cualitativas para el análisis de la ciudad

Al inicio de este trabajo, comenté que la metodología cualitativa se debería poner en plural dado que dicho concepto daba cuenta de varias cosas, por lo que a continuación elaboro con más detalle las tres perspectivas de corte cualitativo que considero han tenido mayor relevancia en el estudio de lo urbano.

Etnografía

La etnografía surgió a principios del siglo xx con las ciencias hermenéuticas y se le puede conside-

rar como una columna fundamental en el amplio espectro de los métodos cualitativos.

El objetivo de la etnografía, es comprender la cultura que comprende las distintas maneras de vivir, de intercambiar significados. En la actualidad ya no se entienden a las sociedades dentro de un esquema evolucionista unilineal, en donde, supuestamente, existen pueblos civilizados, pre-civilizados y salvajes; sino que, gracias a una concepción multilineal, se considera a cada una de las culturas como una unidad diferente con reglas, significados y valores propios.

La etnografía supera las descripciones hechas por viajeros, comerciantes, descubridores y misioneros. Baste conocer, como ya hemos dicho, que Frazer escribió *La Rama Dorada*, que se refiere a las culturas de todo el mundo, leyendo sin abandonar los recintos del Museo Británico.

Como ya mencionamos anteriormente, uno de los primeros antropólogos que trabaja con la etnografía y los métodos de observación participante es el polaco Bronislaw Malinowski.

Uno de los pioneros en la historia de las ciencias sociales que se propone recolectar sin intermediarios los datos empíricos de primera mano, es decir, vivir largas temporadas y aprender la lengua de los grupos culturales que quiere investigar, olvidándose de descripciones de terceras personas.

Malinowsky realizó trabajo de campo durante dos años en una isla de Melanesia, estableció e investigando la vida cotidiana, la economía y la cultura de los trobriandos, de esa manera estableció la etnografía como fundamento de la antropología.

Desde entonces hay una multitud de definiciones y descripciones de lo que es etnografía; sus aspectos fundamentales son:

- i. Es un método cualitativo empírico, es decir, una manera de coleccionar material con una diversidad de técnicas y métodos.
- ii. La observación participante es su método fundamental.
- iii. Su objetivo es describir detalladamente la cultura e identidad de un grupo seleccionado para obtener información sobre su organización social, política y económica.
- iv. Es un proceso émico (termino que viene de la lingüística, la diferencia entre la fonética que estudia las características físicas y fisiológicas de los sonidos del lenguaje y la fonémica que estudia el lenguaje usado), se trata de entender al interior de las comunidades los significados de los propios actores, sin imponer conceptos externos a la cultura; por ejemplo, querer entender el budismo con los parámetros del cristianismo.
- v. Es un trabajo descriptivo que busca establecer un diálogo con diversas teorías sociales.
- vi. El investigador se enfrenta con su propia subjetividad, lo que requiere de él una actitud autocrítica y una búsqueda de triangular la información obtenida con otros observadores.

El procesualismo

Es la manera en que la escuela de Manchester le da un giro de tuerca al estructuralismo clásico (Malinowsky y Radcliffe Brown) mediante investigaciones realizadas en localidades urbanas y rurales del África central entre 1950 y 1960. Lo que diferencia a estos investigadores de sus antecesores es el énfasis en dos aspectos:

- i. *El conflicto como objeto de estudio.* Se trata de entender lo social ya no como una estructura donde cada uno, gracias a su capital económico, cultural y simbólico tiene una posición acotada y fija con determinada cuota de poder a fin de poder manobrar. Se trata de romper este inmovilismo e ir más allá de la idea de Radcliffe Brown de que lo único que nos da poder es nuestra posición dentro de una estructura social determinada. En el caso del procesualismo el poder se da dentro de un proceso social, por lo que siempre es negociable. Resulta interesante mencionar que esta idea de la interacción social como algo vivo, creativo, va en sentido contrario de aquellos científicos sociales estructuralistas como Foucault que consideran que el hombre siempre es dominado por la estructura, gracias a la conspiración permanente e inamovible de un pequeño grupo, sobre el conjunto de la sociedad; o de aquellos que consideran al actor social como un tonto cultural que no tiene recursos para moverse e incorporar o

perder poder en diferentes situaciones sociales conflictivas.

- ii. *El trabajo de campo.* Se trata de analizar minuciosamente escenarios donde se dé el conflicto entre grupos sociales diferenciados: interacciones étnicas en una fábrica (Kapferer); actos sociales masivos en inauguración de obras (Gluckman); cierres de campaña políticos (Tamayo); desfiles conmemorativos del día del trabajo (Rogers); peregrinaciones religiosas (Turner); peleas de gallos (Geertz), etcétera. La concepción del trabajo de campo es modificada, ya no se trata de pasar largas temporadas en una comunidad y dividir todo lo observado en apartados tales como: agricultura, familia, educación, comercio, etcétera. El procesualismo busca describir hechos densos, pero efímeros que pasan en un día y desaparecen; en este sentido, resulta interesante comparar esto con la idea del performance o el arte que desaparece paulatinamente ante los espectadores; de este modo, se trata de hacer un trabajo de campo riguroso, metódico, concentrándose en la aparición del conflicto e incorporando la mayor cantidad de información posible recurriendo a otras fuentes como informantes especializados, fotografía y análisis de los diferentes medios de comunicación. Los apartados que el estructuralismo busca en las comunidades son modificados por los conceptos de: ritual, símbolo, poder, arena política, drama social, ritual y cultura e identidad.

El estudio de caso

El estudio de caso es una herramienta de corte cualitativo vinculado con la sociología norteamericana, conforme a dos modelos: el de *responsive evaluation* desarrollado por Robert Stake en el Center for Instructional Research de la Universidad de Illinois en Urbana, y el de la *illuminative evaluation*, desarrollado en Gran Bretaña por Malcolm Parlett y David Hamilton, muy cercano al de la *democratic evaluation* de Barry Mc Donald del Centre for Applied Research in Education (CARE), en la Universidad de East Anglia.

Los estudios de caso han sido utilizados en la investigación en las ciencias sociales incluyendo a las disciplinas tradicionales (psicología, sociología, ciencia política, antropología, historia y economía) y en campos orientados hacia la práctica como la planeación urbana, la administración pública, las ciencias administrativas y la educación.

Los presupuestos básicos de este acercamiento son:

- i. *La información está en la interacción social.* Similar al nuevo periodismo, el mayor esfuerzo está en capturar la información en el lugar donde se produce: fábrica, cooperativa, sindicato. No se pueden hacer inferencias, es necesaria la presencia del investigador en el lugar de los hechos.
- ii. *Es necesaria una observación minuciosa.* Se parte del presupuesto de que lo que se está observando y anotando es una actividad compleja, por lo que hay que anotar con el máximo de detalles el mayor número de

elementos observables: personas, diálogos, mobiliario, ruidos, objetos, etcétera.

iii. *La observación es descriptiva.* Con papel y lápiz se busca describir la acción social en el contexto en el que se da, personas de carne y hueso, con antecedentes y expectativas. Se describe la forma en que los actores sociales, en varios contextos, dan pasos para llegar a un resultado.

iv. *Los datos se analizan inductivamente.* En este tipo de investigación no hay hipótesis preestablecidas, más bien mediante una observación cuidadosa se busca encontrar los diferentes elementos de la interacción social en situaciones determinadas.

Las ventajas del estudio de caso, en relación con otros métodos serían dos: la accesibilidad en la lectura a un gran universo de lectores, ya que se evita el lenguaje científico y se posibilita que los diferentes actores participen al describir su proceso y su punto de vista en relación con los otros.

Las limitaciones de este tipo de acercamiento serían: que es costoso y requiere de personas muy entrenadas en el arte de escribir.

Conclusiones

A lo largo de este artículo hemos señalado, en primer lugar, que los métodos cualitativos no son una sola cosa, ya que se puede hablar de esta aproximación desde diferentes campos del mundo científico. Sus antecedentes van desde la filosofía (fenomenología) hasta la antropología social (etnografía y procesualismo) pasando por

la psicología, la sociología cultural (etnometodología e interaccionismo simbólico) y el estudio de caso.

Por muchos años se les vio con desconfianza, debido a que su proceder estaba bastante alejado de los cánones de la investigación científica positivista; sin embargo y gracias a la fenomenología las cosas empezaron a cambiar, cuando nos señalan que no es posible utilizar una misma metodología para estudiar las ciencias del espíritu y las ciencias físicas. En la actualidad las metodologías cualitativas han sido reivindicadas por un buen número de estudiosos de lo social y afortunadamente la aparente contradicción entre ambas metodologías tiende a desaparecer. Ahora es bastante común en investigaciones científicas, encuestas y estadísticas que vengan acompañadas de buenas descripciones etnográficas.

Los métodos cualitativos son una caja de herramientas útiles para la investigación; capacitan a sus usuarios en la observación (¿qué está pasando aquí?), en la capacidad de descripción (poder con un alfabeto limitado describir un mundo complejo), en el entrenamiento del sentido auditivo (¿qué ruidos se producen?) y el olfativo. Asimismo, nos da, gracias al entrenamiento en entrevistas a profundidad, la oportunidad de meternos "en los zapatos" de los otros.

Con estos recursos los estudiosos de lo urbano nos encontramos con la posibilidad de trabajar temáticas tales como: identidades sociales, planeación urbana, historia, procesos de trabajo, apropiación del espacio urbano y procesos electorales. En el Posgrado de Estudios Urbanos que se imparte en la UAM Azcapotzalco la mayoría de

los trabajos terminales han recurrido a estas posibilidades. En la docencia ha servido para que los estudiantes busquen explicaciones sociales en pequeños espacios, tal y como sucede en una vecindad, una vivienda de interés social o un centro comercial.

En el cuerpo del artículo destacamos tres aproximaciones: la etnografía que revoluciona las descripciones hechas por viajeros, comerciantes y misioneros; el procesualismo, que rompe la idea de una estructura social rígida, donde cada autor cumple con un rol predeterminado y propone un proceso social que permite a los actores utilizar sus capitales (económico, simbólico y político) para moverse al interior de la estructura social. Por último, el estudio de caso, que permite analizar a profundidad fenómenos urbanos complejos como el ambulante, el transporte y los servicios.

Finalmente, cabe señalar que el Área de Estudios Urbanos se ha distinguido tanto por la multidisciplina (arquitectos, sociólogos, historiadores y antropólogos), como por la utilización de metodologías de corte cualitativo. En la docencia nos ha servido para que los estudiantes desarrollen sus habilidades de observación, análisis, escritura y los ha capacitado para hacer visibles fenómenos socio culturales de la ciudad que aparentaban ser invisibles. En la investigación buena parte de nuestros trabajos lo reflejan, baste saber que en los contenidos del *Anuario de Espacios Urbanos* desde 1994 han aparecido artículos y reseñas relacionados con lo mismo.

Roland Barthes decía que una cuchara es más que una cuchara, ya se le podía ver también como una manera de comer, utilizando dicha metáfora

podríamos decir que la ciudad, es más que una ciudad, ya que se le puede ver como una manera de vivir.

Bibliografía

- Estrada Margarita, Nieto Raúl, Nivón Eduardo y Rodríguez Mariángela (comp.) (1993), *Antropología y ciudad*, UAM Iztapalapa-CIESAS, México.
- Geertz, C. (1990), *La interpretación de las culturas*, España, Gedisa.
- Giddens, A. (1995). *La constitución de la sociedad, bases para la teoría de la estructuración*. Buenos Aires. Amorrortu Editores. Reimpresión de 1988.
- Heritage, J. C. (1991). "Etnometodología" en Giddens y Turner (coords). *La teoría social hoy*. México. CONACULTA-Alianza.
- Ortiz Jorge y Tamayo Sergio (2001), "Metodologías cualitativas en la enseñanza del diseño: arquitectura y espacios urbanos", *Anuario de Estudios de Arquitectura*, Departamento de Evaluación, CyAD, UAM Azcapotzalco.
- Tamayo Sergio (1999), "Cultura ciudadana, espacio público e identidades colectivas. Estudio de caso de los cierres de campaña del PRD, PAN y PRI en la ciudad de México, 28 y 29 de junio de 1997", *Anuario de Estudios de Arquitectura*, Departamento de Evaluación, CyAD, UAM Azcapotzalco.
- Tamayo Sergio y Xóchitl Cruz (2005), "Espacios imaginados y las formas simbólicas del EZLN en la ciudad de México", *Anuario de Espacios Urbanos*, Departamento de Evaluación, CyAD, UAM, México.

Wildner, Kathrin (1998), "El zócalo de la ciudad de México, Un acercamiento metodológico a la etnografía de una plaza", en *Anuario de Espacios Urbanos*, 1998, UAM Azcapotzalco, México.

La capital novohispana

desde el taller del imaginista

Resumen

Vistas de los monumentos, sucesos y personajes históricos de la etapa colonial en la novela *Visionario de la Nueva España* (1921) de Genaro Estrada.

Abstract

Views of monuments, event and historical personalities of the colonial times in the novel Visionary of the New Spain, written by Genaro Estrada in 1921.

Leticia Algaba
División de Ciencias Sociales y Humanidades, Departamento de Humanidades,
Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco
laetitia@prodigy.net.mx

1.

En su calidad de sede primigenia, la ciudad de México es fuente inagotable de una extensa gama de registros que, a lo largo de los siglos, ha ido en pos de su naturaleza y su función; de su variable fisonomía; de su perdurable centralidad política renovada por el Conquistador y, por eso, punto de unión, origen del mestizaje, símbolo del encuentro, la destrucción, la construcción. Las lecturas de y sobre la ciudad de México se inscriben en diferentes ámbitos, provienen de distintas ramas disciplinarias y artísticas. En el presente ensayo¹ me propongo examinar una perspectiva literaria singular, la de un narrador que se postula como visionario colocándose en un estadio que va del entre sueño al sueño para recorrer la ciudad virreinal en un lapso que va del atardecer al amanecer, un recorrido que le permite tocar un espacio simbólico susceptible a la reconstrucción; un viaje a la ciudad virreinal por un nuevo camino, a la par con un tiempo de reconstrucción, el año de 1920, cuando México entraba al periodo posrevolucionario, y Genaro Estrada escribe *Visionario de la Nueva España. Fantasías mexicanas*.

Antes y después de 1920, indudablemente Luis González Obregón era el autor paradigmático de las leyendas y las tradiciones; su *México viejo* es,

quizá, uno de los libros que más ediciones ha tenido. En la segunda, de 1891, José P. Rivera, autor del Prólogo subraya el propósito del autor al declarar "la convicción de que a México viejo lo aplaudirá el Maestro Altamirano" (González, 1891:16).² Con justeza Rivera señalaba que González Obregón daba inicio a una especie de misión: fortificar la sede de la república con la escritura de textos renovados, con los fragmentos de las crónicas, los "sucedidos", los testimonios de la vida cotidiana, los relatos legendarios, diversidad genérica explícita en el subtítulo *Noticias históricas, tradiciones, leyendas y costumbres*, del periodo de 1521 a 1821; tres siglos cuya aglutinación apuntalaba la imagen del México colonial presidida por la capital, la ciudad de México concebida como teatro de acontecimientos; testigo de tantas revoluciones, cuyo palacio ha visto desfilar reyes aztecas, Audiencias y virreyes españoles; regencias y emperadores mexicanos y extranjeros, dictadores, invasores y presidentes (González, 1891:23).

Si la ciudad de Lima, Perú, tiene en Ricardo Palma al inventor del género de la Tradición, la capital de México capturó la incansable devoción de González Obregón; su México viejo fue y sigue siendo una 'guía de forasteros' lo mismo de los

auténticos como de los mexicanos que se acercan por vez primera, o por enésima, al centro de la ciudad.

Las leyendas y las tradiciones provienen de un caudal cuyas vertientes se tocan, confluyen en un punto acaso discernible en el momento de la producción textual: ¿ofrecer al lector lo más auténticamente posible la antigua geografía citadina? La respuesta se antoja obvia mas depende justamente del cómo realizar el viaje al pasado: ¿con documentos en la mano?, ¿con los datos de la propia memoria?, ¿con una combinación de ambos elementos? Y entre las obviedades todo puede ser pertinente. Para analizar la postura elegida, la perspectiva, la actitud –en términos sencillos–, el lenguaje es, obviamente, el elemento clave, el instrumento recreador de un espacio signado, simbólico, que no cesa de atraer y soportar todo género de estudios e interpretaciones.

2.

Visionario de la Nueva España. Fantasías mexicanas se publicó en 1921. Es un texto integrado por capítulos breves, a manera de cuadros de la ciudad virreinal animados por personajes representativos de los supremos poderes, el político y el eclesiástico y, en gran medida, por los edificios. El lector tiene frente sí una profusión de imágenes construidas por la mirada y el oído del narrador sometidos a la hora del crepúsculo y, progresivamente, a la duermevela y luego al sueño, elementos capaces de captar la esencia del tiempo pretérito. En la caída de la tarde el recorrido por la ciudad permite la huida de "la vida moderna" (Estrada,

1988:83)⁴, la mirada relee, cifra y descifra, capta "una nueva pasión" (82), en palabras del narrador. La pasión y la mirada integran un nuevo texto que trae el pasado colonial al presente en una especie de atemporalidad que fija instantes a la manera de un proyector de imágenes. El lector puede acceder indistinta y aleatoriamente a cada capítulo y apreciar estas vistas citadinas semejantes a una 'guía de forasteros' y, a la vez, distintas por cuanto hay escasas huellas del cronista, en todo caso éste deja que el lector reconstruya el dato histórico a partir de otros textos. Tales peculiaridades hacen que *Visionario de la Nueva España* se distinga de libros como los de los reconocidos colonialistas Luis González Obregón y Artemio del Valle Arizpe, por ejemplo, más cercanos a la crónica, a las tradiciones y las leyendas.

La lectura de *Visionario de la Nueva España* permite notar capítulos emparentados mas dispuestos lejanamente entre sí, de ahí que, como señalé antes, el texto presente un juego de reminiscencias aparentemente desordenadas y cada vez más en relación con el estado como fuera de sí del narrador –es un visionario–, que se intensifica a partir de la mitad de la novela.

Cuando comienza la narración, la mirada se da como desde un gran angular situado en las torres de la Catedral metropolitana al atardecer. La luminosidad de la hora crepuscular delinea la silueta citadina y permite apreciar la imagen de la ciudad novohispana "tal como era" (84), como si no hubiera vida moderna, desde arriba no se distingue y sí permite atrapar la esencia de la arquitectura colonial. Retirando el gran angular, el narrador se sitúa abajo donde "... la ciudad ha perdido sus con-

¹ Algunos fragmentos proceden de la ponencia que con el título "La ciudad virreinal en la mira de Genaro Estrada" presenté en el IV Congreso Internacional de Literatura Latinoamericana, "El problema de los géneros al filo del nuevo siglo", UAM, 2001.

² Resulta pertinente recordar que González Obregón continuó el legado de los escritores de la generación de Ignacio Manuel Altamirano, quien, como se sabe, en numerosos textos subrayaba la necesidad llevar a la literatura temas de historia nacional, toda vez que a partir de la restauración de la república en 1867, se acentuó la necesidad de consolidar la expresión nacional.

tornos; las gentes –apunta– son sombras que se deslizan con apresuramiento” (84), señales de esa vida moderna que rápidamente se abandonan para imaginar a Cervantes de Salazar y a Sigüenza y Góngora mirando desde la torre opuesta y luego bajando como sombras iluminadoras que servirán de guías. Al construir la perspectiva, el narrador rinde homenaje a los más antiguos cronistas de la ciudad de México y, a la vez, nos coloca en su punto de vista en el segundo capítulo que se cierra con el momento en que la luz eléctrica da nuevamente las señales de su presente.

Siguiendo los homenajes, siete capítulos más adelante aparece Bernal Díaz del Castillo recordando antes de dormir la entrada a Tenochtitlan. El antiguo soldado de las huestes de Hernán Cortés escribe su *Historia verdadera de la Nueva España*; el narrador toma su voz para decir:

...os juro que no conciliaría el sueño si llegara a olvidar esto que ahora se representa a mi memoria, con la misma realidad que cuando nuestro esforzado capitán se entraba por aquellas tierras de maravilla (92).

En las frases citadas nuestro narrador ahonda en los recursos del libro de Bernal: escudriñar en la memoria, en el recuerdo de los sucesos de los que fue testigo y actor “con la misma realidad” para contar una historia viva, como recién acontecida ante los ojos del lector y, simultáneamente, hace una distinción: la reminiscencia ocurre antes del sueño, en la vigilia, mientras que el visionario opera en los límites y durante el sueño. Además, relaciona la memoria de Bernal con un libro de estampas e, implícitamente, nos señala la propia

construcción de su novela gobernada por imágenes que pintan la ciudad virreinal.

A semejanza de las láminas del libro de Ramusio, evocado por Alfonso Reyes en su *Visión de Anáhuac* para introducir al lector en el viaje marítimo hacia tierras americanas, Estrada nos transporta en cada capítulo por la tierra firme del corazón de la ciudad de México, recurso que lo aleja un tanto de los detalles anecdóticos de las tradiciones y las leyendas; más bien, estos géneros se funden en instantes plenos de evocación porque el referente ingresa a otro tipo de representación.

Para discernir la nueva mirada de Genaro Estrada sobre la ciudad virreinal, conviene revisar la discusión que sobre el “género colonizante” emprende en *Pero Galín*, breve libro misceláneo, novela-ensayo, que Carlos Monsiváis ha considerado autobiográfico.³

Estrada se refiere a los anacronismos de los narradores colonialistas, entre los que figura la “fábula”, el uso de algunas palabras que desmerecen la verosimilitud y por eso provocan hilaridad. La receta es la siguiente: se toma un asunto del siglo XVI, o del XVII o del XVIII y se escribe en “lengua vulgar”; después se le van cambiando las frases, enrevesándolas con trasposiciones y, por último, se alteran las palabras. Como algunas palabras “no suenan a colonial” se les sustituye con arcaísmos,

³ Véase “En el centenario de Genaro Estrada”, prólogo a edición facsimilar de *Visionario de la Nueva España* Universidad Autónoma de Sinaloa, 1987.

reales o inventados; el resultado es “la fábula consumada” (Estrada, 1988:123).

Los ingredientes de la receta no hacen más que exhibir el estado de un género literario llevado al agotamiento por algunos autores que miraban el pasado colonial desde una postura anacrónica, ingenua. En cambio, Genaro Estrada ensayó en *Visionario de la Nueva España*, su primer texto narrativo, una perspectiva distinta frente a un estilo que subraya– falseaba la “imprescindible” intención de acercarse a la “verdad” de los sucesos; el escritor siempre declaraba: ésta es “la verdadera crónica” de tal personaje, o de tal villa, y de los sucesos que “verá el curioso lector”. Elegido el asunto, seguían las consultas al diccionario de la lengua y al de sinónimos, para sustituir en aras de “modernizar” algunas palabras; por ejemplo: ésta en vez de *aquesta*; *imprime* en vez de *estampa*. La escritura del libro –continúa Estrada– se adornaba con rasgos caligráficos y abría con la frase “Habedes de saber que el anno Domini de mil quinientos y ochenta...”, leyenda que marcó a la literatura mexicana: “Aquella fue... la hora del habedes” (Estrada 1988:123,124).

La crítica que Estrada desliza en *Pero Galín* forma parte de una discusión más amplia respecto del americanismo, el que llevó a la literatura latinoamericana a cantar la bella naturaleza, a exaltar el sabor regional, el sazón de las provincias, un movimiento que en la última década del siglo XIX competía con las novelas colonialistas por cuanto exaltaba el pasado prehispánico, lo indígena como un sustrato capaz de afianzar lo autóctono. Al juzgar tales posturas americanistas, Estrada defiende el “género colonial” porque:

Los aztecas y los incas están más lejos de nosotros que los virreyes y los oidores y es tarea más difícil interpretar sociedades aborígenes en el Lienzo de Tlaxcala, que la de animar un relato entre curas chocolateros, monjas de rosquillas de canela, fachadas del Sagrario Metropolitano y tormentos inquisitoriales, elementos todos que para regodeos de los bellas letras no han acabado de desaparecer entre nosotros (Estrada, 1988: 129).

Como he venido señalando, la discusión anterior aparece en *Pero Galín*, que se publicó después de *Visionario de la Nueva España*, es decir, que nuestro autor primero ensayó la escritura de un texto colonialista siguiendo un camino distinto, alejado de sus contemporáneos y de la “fábula”, de formatos acartonados, inverosímiles, no obstante las garantías de apegarse a personajes y sucesos “verídicos”. Es la autenticidad de la remembranza de los siglos coloniales en su presente, el año de 1921, el meollo, de ahí la postura de Estrada:

Huyamos de la palabra imaginista –¡Oh tiempos!– tan inquietante y moderna. ¿Por qué no conservar la de imaginero, tan sabrosamente colonial? Las Ordenanzas de Gremios nos dicen que imaginero es el tallador de imágenes. Y bien, amigos míos, hombres de letras, ¿por qué no habías de ser vosotros los imagineros de hoy en día (Estrada, 1988: 129).

3.

El narrador de *Visionario de la Nueva España* es, efectivamente, un imaginero que talla imágenes verbales, unas veces concentra la mirada para fijar el instante y otras veces la vista y el oído para

impulsar el movimiento; imágenes que como en la física reproducen las figuras de los objetos –y en este caso también de los personajes– por la combinación de los rayos de luz, tal como sucede al inicio de la novela, cuando al término de la hora crepuscular el narrador mira desde una torre de la Catedral el desplazamiento de las sombras de Cervantes de Salazar y de Sigüenza y Góngora seguramente recordando las páginas del *México en 1554* del primero, y de *Los infortunios* de Alonso Ramírez, del segundo.

Avanzando lentamente la manecilla del reloj, el narrador llega a la hora nocturna para capturar los momentos más señalados de la ciudad novohispana. Un episodio en la Plaza de San Jerónimo, bajo la luz de la luna situada detrás de la iglesia conventual, da pie para divisar desde una ventana del convento la luz de una celda donde una monja jerónima escribe “suaves endechas por el amor de Jesús” (93); quizá se trate de Sor Juana Inés de la Cruz; sin embargo, prevalece la imagen que cierra el capítulo integrada por el juego de la luz producida por el deambular de la luna que brilla y oscurece el espacio de la Plaza acompañado por el silencio intermitentemente matizado con el canto de un grillo. La imagen potencia una estampa de claroscuro, de luz sombra, silencio y leve sonoridad que se une al deambular de la luna y otorga movimiento a la evocación para formar un cuadro francamente poético.

Sólo en dos ocasiones el narrador abandona el escenario de la ciudad de México para rozar sucesos notorios de la vida colonial. Uno es la llegada de la Nao de China que proveía a los mercaderes de telas, loza, porcelana, muy apreciados por

los peninsulares y criollos enriquecidos. El otro suceso que ponía en jaque la vida colonial era la piratería, materia del capítulo “El Corsario” sobre el episodio del Príncipe de Nassau en Acapulco. Al inicio, el narrador se somete al epígrafe del capítulo tomado de J. Ruskin: “In the bow of the is the gift of another world” (89) alusivo tanto a la toma de posesión del fuerte de Acapulco por parte del príncipe holandés, que reitera el tópico de la codicia de los europeos frente a América, como al narrador que se posa en otro mirador, el de la proa del bote como si él mismo terminara su viaje imaginario de la ciudad de México a Acapulco.

La primera escena es breve: un soldado español que resguarda el puerto recibe la orden de trasladarse a la ciudad de México para avisar al Virrey Marqués de Cerralvo que Nassau ha ocupado el puerto y a señalar que no es un simple filibustero. La segunda escena comienza cuando el soldado cabalga y luego de un breve avance voltea hacia atrás y divisa el fuerte de San Diego como un pequeño cubo gris, las casas como de juguete y “la pluma del Príncipe de Nassau que se destacaba como remoto vuelo de una gaviota en el fondo azul de la plácida bahía de Acapulco” (89).

La imagen no puede ser más eficaz: disuelve la gran amenaza de un aparente filibustero. El desvanecimiento del fuerte potencia el suceso que sabemos no tuvo consecuencias y, a la vez, Nassau queda como un frustrado corsario: las plumas de su sombrero se asemejan a las gaviotas que merodean y, simultáneamente, contribuyen a embellecer la vista marina. La lectura de este capítulo permite apreciar que nuestro narrador, que es un fino imaginero, se ha puesto en la lente de una

cámara cinematográfica lejos de su tierra firme, la ciudad de México, el centro del poder político.

Como se sabe, la vida cotidiana de la ciudad virreinal se regía por el sonido de las campanas. El cronista José María Marroquí detalla en 1903 el número y el sentido de los toques. El primero ocurría al alba, a las 5:00 en primavera y verano ya las 5:30 en otoño e invierno. A las 12:00 el toque llamaba a la “Oración de Mediodía”; a las 3 de la tarde se daba el toque para rememorar la Pasión de Jesucristo y al anochecer un toque a la hora que, dice Marroquí, eligiera “la prudencia del campanero” quien lo variaba “paulatinamente siguiendo los pasos del sol al ocultarse” (Marroquí, 1903: 521). El último era el toque de queda entre las 9:00 y las 9:30 de la noche, único ajeno al carácter religioso y apegado al orden civil.

Emulando la tarea del campanero al narrador se sitúa en la torre poniente de la Catedral desde donde captura la silueta de un repicador diluida en el cordel que impulsa el “Angelus”.

La trayectoria de las ondas sonoras que van “del eco al murmullo” describen los componentes, la imagen:

fue como una acordada oración en la que llevaba la voz la catedral y los demás templos decían las secuencias; y el vasto rumor del ángelus flotaba en la tarde como la pos trera nube de incienso elevada a Dios. (111).

La distensión de la imagen guiada por el eco llega hasta el principio de la noche, la hora en que nuestro narrador inicia con “la prudencia del campanero” sometiéndola al desvanecimiento de la luz solar hasta el ocaso.

Así como algunas imágenes auditivas se ciñen a los toques consuetudinarios, otras funden los toques. En el capítulo intitulado “Las doce”, Estrada coloca un epígrafe con versos del poema “The bells” de Edgar Allan Poe, que recrean el silencio nocturno inmerso en una atmósfera tétrica: “In the silence of the night, / How we shiver with affright / At the mencholy menace of ther tone! (97). El narrador se coloca en el punto donde las manecillas coinciden por un instante, un segundo, ese momento de giro que señala la mitad del día o de la noche. Evocando las doce campanadas del Monasterio de las Capuchinas surgen “las sombras pobladas de fantasmas, el sonido de las cadenas de los prisioneros de la Inquisición” (97). La evocación nocturna recorre los sucesos trágicos ocurridos también a las 12 del día. La atmósfera lúgubre señala las manchas oscuras del funcionamiento del orden antiguo, sobre todo el de la Iglesia, desde cuyos edificios salían repiques que imprimían el compás a la vida citadina. La última campanada de las 12:00, recuerda el narrador, “me sugiere este silencio mortal y lúgubre en que está sumido el mundo” (97).

Y frente al horror de la opresión colonial, en otro capítulo asistimos a la construcción de un toque distinto, el de la gritería de la chusma en protesta por un pregón que se lee por las calles principales para comunicar la pena de horca a un vecino acusado de los delitos “de alta traición y lesa majestad, por haber osado atentar contra la persona del excelentísimo señor virrey” (98). La gritería de los vecinos lanzaba un ¡Aah! semejante a “un trueno sordo” (98) con el que el narrador imaginero logra sonorizar la escena callejera

mediante una especie de contrato que en señal de que la retrospectiva hacia los siglos coloniales se va moviendo hacia las 12, la hora clave que comenzará a iluminar un nuevo orden político sugerido en el capítulo siguiente titulado "El Cometa".

En ese capítulo convergen en la imagen central la luz de las estrellas y el sonido del toque de queda, la hora de la alarma, de la plegaria y del espanto. Situado en la ventana de su alcoba, el narrador ve a la luz del farol un grupo de "viejas, alguaciles, colegiales y beatas que hacían extraños signos al cielo" (99) interpretando los peores augurios. En sentido opuesto, el narrador admira la quietud de las estrellas de mayo, "más luminosas que las lámparas de las hornacinas y que los velones de los alguaciles que apenas abrían agujeros de luz en la oscuridad de la calle" (98). Mira todavía más arriba la reposada luminosidad donde "un cometa arrastraba su cola magnífica desde el Hospital de San Lázaro hasta las lindes del viejo Tlatelolco" (99). De este modo la imagen, que desecha el dato puntual de la fecha, anuncia un acontecimiento luminoso que daría un giro al antiguo reloj de la Nueva España.

Y aquella hora se acelera en paralelo con la retrospección al pasado en el antepenúltimo capítulo titulado "El Insurgente" donde una sola escena basta para escuchar el grito del Fiscal ante la lectura de una "manifiesto sedicioso" (115) que un jinete había dejado en las puertas de la Real Audiencia. La vertiginosa huida del personaje en dirección a Tacubaya con destino a Toluca, subraya la inminencia de la revolución de 1810 a través de una imagen veloz, a todo galope, que acalla el grito del representante de la autoridad virreinal.

El final de la noche ocurre justamente en el último capítulo de la novela cuando el "autor" conversa con edificios y personajes. Se trata de un "Diálogo Churrigueresco" –éste es el título– absurdo, humorístico, que pone en relieve el estado onírico del narrador, quien da la voz al "autor" para cerrar así el capítulo y la novela:

Tú, Visionario, anda con Dios y quede aquí el epitafio de tres siglos de literatura retrospectiva.

De los tratados de Córdoba para atrás, sean estas últimas palabras. Buenas noches, mis viejos fantasmas: ya canta la alondra (118).

4.

La memoria de los siglos novohispanos pasa por varios filtros; la novela de Estrada es la visión del narrador en el sentido literal del término, el acto de ver, pero éste ingresa inmediatamente a un estado de vigilia, de acecho, de asedio del instante, de la luz, de la sombra, de la oscuridad, del sonido, del silencio, elementos transformadores de la visión porque el narrador se coloca en miradores reales y desde ahí toma una lente que escudriña y da movimiento y sonoridad. Es así como la visión suele encarnar una quimera, que aúna tanto lo grato como lo desagradable de la ciudad virreinal. Y en esta quimera reinan los contrastes de la luz y las ondas sonoras en función de los sucesos aludidos.

El ensueño, un estadio donde la imaginación reina, a la vez sueño e ilusión, ha sido materia fértil para todos los géneros literarios. La poesía muchas veces ha hecho suya la ciudad de México.

Por este fértil terreno Alfonso Cravioto escribió *El alma de las cosas viejas*, un extenso poema circular publicado el año de 1921, un texto cercano a Visionario de la Nueva España no sólo en la fecha sino en la recreación de los tópicos coloniales. En el epígrafe del poema leemos un propósito digno de citar:

México debe tener una tradición de Arte Propio: hay que buscada; hay que encontrarla; o hay que crearla (Cravioto MCMXXI: 3).

La creatividad referida ya delata la urgencia de Cravioto por renovar el "género colonialista", como lo denominaba Genaro Estrada. El paralelismo en la preocupación estética de los dos escritores señala otra coincidencia: el no haber nacido en la ciudad de México. De la provincia a la capital, ambos hicieron un viaje definitivo y desde el centro político del país reconstruyeron la ciudad virreinal, el espacio representativo del origen de la mexicanidad alejándose de fórmulas desgastadas, precisamente el año de 1920, durante el inicio de lo que hoy reconocemos como periodo posrevolucionario. Acaso la empatía de los provincianos residentes en la capital aportó ingredientes singulares que Alfonso Reyes valoraba en Genaro Estrada:

Llegó justamente a México, procedente de Sinaloa (Culiacán), allá por los fines del Ateneo y por los comienzos de la Revolución. Trae a la literatura la riqueza entrañable de la provincia, el sabor del condimento nacional, que siempre las capitales pierden y diluyen un poco (Reyes 1960: 177).

Cravioto⁴ y Estrada se sumaron a un replanteamiento sobre el pasado, una vuelta de tuerca al viejo edificio novohispano, desde la duermevera, el ensueño, la fantasía, la ilusión, haciendo uso del taller del imaginero, perceptible en los dos versos que abren y cierran el poema *El alma de las cosas viejas*:

Y en el estanque añoso del jardín colonial.

Duerme el rumor ilustre del ensueño ancestral (Cravioto MCMXXI:15).

De la vigilia al sueño y de éste a la alborada, Genaro Estrada escribió un texto, cuyo narrador se atiene al desorden de su imaginación, como puede ser la imaginación del lector, quien puede aceptar el orden de los capítulos, o puede asociar un orden, imaginar y tomar la punta de la madeja y tejer una nueva poniéndose en un mirador y luego pasar a otro.

Visionario de la Nueva España soporta la iniciativa y la capacidad lúdica del lector. De la fijación de los instantes captados como desde la lente de una cámara fotográfica, al movimiento como en el cinematógrafo, los breves capítulos de la novela se convierten en vistas fijas y simultáneamente en rotación, con lo que Estrada capta la esencia de la

⁴ El escritor nació en la ciudad de Pachuca, Hidalgo, el año de 1884. Ya en la ciudad de México fundó, con Luis Castillo Ledón, la revista *Savia Moderna*. Su destacada trayectoria intelectual y política es materia del libro de Miguel Ángel Granados Chapa, Alfonso Cravioto. *Un liberal hidalguense*, publicado en 1984. (Ediciones Océano y Gobierno del Estado de Hidalgo).

ciudad virreinal que en 1920, el presente de la escritura, convivía con la arquitectura del porfiriato, testimonio de un régimen derruido por el movimiento revolucionario de 1910. Si el recorrido por la ciudad novohispana inicia a la caída de la tarde, si la hora crepuscular, preludio de la sombra, de la hora nocturna, se privilegia, el narrador no hace más que aludir a su presente, a su "huída de la vida moderna", expresión del asombro ante el movimiento, el de los nuevos tiempos que aún se mecían entre los vaivenes políticos, indicio de la fragilidad en fuerte contraste con la solidez y la belleza de los edificios novohispanos. Entre un mundo que se acaba y un nuevo amanecer, Estrada logra una retrospectiva proveniente de la lectura íntima de la ciudad, ajena a la reliquia olorosa a polvo, desquebrajada, entrega la ciudad virreinal en su fortaleza y su debilidad, contrarios que se erigen como el referente del pasado colonial más vivo ante el giro del reloj que rige el tiempo mexicano.

Tales indicios de la novela provienen de la discusión con la que Estrada inicia. El autor hurga en la naturaleza de su escritura: ¿novela?, ¿poema?, ¿ensayo? El primer capítulo titulado "Dilucidaciones" abre la reflexión. Lo que está claro es el punto de partida: "aprendimos a amar esta vieja ciudad de México" (82) en las repetidas caminatas que reconocen la alta y la humilde arquitectura; el sabor ácido o dulce, triste o alegre de los barrios; los muros de tezontle y las tapias calizas; bajo la luz meridiana o la del ocaso, o en la sombra del silencio nocturno. Por esos caminos se sustentó "una nueva pasión", en palabras del narrador, y significativamente una lectura: "leímos de corrido en cada rincón" (82).

Descubierto el camino se esclarece el mecanismo, el narrador ofrecerá su lectura: la ciudad es un texto. Y al final de este capítulo inicial, que es más bien un prefacio, se define el punto de vista: "Una tarde subimos a las torres de la catedral..." (83), última frase suspendida por puntos que dan pie al siguiente capítulo el cual se erige más bien como el primero con el título "La ciudad colonial" antecedido por el siguiente epígrafe de L. Uhland:

Mi espíritu se reconcentró, mis sentidos estaban de tal modo encantados por aquellos sonidos, que nunca pude explicarme cómo había subido a tal altura. Me figuraba que hacía más de un siglo que encontrábame arriba; tanto estuve sumergido en mi sueño (83).

Pero la decisión del autornarrador pasa por una auténtica dilucidación. ¿Escribir un cuento o una novela? En uno y otra lo importante es el traslado de la evocación de las cosas de antaño y el encuentro de sutiles relaciones con las de ahora. Tenemos aquí la piedra de toque del género colonialista en pleno auge por el año de 1920: ir del pasado al presente mediante una operación garante de la verosimilitud, pero esta vez sin la minucia de las fechas, del dato; corresponderá al lector que lo indague si lo considera necesario, o imagine, interprete tanto los sucesos relevantes como los de la vida cotidiana. La discusión del autor-narrador evidencia su aparente cercanía al género colonialista pues más adelante nos dirá que ha leído "de corrido cada rincón" y, desde luego, oculta sus otras lecturas, las de las crónicas, la historia, el arte.

Otra posibilidad de escritura es la conmoción lírica "ante los más variados aspectos de las cosas" y el poner "el ánimo alerta a todos los rumbos, como la rosa de los vientos" (81).

Como he tratado de mostrar, la emoción y los sentidos dispuestos a todas direcciones gobiernan la narración para construir un texto de imágenes, esperable de un imaginista, de un tallador de imágenes, como declarara Estrada en *Pero Galín*, libro que, como ya hemos visto, descifra nuestra novela, bien asentada en la prosa poética.

La inquietud notoriamente más intensa es la de la posibilidad de escribir un ensayo. En esta reflexión conocemos una definición del género:

Otro tiene la inquietud de los ensayos. Su conversación, sus lecturas, su persona misma son otros tantos ensayos. Espíritu selecto y exquisito, ama las cosas elegantes, las frases perfectas, los libros esenciales. Todo él es como un frasco que encierra los más suaves y delicados perfumes de la vida y el arte (81).

El ensayo se presenta como un frasco, continente de conocimientos, experiencias, lecturas, sustancia densa que va decantando sus componentes susceptibles de ser vaciados para destilar vitalidad y aroma. El frasco –la forma– se desnuda para vaciar la sustancia decantada, esto es, la escritura que dará una interpretación de la ciudad novohispana, de su esencia. El resultado se acerca a la definición que del ensayo hizo Lucács: "un poema intelectual", según recuerda Liliana Weinberg: "se trata de la intelectualidad como vivencia sentimental" (2001: 22).

Situado en el espacio público, en el centro político de la Nueva España, erigiéndolo como su *mirador*, el narrador-visionario remueve los siglos coloniales para ofrecer al lector los símbolos renovados gracias a las imágenes poéticas que se han ido fraguando en el espacio interior, íntimo, en el frasco que concentró el conocimiento, la experiencia, las lecturas. Así, la distancia temporal, la retrospección, se pone en juego ambiguo con la cercanía que es atrapada como a través de una lente que captura el instante o le da movimiento y sonoridad. El texto de Estrada comulga del nerviosismo del género ensayístico, ávido de contenidos, como un centauro, en palabras de Alfonso Reyes, quien formuló uno de los más equilibrados juicios no obstante el dolor por la pérdida definitiva de su amigo Estrada, en *La Nación* periódico bonoarense, el 3 de octubre de 1937:

Su Visionario de la Nueva España viene a ser como Gaspar de la noche mexicana, y no creo que antes de él se haya logrado poner a contribución, con mejor efecto, todos los temas y motivos de nuestra imaginaria colonial, de nuestra suntuosa y parsimoniosa 'Edad Media', llena de virreyes, frailes y doctores, asuntos transportados por él a un ambiente, si vale decirlo, de disciplinada fantasía, de ensueño con bridas (Reyes, 1960:177).⁵

⁵ Vale la pena recordar que Genaro Estrada murió a los 50 años de edad, en la ciudad de México, el 29 de septiembre de 1937. Su amistad con Alfonso Reyes fue muy estrecha, aunque Estrada no perteneció al Ateneo de la Juventud. se erigió en uno de los más asiduos corresponsales del escritor regiomontano des-

En paralelo con su querido amigo Reyes, Estrada escribe en 1920 un texto moderno, caprichoso, rebelde ante el género colonialista inmerso en la crónica, el dato histórico, la minucia del vestigio, cuya técnica narrativa se había convertido en receta según apunta irónicamente nuestro autor pues produjo:

una literatura que engordaba a ojos vistas con el evidente saqueo de esas sabrosas crónicas y leyendas en que son maestros reconocidos en América el peruano Ricardo Palma y el mexicano González Obregón. Fue el desentramamiento de toda una guardarropía... en apretada y chillante confusión (Estrada, 1988).

A la luz de la discusión que el propio autor, Genaro Estrada, hace de *Visionario de la Nueva España* es posible concluir que se trata de un texto en colindancia de géneros literarios: novela-ensayo cuya fluidez reside en las imágenes poéticas que dan cuerpo a una trama narrativa, cuyo hilo conductor parece dejarse “a prudencia” del lector, quien como el campanero novohispano puede elegir la hora y situarse desde arriba o a ras del suelo y “a prudencia”, también, elegir la luz meridiana, o la crepuscular o la nocturna, para mirar las imágenes que fijan o dan movimiento a los sucesos, los personajes, los fantasmas, los edificios, y así acce-

der a un libro de estampas que como la Rosa de los Vientos registra la ciudad virreinal.

de su primer encargo diplomático en Madrid. Serge I. Zaitzeff editó la correspondencia Estrada-Reyes y escribió un magnífico estudio preliminar, en Con leal franqueza: correspondencia Alfonso Reyes y Genaro Estrada. México, El Colegio Nacional, 1992.

der a un libro de estampas que como la Rosa de los Vientos registra la ciudad virreinal.

La retrospección a los tres siglos coloniales en 1920, año de la escritura de *Visionario de la Nueva España*, se corresponde con un giro en el reloj del tiempo mexicano que, sin embargo, preservaba el espacio simbólico de la nacionalidad, la ciudad de México, sede del poder político, en un momento de reconstrucción en todos los órdenes de la vida social. Genaro Estrada mira el pasado colonial y el nuevo tiempo y escribe un texto original, resultado de una sensibilidad singular que mucho se acerca a las tareas del arquitecto y del fotógrafo, uno y otro eligen el espacio desde el que se colocan para edificar y retratar, movimientos que también se trasladan a las páginas donde Estrada escribe su visión sobre la ciudad de México.

Bibliografía

- Estrada, Genaro (1988), *Obras Completas*, compilación, prólogo, notas y bibliografía por Luis Mario Schneider. Siglo Veintiuno Editores, 1984 2t. (Serie: Los Once Ríos) México
- Estrada, Genaro, *Visionario de la Nueva España*, edición facsimilar, prólogo de Carlos Monsiváis Universidad Autónoma de Sinaloa, México.
- Cravioto, Alfonso (MCMXXI), *El alma de las cosas viejas* Ediciones México Moderno, México.
- González Obregón Luis (1981). *México viejo*. Noticias históricas, leyendas y costumbres del periodo de 1521 a 1821. Tipografía de la Escuela Correccional de Artes y Oficios, Ex Colegio de San Pedro y San Pablo, México.

- Marroquí, Jose María (1903), *La Ciudad de México, Tipografía y Litografía “La Europea”* de J. Aguilar Vera y compañía, México.
- Reyes, Alfonso (1960), *Obras Completas*, Fondo de Cultura Económica, México.

- Weinberg, Liliana (2001), *El ensayo entre el paraíso y el infierno*, Universidad Nacional Autónoma de México y Fondo de Cultura Económica, México.

Historia urbana *y planeación*



Movimiento de la planeación moderna

de ciudades en América latina,
1872-1938

Gerardo G. Sánchez Ruiz

División de Ciencias y Artes para el Diseño, Departamento de Procesos y Técnicas de realización,
Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco.
rigoletito@prodigy.net.mx



Resumen

Cuando arribaron las ideas de Le Corbusier a Latinoamérica, en la región ya existían grandes trabajos de planeación de ciudades, en su medida y de acuerdo con los niveles de exigencia, en cada país se estructuraban acciones de saneamiento, pavimentación de calles, delimitación de actividades e impulso de legislaciones, a la vez que grandes planes como los formulados desde fines del siglo xix para Buenos Aires, Brasil, Chile, o los generados a lo largo de la mitad del siglo xx en casi todas las más importantes ciudades. Esos trabajos reflejaban los deseos por remontar un pasado colonial, acceder a las notas del progreso observado en la metrópolis, pero además, la forma en que en el área se interpretaba y apropiaba la planeación moderna de ciudades. De ahí el interés por mostrar un panorama del ambiente de la planeación vivido en ciudades latinoamericanas desde fines del siglo xix hasta ya entrado el siglo xx, en tanto existen trabajos de amplia calidad y muy distintos a los que se desarrollarían posteriormente bajo la influencia de los Congresos Internacionales de Arquitectura Moderna.

Palabras clave: planeación, progreso, modernidad, rescate, historia

Abstract

By the time Le Corbusier's ideas arrived to Latin America, there were already big city planning works over the region, according to both its possibilities and its requirement levels, the demarcation of activities and the propelling of legislations, at the time big plans, such as the ones emitted since the end of the nineteenth century in Buenos Aires, Brazil, Chile, or the generated ones in the mid-twentieth century over about the most important cities. Those works reflected the desire of overcoming a colonial past, of accessing the development conditions noticed in the metropolis, but moreover, the way the modern city planning was understood and appropriated in the area. With the result of interest of showing an outlook of the planning atmosphere lived in Latin American cities since the late nineteenth century, until the early twentieth century, owing to the existence of big quality works, which were quite different to those that would develop afterwards under the influence of the International Congresses of Modern Architecture.

Key words: planning, development, modernity, rescuing, history.

Movimiento de la planeación moderna de ciudades en América latina, 1872-1938¹

Cuando arribaron las ideas de Le Corbusier a Latinoamérica, en la región ya existían grandes acciones de mejoramiento y embellecimiento en sus ciudades, en su medida y de acuerdo con los niveles de exigencia, en cada país se estructuraban trabajos para controlar a la insalubridad, se ampliaban y macadizaban calles, se delimitaban espacios para determinadas actividades, se impulsaban legislaciones buscando controlar las formas de expansión, y se emitían propuestas de grandes planes como los formulados desde fines del siglo xix para Buenos Aires, Brasil y Chile, o los que se sucedieron a lo largo de la mitad del siglo xx en casi todas las más importantes ciudades de la región. Esos trabajos reflejaban por un lado, los deseos por remontar un pasado colonial que limitaba los deseos de acceder a las notas de un progreso observados en las metrópolis de los países industrializados y, por otro, la apropiación de experiencias de planeación provenientes sobre todo de países como Francia, Alemania, Inglaterra y Estados Unidos.

Y en efecto, gran parte de esas acciones en ciudades latinoamericanas eran influidas por los visos de progreso que en estos países se observaban, lo cuales a la vez eran sustentados por un denominado Movimiento de la Planeación Moderna

de Ciudades (MPMC); este MPMC había surgido desde fines del siglo xix, teniendo como principales componentes y en distintos tiempos, a los trabajos impulsados por el Barón Georges Haussmann para transformar París, las elaboraciones teóricas y prácticas, una denominada Escuela Alemana de la Planeación de Ciudades, y las aportaciones de profesionales en particular de ingleses, franceses y norteamericanos.

De ahí el interés de este trabajo por mostrar un panorama del ambiente de la planeación que en ciudades latinoamericanas se desarrolló desde la estructuración de las primeras acciones de planificación y para el caso, las propuestas de higienización y embellecimiento que el Intendente Benjamín Vicuña Mackenna planteó en 1872 para la ciudad de Santiago de Chile pretendiendo hacer de la ciudad un espacio de disfrute para sus habitantes; hasta la realización del *xvi International Housing and Town Planning* que, por iniciativa del arquitecto Carlos Contreras, tuvo lugar en la ciudad de México en 1938, en tanto muestran situaciones que dan cuenta de trabajos de amplia calidad técnica, obra de planificadores externos o nacionales; pero además, muy distintos a los que se desarrollarían sobre todo a partir de los años cuarenta bajo la influencia de los Congresos Internacionales de Arquitectura Moderna (CIAM) encabezados por Le Corbusier.

Recomposición social y el contexto de la renovación de ciudades

La conquista de la independencia en los países de Latinoamérica y, por ende, su urgencia de crecer

¹ Este artículo es parte del trabajo que de principio se ha denominado: Origen de la planeación moderna de ciudades. Apropiación en México y otros países latinoamericanos. mismo que se encuentra en proceso de edición en Editorial Trillas.

y desarrollarse, generó nuevas condicionantes en el área, el desmembramiento de los virreinos y capitanías, produjo nuevos límites territoriales que privilegiaron el crecimiento de las principales ciudades arrebatadas a los otrora conquistadores. De ese modo, ciudades como Sao Paulo, Río de Janeiro, Lima, Caracas, La Paz, Buenos Aires, Santiago, Asunción, Guatemala, Panamá, entre otras, fueron resintiendo los consecuentes acomodos territoriales y sociales, pero además, y como obra de los movimientos económicos y poblacionales.

En ese proceso, aparte de las regiones agrícolas, se distinguieron las ciudades que continuaron como sedes de los poderes como fue el caso de México, La Paz, Caracas y Buenos Aires; las que eran casi de exclusiva entrada y salida de mercancías como el caso del Callao, Valparaíso y Cartagena, las que continuaron con su pertenencia minera como fueron los casos de Potosí en Bolivia, Pachuca en México y las que empezaron a recibir una cierta actividad industrial como ocurrió con el caso de las ciudades grandes, en particular las capitales, aunque ello no obstaba que en determinados casos esas modalidades fueran poseídas por algunas ciudades ligadas a puertos como Buenos Aires o Río de Janeiro.

Esas determinantes se acompañaron por la expansión industrial sucedida en Europa y Estados Unidos, misma que exigió la renovación de sus ciudades y, por consecuencia, la aparición de teorías y prácticas conjuntadas en el MPMC.² Ese MPMC con elementos teóricos y prácticos donde se definían los principales aspectos de la planeación, a saber: saneamiento e introducción de agua potable, apertura de calles, zonificación, impulso a las

áreas verdes y control del suelo (Koester, 1915), partió de Alemania para consolidarse con las aportaciones sobre todo de ingleses, franceses, y norteamericanos (Nolen, 1921).³

Productos destacados de ese movimiento y que influyeron trabajos en todo el mundo, fueron: los planes para el Ensanche de Barcelona (1859); Colonia, Dusseldorf, Frankfurt y Munich al finalizar el siglo XIX; ciudades jardín como las de Letchworth (1903) Welwyn (1921) en Inglaterra, y Yorkshipp Village (1919) y Radburn Village (1929) en New Jersey, Estados Unidos; y trabajos de gran envergadura como el Gran Plan para Berlín (1905), el Plan de Chicago (1908), el Plan para Camberra (1911), el Plan de Róterdam (1914) y el Plan Regional de New York y sus alrededores (1929) (véase Hegemann, 1938) y el Plan para el Gran Londres (1944).

² La denominación procede de una referencia realizada por uno de los planificadores más prestigiados del siglo XX en Estados Unidos, John Nolen, en *New ideals in the planning of cities, towns and villages* (1919), cuando al caracterizar la manera en que a inicios del siglo XX los norteamericanos habían venido conduciendo el crecimiento de sus ciudades, acertaba a decir: "They have not yet applied in a businesslike and economical manner the methods characteristic of the modern city planning movement" (cursivas del autor de este artículo) (Nolen, 1919:5).

³ Algunos de quienes aportaron trabajos de entre otros fueron: Idelfonso Cerdà, Reinhard Baumeister, Joseph Stübben, Camillo Sitte, Ebenezer Howard, Raymond Unwin, Arturo Soria y Mata, Brinckmann, A. E., Frederick Law Olmsted, Charles M. Robinson, Daniel Burnham, Eugène Henard, Patrick Geddes, John Nolen, Werner Hegemann, Edward H. Bennett, Thomas Adams, J. S. Nettlefold y Patrick Abercrombie (Conf. Royal Institute of British Architects, 1911).

De manera que en ese contexto, y por la relativa calma generada por los acuerdos entre sectores sociales —fueran tácitos o no—, en toda Latinoamérica años más, años menos y con intervenciones de dictaduras, sus principales ciudades fueron renovando sus espacios. Sólo que como había ocurrido en Europa, al parejo de la renovación de zonas muy exclusivas en las ciudades, fueron brotando zonas críticas que urgían intervenciones, en tanto sus problemas finalmente incidían en el conjunto de aquéllas; de ahí que, desde ese siglo XIX, se obligara a órganos gubernamentales a preocuparse y ejercer acciones con el fin de disminuir efectos en todos los grupos sociales.

Muestra de esas preocupaciones puede encontrarse, en las *Conferencias Internacionales sobre Sanidad* de las cuales la tercera tuvo lugar en el Palacio Nacional de México entre los días 2 y 7 de diciembre de 1907 y cuyos antecedentes habían sido las celebradas en Washington, D. C. en 1902 y 1905. A esa reunión puntualmente denominada: *The Third International Sanitary Conference of the American Republics*, asistieron delegados de Brasil, Colombia, Costa Rica, Cuba, Chile, Ecuador, Guatemala, Honduras, Nicaragua, El Salvador, Uruguay y Estados Unidos, para tratar cuestiones relativas a la insalubridad y, por ende, a los avances que en cada república se tenían respecto a la atención de enfermedades.

Haciendo gala de estadísticas, en esas Transactions se decía, por ejemplo, que de la plaga Bubónica entre enero y marzo de 1905 se habían registrado en el continente: 308 casos, de los cuales, 196 habían pertenecido a chilenos, 72 a peruanos, 26 a bolivianos, siete asiáticos, dos ita-

lianos, un español, un portugués, un australiano y "un desconocido" (International, 1909:142). Dados esos y otros datos, en el documento los delegados a la Conferencia daban fe de una serie de medidas introducidas en sus naciones, con el fin de disminuir la ocurrencia de las enfermedades, a partir de mejorar las condiciones de la higiene en cada país y, para el caso, en sus principales ciudades.

De ese modo, como acciones concretas en las Transactions para el caso de Brasil, el doctor Oswaldo Gonçalves Cruz, apuntaba que para atender las deficiencias en las ciudades más importantes de su país, estaba por aumentarse el suministro de agua y construirse sistemas de drenaje, además de impulsarse legislaciones como la Ley Sanitaria del 5 de enero de 1904, que intentaba generar un ambiente de mejora en todo el país y evitar las frecuentes muertes. Respecto a Chile, los doctores Ernesto Soza y Pedro Lautaro Ferrer resaltaron el impulso al suministro de agua, trabajos sanitarios y la mejora de vivienda en ciudades como Valparaíso y Santiago, a la vez que la emisión de las Regulaciones marítimas y sanitarias de 1895, y la Ley de Enfermedades del 7 de febrero de 1899. De manera particular se apuntaba:

Uno de los sujetos de mayor preocupación en Santiago, son las viviendas y las formas de vivir de la clase pobre. Iniciativa propia es, en gran medida, responsable por el progreso alcanzado en este particular, al menos en la ciudad de Santiago. Hay muchos pueblos que recientemente han sido fundados sobre estas bases y en los cuales los cuartos pequeños, aislados, oscuros, húmedos, etc., han sido reemplazados por viviendas independientes, bien ventiladas, secas y expuestas a la luz. Tales son los casos de los

pueblos de Pio IX, Ovalle, León XIII, y muchos otros (Internacional Bureau of the American Republics, 1909:156).

En el caso de Colombia los doctores Genaro Pa-yán y Ricardo Gutiérrez Lee destacaban que su país había reafirmado su servicio público de salud al crear una Oficina Central de Higiene y Oficinas de Salud Marítima en cada uno de sus puertos. Con relación a Costa Rica, el doctor Juan N. Ulloa resaltó el tendido de macadam, y la mejora del suministro de agua y el sistema de drenaje en los puertos de Limón y Punta Arenas. Por Cuba, los doctores Hugo Roberts y Juan Guiteras señalaban que en su país se había creado un Departamento Sanitario y que en 1905 se había emitido una Ley de Política Sanitaria. De Ecuador, el doctor Horacio Estévez decía que la Oficina de Sanidad de Guayaquil, había impulsado la mejora de los sistemas de agua y de drenaje, y la desinfección de edificios.

Y en el caso de Uruguay, el doctor E. Fernández Espiro sostenía que en Montevideo, desde 1867 se habían impulsado obras de abastecimiento de agua y de drenaje; además de impulsarse obras de sanidad en zonas rurales. No obstante una situación destacada y que a la vez ofrecía un panorama del camino que empezaba a recorrer la planeación de ciudades en la región, era el hecho de que el doctor Fernández, resaltara el caso de que el Departamento Nacional de Ingenieros estuviera intentando en esos años estructurar un *Plan de Sanidad para Ciudades y Pueblos*, pero que la iniciativa enfrentaba problemas por la insuficiencia de personal para realizar los estudios requeridos, además de *la falta de una oficina que*

de manera autónoma atendiera las carencias y demandas en el ámbito (Internacional Bureau of the American Republics, 1909: 249).

Indefectiblemente, muchas de esas medidas recaían en las ciudades, por lo que el abastecimiento de agua, la introducción de drenaje, el tratamiento del problema de la vivienda y la delimitación de zonas riesgosas o insalubres, corrieron en paralelo con los cambios en trazas y fisonomías. De ese modo las ciudades más grandes fueron variando su aire colonial, para acceder a nuevos ambientes urbano-arquitectónicos y a nuevas figuras del progreso pero, por las particularidades de los modelos sociales en la región, a nuevas contradicciones.

Cuatro casos destacados: Chile, Argentina, Brasil y México

Con grandes diferencias de lo que ocurría en Europa y Estados Unidos desde la última mitad del siglo XIX y aunque fuera de manera pausada, en ciudades latinoamericanas se generaban trabajos en el ámbito de la planeación. Y en efecto, uno de los primeros países que vertieron inquietudes respecto a sus ciudades fue Chile, en el caso de Santiago destacan los trabajos impulsados por el intendente Benjamín Vicuña Mackenna en los inicios de los años setenta del siglo pasado quien, en un libro llamado *La transformación de Santiago* (1872), plasmó algunas ideas para la renovación de esa ciudad, ideas que se concentraban en la necesidad de higienizar, embellecer y hacer de la ciudad un espacio de disfrute para sus habitantes (Pérez, 2002: 115). Como acciones para esa higie-

nización y embellecimiento de la ciudad, Vicuña Mackenna planteaba:

Canalizar al río Mapocho, una carretera rodeando a la ciudad; la transformación de los vecindarios del sur; el incremento del agua corriente, la creación de nuevas plazas [...], la conclusión del nuevo Mercado, la creación de nuevos mercados de víveres; la creación y centralización de nuevas escuelas, la apertura de calles cerradas, la construcción del doble canal de Negrete [...]; la construcción de un nuevo matadero en el norte de la ciudad, la supresión de las chinganas públicas [...] y la creación de grandes casas dedicadas al entretenimiento público, la construcción de un nuevo edificio para el Ayuntamiento, el reemplazo de pavimento en calles [...]; la conclusión de las avenidas Ejército Libertador y Cementerio, la mejora radical de los mataderos, la conclusión de la prisión de la ciudad, y nuevas ropas y armamento a la policía (citado en Pérez, 2002:115).

La perspectiva del intendente de Santiago era por demás amplia en cuanto a las posibilidades para una ciudad, concebía a las necesidades de higienizar y embellecer como situaciones que ineludiblemente tenían que provenir de un tratamiento de conjunto; de igual modo, la necesidad de incrementar la provisión de agua, la simple pavimentación o la apertura de calles, la ligaba con la necesidad de atender mataderos y mercados, en razón a ser fuentes de contaminación. Por supuesto, el hecho de ser el intendente de la ciudad, por su posibilidad de ejercer el poder político y el económico tan necesarios en un proceso de planeación, le permitió a Vicuña impulsar durante su gestión algunos de los trabajos propuestos, ade-

más, como señalan Fernando Pérez y José Rosas (Pérez, 2002), dejar agendados algunos trabajos para años posteriores y, con ello, la posibilidad de continuar tratando en situaciones de conjunto a Santiago.

Posterior a las propuestas y acciones de Vicuña, Patricio Gross sostiene que al iniciarse el siglo XX, como propuestas importantes para Santiago aparecieron, primero: el Plan de Manuel Concha quien era director de Obras Municipales, a través del cual se intentó, aparte de actuar a favor del saneamiento, comunicar a toda la ciudad por su propuesta de ensanchar calles y construir cinco avenidas diagonales (Gross, 1991:120). Segundo: el proyecto elaborado en 1912 por una denominada Comisión Mixta de senadores y diputados, el cual planteó la extensión del radio urbano, la apertura de nuevas avenidas predominando las diagonales y una vía de circunvalación con una anchura de 30 metros alrededor de la ciudad.



Figura 1. Plano de Santiago de Chile (1912) por la Sociedad Central de Arquitectos. Fuente de Anales núm. 27-28.

La tercera propuesta fue la elaborada en 1913, por el inspector de arquitectura Carlos Carvajal, la propuesta mantenía la avenida de circunvalación, avenidas diagonales para unir al centro de la ciudad con los barrios aledaños, además y como una nota sobresaliente, la creación de “barrios aislados” fuera de Santiago —“verdaderas ciudades satélite”, sostiene Gross; la cuarta, fue debida a la iniciativa de Ismael Valdés Vergara quien creó una Comisión de senadores y diputados, para plantear un plan que regresaba a las avenidas en damero aunque con el planteamiento de que en un futuro se podían considerar avenidas diagonales; finalmente, la quinta, fue planteada por el alcalde Luis Philips, la cual consistía en un Plan que limitaba la extensión de Santiago a 4,000 hectáreas y retomaba las avenidas diagonales.

Como sucedió con otros proyectos, seguramente la complejidad de las propuestas, la inviabilidad económica para ejecutarlas y la resistencia a las afectaciones, fueron obstáculos para que, de acuerdo con Gross, esos planes no se aprobaran. De manera que Santiago continuó con un patrón de expansión que mantuvo como determinante la traza en damero; y por supuesto sus problemas se iban atendiendo conforme como aparecían las urgencias.

Un periodo de nuevos intentos por renovar la traza de Santiago tuvo lugar con la emisión de la primera ley de planeación en 1929, con la cual se pretendió que ciudades de más de 20,000 habitantes generaran planes para sus futuras expansiones. Al parejo de esa ley, se elaboró el *Plano Ciudad de Santiago: Estudio del Futuro Ensanche*

Plan para Santiago (1929), que se constituyó como “uno de los aportes más trascendentes y visionarios que hizo Karl H. Brunner en su primera misión en Chile” (Pavez, 2005), y del cual se derivaron una serie de recomendaciones para la futura expansión de la ciudad y sus suburbios. A ese plan, le siguió el *Plano Oficial de Urbanización de la Comuna de Santiago* (1934) del mismo Brunner, en el que Santiago se abordó como “una totalidad intercomunal” que consideraba asentamientos localizados alrededor de la ciudad y que, a diferencia de anteriores planes, fue aprobado en 1939 (Pavez, 2005).

Ese ímpetu por mejorar a Santiago llevó a crear en 1936, el Departamento de Urbanismo incrustado en el Ministerio de Desarrollo, al cual se le otorgaron atribuciones para promover planes de ciudades que sobrepasaran los 8,000 habitantes. Ese departamento, dirigido por Luis Muñoz Maluschka, a principios de los años cuarenta había impulsado estudios de planeación para cincuenta y cinco ciudades; de manera que con esas bases se realizaron trabajos para el mismo Santiago, Concepción, Osorno y Valdivia; y como trabajos de una denominada Caja de Tierra y Colonización, planes para dos ciudades nuevas: Chabuco y Cisnes, mismas que se localizarían en el sur de Chile (Violich, 1944:92-93).

Sin duda, uno de los que con gran ímpetu impulsó la estructuración de normas y planes para controlar los ensanches de sus ciudades fue Argentina, donde es Buenos Aires su caso más destacado; lo anterior, obligado por el extraordinario crecimiento de su población el cual de 100,000 habitantes en 1850 creció a 951,000 en 1904 y a

1'575.000 en 1914;⁴ pero además, por los preocupantes problemas de insalubridad y hacinamiento que en sus espacios se sufrían. De ahí que grupos de ingenieros, higienistas y topógrafos impulsaran legislaciones como los *Reglamentos de Construcciones* de 1887 y 1910 y la *Ordenanza Municipal* de 1904 con la que se resolvió el ensanche de arterias perimetrales como Corrientes, Córdoba, Santa Fe, Belgrano, Independencia y San Juan, para, de esa manera, facilitar el tráfico de tranvías y automóviles.

Aunado a esas situaciones, se estructuraron proyectos con los que se pretendía adecuar la traza de la ciudad a la nueva dinámica impulsada por las transformaciones en lo social producto del crecimiento de la agricultura, el comercio y la manufactura. Algunos de esos proyectos fueron los que proyectaban la construcción de avenidas diagonales de 1887 y de 1898, y los que atendían a su ensanche como el de 1888; ambas modalidades, pretendían integrar de mejor manera a las villas o las ya ciudades que se habían formado alrededor de Buenos Aires y entre las que destacaban los casos de Belgrano y Flores, anexados a la Capital Federal en 1887 y 1890, respectivamente.

No obstante, acciones más sólidas para Buenos Aires se sucedieron a partir de 1907, cuando preparando los festejos del centenario a realizarse en 1910 y en una perspectiva de planificar a la ciudad

en conjunto, Carlos T. de Alvear, el intendente de Buenos Aires, contrató arquitecto francés Joseph Bouvard para realizar un plan para Buenos Aires —junto a una propuesta para el trazo de *La Gran Exposición del Centenario* de 1910— (Gutiérrez, 2002:56). De manera que cuando Bouvard presentó su Plan, proponía la construcción o mejora de 32 avenidas, con aproximadamente 60 kilómetros de avenidas nuevas, incluyéndose, plazas, gloriets, anillos de circunvalación y parques donde predominaban trazos diagonales, que rompían con la tradición española. Jorge Tartarini (1991) señala que esas vías diagonales tomaban una serie de puntos focales uniéndolos entre sí y que esos centros eran:

Plaza de Mayo, Plaza Lavalle, Plaza Congreso y Plaza Independencia (no ejecutada). Desde Plaza de Mayo (Poder Ejecutivo) partían diagonales hacia Plaza Lavalle y Plaza Independencia; desde Plaza Lavalle (Tribunales - Poder Judicial) irradiaban otras 2 diagonales hacia Plaza Congreso y Plaza San Martín, y desde Plaza Independencia partían diagonales a Parque Lezama (creado en 1893), a Plaza Congreso y a Garay y Entre Ríos. Sobre Plaza Congreso convergían 4 diagonales: desde Plaza Independencia, desde Plaza Lavalle, desde Chiclana y Deán Funes y desde Santa Fe y Anchorena (Tartarini, 1991:110).

Pese a los argumentos, el Plan enfrentó una serie de críticas y problemas para su realización, una de las críticas más fuertes provino del arquitecto argentino Víctor Julio Jaeschke quien había estudiado en la Escuela Técnica Superior de Munich y quien había venido proponiendo mejoras para la ciudad a partir de impulsar nuevas avenidas y

⁴ Ese crecimiento de la población se debió, en gran parte, a la oleada de migrantes procedentes de Europa que tuvo lugar desde fines del siglo XIX, de donde destacaban los de origen italiano, español y austriaco.

plazas a la vez que normas jurídicas. Jorge Tartarini, siguiendo la evolución de las críticas al Plan de Bouvard por parte de Jaeschke, señala que éste, conjuntó en un trabajo denominado *Las avenidas* (1912) algunos de sus argumentos y las notas periodísticas con las que había criticando al Plan de Bouvard; el mismo Tartarini señala que los titulares de esas notas eran todo un manifiesto, en tanto así se presentaban:

"El delirio de grandeza. Proyectos jamás estudiados". "Avenidas caras e inútiles: 130 millones de déficit". "Para no comprometer el porvenir de Buenos Aires, Senado y Poder Ejecutivo deben rechazarlas". "Se pide un plan y programa para la transformación de la Gran Aldea: sistemático, racional, económico". "Fracaso lamentable del llamado 'Plan Bouvard'". "Los desaciertos del intendente doctor Anchorena". "Por ahora no se vislumbra otro don Torcuato" (Tartarini, 1991:109).

Por supuesto, las objeciones pesaron en la aplicación del Plan de Joseph Bouvard, no obstante, en 1912 se aprobó la Ley de apertura de las Diagonales Norte y Sur y, de la Avenida Norte-Sur —que se convertiría en la 9 de Julio a finales de los años treinta— iniciándose las respectivas obras, mismas que fueron aprovechadas para construir una parte del subterráneo.

La dinámica económica y social de fines del siglo XIX, las propuestas de planeación —aunque ésta haya sido disminuida— y el impulso del centenario, lograron la consolidación de Buenos Aires como la capital del país en los años diez, patentizándose su nueva condición a partir del ensanche de calles; la delimitación de zonas comerciales e

industriales, y las nuevas zonas industriales en Villa Urquiza, Nueva Chicago y Barracas; la delimitación de espacios verdes, como el parque Lezama y el Patricios, y la construcción de edificios públicos como la Casa de Gobierno en la Plaza de Mayo y el Palacio del Congreso con lo que se dio nuevos aires a la avenida de Mayo.

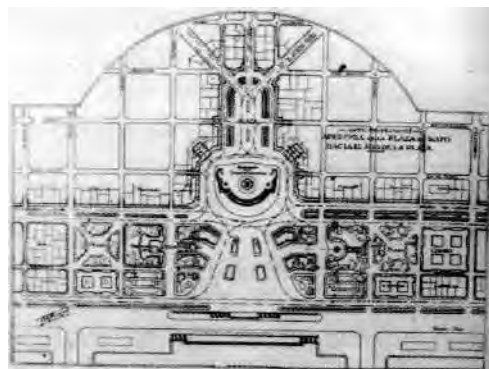


Figura 2. Proyecto de la Plaza de Mayo de René Villemainot para la Comisión de Estética Edilicia (1925). Archivo del Centro de Documentación de Arquitectura Latinamericana (CEDODAL).

Otro trabajo destacado fue el *Proyecto Orgánico para la Urbanización del Municipio. El Plano Regulador y de Reforma de la Capital Federal*, el cual, por encargo de la Intendencia de Buenos Aires encabezada por Carlos Noel, tomó en sus manos en 1924 una denominada *Comisión de Estética Edilicia* formada por el francés René Karman, los italianos Carlos Morra y Sebastián Ghigliazza, y el argentino —educado en Francia— Martín Noel (Gutiérrez, 2002:58). El proyecto, pretendía reequilibrar la estructura del creciente Buenos Aires,

considerando como una de sus bases, las posibilidades de impulsar su ampliación sobre los partidos —distritos— aledaños a la ciudad, replantear algunas ideas del francés Jean-Claude Nicolas Forestier respecto a las áreas verdes⁵ y extender nuevas avenidas. Es de ello que los argumentos del Proyecto se podía leer:

Los numerosos pueblos que circundan nuestra urbe [...] han de contemplar su posible anexión al ejido de la Capital, puesto, que, situados a lo largo de su cinturón urbano, están llamados a compartir su porvenir y ser en el presente fuentes de abastecimiento y tributarios de los servicios urbanos de la Capital Federal (citado en Novick, 2003).

Para alcanzar sus objetivos, el documento mostraba como partes importantes: un plano general que incluía trazos diagonales y en damero, desglosado en planos de la red vial, de los centros municipales y barrios, del sistema de parques, de las zonas del Puerto Nuevo y Retiro, de hornos incineradores y del sistema de abastecimiento general para la ciudad; además de anteproyectos muy específicos para avenidas y parques. Parte de esos anteproyectos consideraban readecuaciones a: la Avenida Costanera, la Explanada del Retiro, la Plaza Constitución, la Plaza del Congreso, la Plaza de Mayo, la Plaza de Italia, la Avenida de Norte a Sur y la Plaza Municipal.

⁵ Cabe apuntar que Jean-Claude Nicolas Forestier quien poseía un amplio trabajo de planeación de espacios con áreas verdes en Europa, en un trabajo denominado *Grandes villes et systèmes de parcs* (1905), ya había desarrollado una serie de propuesta de parques para Buenos Aires (Gutiérrez, 2002:62).



Figura 3. Revitalización de la Plaza del Congreso, por la Comisión de Estética Edilicia (1925). Archivo del CEDODAL.

Por supuesto la concepción del Proyecto por su estructura correspondía a los planteamientos generales que el MPMC ensayaba en Europa y Estados Unidos, y donde la idea de embellecimiento aún era patente; de ahí que se destacaran los aspectos de ampliación de calles y avenidas, la delimitación de actividades, el cuidado estético y la creación de amplios espacios verdes. Como en otros planes y experiencias, los resultados no alcanzaron la totalidad de las propuestas, pero sí redefinir algunas orientaciones para la ciudad, así

como la necesidad de buscar nuevas posibilidades para el desarrollo de Buenos Aires.⁶

De igual manera, Brasil fue otro de los países que incursionaron de una forma relativamente sólida a la renovación de sus ciudades, algunas de esas acciones ocurrieron desde finales del siglo XIX, casos sucedidos fueron: la creación en 1874 de una denominada *Comisión de Mejoras* formada los ingenieros Francisco Pereyra Passos, Jerónimo Moraes Jardim y Marcellino Ramos, para atender las condiciones sanitarias, la mejora de la circulación y la “belleza y armonía” de Río de Janeiro; así como la emisión, en 1886, del *Código de Posturas y el Padrão Municipal* con el fin de controlar la expansión que estaba afectando a São Paulo (Da Silva, 2002).

No obstante fue a principios del siglo XX cuando se sucedieron grandes proyectos para esas y otras ciudades, por ejemplo, en Río de Janeiro se abrió la Avenida Central (1902-1909), con lo que se dio nueva vida a una zona que albergaba tiendas, oficinas, hoteles, teatros y edificios públicos; por supuesto la nueva vida, no sólo implicó mayores posibilidades para las actividades económicas y sociales, sino también mejores condiciones para mantener la salud de los habitantes. De igual manera, como parte de ese proceso de renovación, en el caso de São Paulo en esos mismos años apa-

recieron obras de renovación en el centro, definición de parques y el ensanchamiento de calles como Dom José de Barros, Libero Baderó y São João (Da Silva, 2002: 94).

Como una situación destacada Francisco Prestes Maia en *Estudo de um Plano de Avenidas para Cidade de São Paulo* (1930), registró la presencia de trabajos directos de Raymond Unwin y de Barry Parker —los proyectistas de Letchworth— en São Paulo, concretados en *Jardim América*, un intento de *ciudad jardín* promovido en 1915 por “The City Improvements Company” el que, por sus características, influyó la construcción de otros suburbios en São Paulo (citado en Da Silva, 2002:95)

Siguiendo algunos de esos proyectos en Brasil, tres casos por demás importantes fueron: un Plan para el Desarrollo de Río de Janeiro (1928), que planteó el arquitecto y urbanista francés Alfred Agache, y el ya referido Estudio de um Plano de Avenidas para Cidade de São Paulo (1930) del ingeniero Francisco Prestes Maia. El Plan de Agache, resultó de la iniciativa de Antônio Prado Júnior quien, como alcalde de Río de Janeiro, pretendió mejorar las condiciones de esta ciudad a través de acciones de conjunto. También denominado *La remodelación de una capital*, el Plan se estructuró a partir de un sistema circulatorio que unía a lo que ya se consideraba una “área metropolitana” y que se extendía a lo largo de la costa, el sistema incluía una serie de autopistas que ligaban nodos en zonas especiales, de donde partían avenidas radiales las cuales seguían la topografía de las montañas (Hegemann, 1938:19-42-88).



Figura 4. Plan para Río de Janeiro (1928) por Alfred Agache.

Fuente: Tomado de Hegemann, 1938.

Arturo Pereyra en Las cuestiones municipales o de urbanismo y las ciudades y pueblos argentinos (1930), hizo un resumen de las principales características del Plan, de donde derivó los siguientes objetivos y aspectos:

Descongestionar la ciudad, que ya, como sucede en París y como ha observado en Buenos Aires, empieza a tener una circulación muy difícil, que hace perder a la población muchos miles de horas útiles al día; 2°.) Dar a la edificación un carácter decorativo a la vez monumental y tranquilo, en armonía con la sugestión del panorama de la metrópoli brasileña, naturalmente grandioso y apacible; y 3°.) En un sentido económico, social y edilicio, impedir la excesiva dispersión de la población, que dificulta y encarece los servicios esenciales de agua, luz, escuela, policía, salubridad y limpieza, además del tiempo que roba al reposo y al trabajo útil. La habitación en los barrios centrales, en opinión del ilustre urbanista, puede ser tan higiénica como la del suburbio si atienden todas las exigencias, y, en cambio, suprime o limita dificultades inmensas en la administración de las grandes metrópolis (Pereyra, 1930:98).

De manera particular, el mismo Pereyra resumió los principales trabajos a realizarse en la ciudad en cuatro grandes rubros: circulación, trabajo, habitación y parques y jardines, rubros que de una u otra forma venían siendo insistencia en MPMC y los cuales fueron redefinidos a partir de la aparición de los CIAM en 1928 a instancias de Le Corbusier, Sigfried Giedion y otros.

Tal vez los estudios que Arturo Pereyra realizó de ciudades europeas y norteamericanas por encargo de la Municipalidad de Buenos Aires, junto a la visita de Le Corbusier a Brasil y Argentina en 1929, permitieron que al editar su libro conociera los planteamientos de la *Declaración de La Sarraz* formulados en el primer CIAM, y que conociera las tres funciones fundamentales que esa declaración planteaba, a saber: habitar, trabajar y recrearse.⁷ De otra manera, podría hipotetizarse que Pereyra haya llegado a ese resumen, en tanto estos eran aspectos fundamentales de los planteamientos del MPMC en el cual Agache estaba inserto.

Señalado lo anterior, en cuanto al tema de la circulación, Pereyra resaltó como principales propuestas del plan de Agache: la transformación de la red de caminos de hierro, el establecimiento de la Estación Central de Pasaje con desvíos no lejos de la Praça da Bandeira, una estación marítima en la punta de Cajú, y el Gran “Croisée” contigua a la estación central, que formaría una plaza de 400 por 120 metros delimitada por una avenida

⁶ Esas nuevas posibilidades, se sucederían a partir de más estudios para la ciudad y otros planteamientos urbanísticos, algunos de esos planteamientos provendrían de Le Corbusier como resultado de su visita a Buenos Aires en 1929.

⁷ Al explicar esas funciones en la Declaración de La Sarraz se decía: “Sus objetos son: a) la ocupación del suelo; b) la organización de la circulación; c) la legislación” (Le Corbusier, 1993:146), por supuesto ya se definía la función de circular.

de Norte a Sur que comunicaría con Copacabana; una avenida de Este a Oeste de 80 metros de ancho, constituida por la avenida del Mangué y su prolongación hasta el muelle Faroux; y una avenida dirigida desde los dos lados del Ferrocarril Central del Brasil en dirección a los Faubourgs.

En cuanto al rubro trabajo, el Plan planteaba la organización de una Capital Federal con un barrio monumental administrativo entre el emplazamiento que en ese momento tenía la Cámara y un nuevo muelle que uniría la Praça Mauá y la Punta del Calabouço; un nuevo trazado del centro; nuevos barrios de comercio sobre el antiguo emplazamiento del Morro do Castello y del Morro do Santo Antonio; un pasaje subterráneo de tranvías bajo la avenida Río Branco y la nueva Plaza del Castello; la creación de un barrio industrial de una superficie de 700 hectáreas, situado al lado del puerto; la creación de un barrio universitario sobre uno de los montes cercanos a la capital; la delimitación de reservas para el futuro emplazamiento de edificios públicos; y una zona para la Exposición Internacional de Río.

En cuanto a la habitación, se resaltaban: “la creación de un barrio de habitación urbana y de embellecimiento” a partir del relleno de las tierras provenientes del futuro arrasamiento del Morro do Santo Antonio y del Sacco da Gloria; la “transformación de barrios malsanos (Favellas) en ciudades-jardines para obreros o para empleados y, la creación de una nueva legislación para impulsar un desarrollo higiénico y armonioso de casas habitación.

Finalmente, en cuanto a parques y jardines, se planteaba: la creación de jardines públicos y una

plaza monumental en el emplazamiento del Sacco da Gloria, misma que se denominaría *Puerta del Brasil*, la cual sería rodeada de “grandes palacios de exposición permanente (bellas artes, industrias, y otros edificios públicos: gran teatro, sala de conciertos o de reunión, etc.)”; la formación de un parque nacional en las alturas de Sylvestre, Corcovado, Formiga y Tijuca, y la creación y mejora de un sistema de parques, canchas de juegos, etcétera, que unirán los diferentes barrios (Pereyra, 1930:98-101).

Indudablemente, en el Plan estaban presentes las inquietudes en cuanto a los efectos del tráfico en Río de Janeiro, las condiciones de insalubridad sufridas por la metrópoli y en especial en las favelas, las posibilidades que las áreas verdes y las “ciudades jardín para obreros” podían ofrecer a la ciudad, los intentos por dar identidad a la ciudad a partir de los “monumentalismos” que se planteaban en edificios y plazas y, por supuesto, el impulso y delimitación de las actividades industriales, comerciales, y para el caso, de las educativas por la Ciudad Universitaria que se planteaba. Como en otros casos, el Plan intentó ser una guía para el desarrollo de la ciudad, no obstante, un mínimo de sus planteamientos se tomó en cuenta para ulteriores trabajos.

Respecto a la propuesta aportada por el ingeniero Francisco Prestes Maia, era un Plan para atender principalmente el sistema de circulación, y como aspectos destacados estaban dos anillos de circunvalación que variaban de 100 a 160 metros el interior encerrando la parte comercial y de negocios, y el exterior envolviendo a la parte residencial. Estos dos boulevares se combinaban con

viaductos donde se incluía la canalización del Río Tjeté, los cuales se conjuntaban con una serie de avenidas radiales, para dar una clara zonificación a la ciudad.

En otro sentido, se ponía atención a la mejora de calles y avenidas intentando controlar a las edificaciones en términos de su estética y alturas; además de realzar el carácter de las áreas verdes, particularmente las localizadas en las vías propuestas y que se habían diseñados siguiendo el concepto de los parques vía ya extendidos particularmente en Estados Unidos. Asimismo, el plan visualizaba una nueva estructura para Sao Paulo con escenarios a corto y mediano plazo, de ahí su paulatina aplicación desde fines de los años treinta (Violich, 1944: 111-112).

Finalmente, en el caso de México, los primeros contactos con las ideas de la planeación moderna de ciudades ocurrieron desde el planteamiento del Paseo del Emperador (1864) hoy avenida de la Reforma, de manera que al consolidar la República y ya bajo la dictadura de Porfirio Díaz, surgieron trabajos de saneamiento, abastecimiento de agua potable e intentos por controlar la producción anárquica de fraccionamientos. En esa vía son notables de entre otros, estudios y proyectos realizados por el ingeniero Roberto Gayol, el ingeniero Miguel Ángel de Quevedo, y del doctor Eduardo Licéaga.

En el caso de Roberto Gayol, entre otros trabajos,⁸ sobresale el generado con el objeto de re-

⁸ Debe tenerse presente que, la actividad profesional del ingeniero Roberto Gayol siempre estuvo relacionada con los problemas hidráulicos y sanitarios de la ciudad y fue muy prolífica, al grado de extenderse hasta la tercera década del siglo xx.

construir las atarjeas de la ciudad y que presentó en sesión de Cabildo en septiembre de 1891. La propuesta estaba dividida en dos partes, la primera era “un estudio comparativo de todos los sistemas de saneamiento conocidos” hasta ese momento en las principales ciudades del mundo, mismo al que se le endosó un análisis de las circunstancias que posibilitaban alguna aplicación para el caso de la ciudad de México.

Y la segunda, eran detalles del sistema de atarjeas que se proponía construir, dividiéndose en nueve capítulos, a saber: 1°. Alineamiento de las atarjeas, 2°. Sus profundidades y pendientes, 3°. Su capacidad de descarga y las dimensiones de su sección transversal, 4°. La forma de su sección transversal. 5°. Manera de construir los enlaces y conexiones, 6°. Detalles de los pozos de visita y pozos de lámparas, 7°. Detalles de las coladeras de las calles y de las cajas de depósito, 8°. Ventilación de las atarjeas, 9°. Estaciones de Bombas (Junta directiva del Desagüe y saneamiento de la ciudad de México, 1903:7-8). El proyecto fue aprobado en enero de 1896 y concluyeron sus obras en 1903, aliviando así de inundaciones a la ciudad.

En el caso de Miguel Ángel de Quevedo —el llamado Apóstol del Árbol—, fueron muy significativos sus esfuerzos por buscar respuestas a los problemas del medio ambiente e insalubridad que a principios del siglo xx enfrentaba la ciudad de México, situación que lo motivó a concurrir por ejemplo: a los *Congresos Internacionales de Higiene celebrados en París y Berlín* en 1900 y 1907 respectivamente, donde se habían tratado “importantes temas sobre los Problemas del Urbanismo”, tal como él mismo señalaba al participar en el xviº de

los *International Housing and Town Planning Congresses*⁹ celebrado en México en 1938.

De modo que las experiencias conocidas en esos congresos —según relataba— le habían servido para impulsar desde el Consejo Superior de Salubridad de México a fines de 1907: la formación de *La Comisión de Embellecimiento y Mejoras de la ciudad de México*, la cual él mismo presidió por varios años y donde, de acuerdo con su mismo relato, “Se formuló un plano bien concertado y reglamentos para ensanches de urbanización y mejoras en plazas o espacios libres” (citado en Contreras, 1939:61), con lo que se proponía introducir algunas situaciones de higiene y embellecimiento a la ciudad.

Finalmente, el doctor Eduardo Liceaga —secretario del *Consejo Superior de Salubridad de México* con Porfirio Díaz—, participó activamente con sus similares de otros países en reuniones para tratar cuestiones de sanidad, al grado de conducir como presidente a la ya señalada *Third International Sanitary Conference of the American Republics*. Y es que en esa conferencia Liceaga, destacando los trabajos que el *Consejo Superior de Salubridad de México* había emprendido principalmente en las ciudades de México, Salina Cruz, Coatzacoalcos,

Veracruz, Tampico, Mérida, Progreso, Manzanillo, Acapulco, Mazatlán y Guaymas, para combatir la malaria, la fiebre bubónica y la fiebre del tifus, reflexionaba:

Durante la pasada epidemia, el Consejo de Salubridad estableció servicios especiales para suministrar agua, limpia de la ciudad, baños gratuitos, y lavado de casas en función de que las clases pobres pudieran beneficiarse gratuitamente con su uso. Existen fundados deseos de que cuando el suministro de agua se incremente, lo cual tendrá lugar en poco tiempo, arriba de 600 litros por día y por habitante; cuando el sistema de alcantarillas sea completada y bien pavimentada, y especialmente, cuando los pobres y viejos barrios de la ciudad sean reconstruidos y sean abiertas grandes avenidas por las cuales se dará acceso a casas construidas bajo planes higiénicos; cuando una mejora sea hecha a las condiciones perversas bajo las cuales las clases pobres viven en el presente; cuando todas las mejoras sean llevadas a cabo, la fiebre del tifus desaparecerá de nuestra ciudad (Internacional Bureau of the American Republics, 1909:184).

Indudablemente, en estas reflexiones del doctor Eduardo Liceaga, se dibujaban los deseos de actuar sobre las enfermedades, pero no sólo atendíendolas cuando ya estaban minando la salud de la población, sino desde su origen; ello, por supuesto, dibujaba las exigencias y acciones con las que podían contribuir quienes tenían como ámbito de trabajo a la ciudad y, para el caso, ingenieros y arquitectos.

De modo que, concluidas las batallas revolucionarias, en un contexto de carencias e insalubridad en las principales ciudades del país, pero a la

vez con la conciencia de que su mejora significaba un acercamiento a las condiciones de progreso, aparecieron inquietudes como las de los arquitectos Luis R. Ruiz, Ignacio Mariscal, Alfonso Pallares, Carlos Contreras Elizondo y José Luis Cuevas Pietrasanta, estos dos últimos ampliamente influidos por las propuestas de los *International Housing and Town Planning Congresses*.

Luego entonces, esos y otros profesionales impulsaron proyectos, algunos de los cuales al ejecutarse o medio ejecutarse, coadyuvaron a la inserción de México en una nueva modernidad, algunos de aquellos fueron: las colonias *Chapultepec Heights Contry Club* (1922), *La Colonia Federal en la ciudad de México* (1924), *la Hipódromo Condesa en la ciudad de México* (1926), *la Primera Ciudad Jardin en Orizaba* (1925), *las Ciudades Agrícolas para Aguascalientes y Tamaulipas* (1926), *el Parque Agrícola de la ciudad de México* (1930); *Planes Reguladores para el Distrito Federal* (1927 y 1933), y los planes para Veracruz, Acapulco, Monterrey, Aguascalientes y otras ciudades entre los años veinte y cuarenta. Además de situaciones como la emisión de la *Ley sobre Planeación General de la República* (1930), y la celebración del ya señalado *xvi International Housing and Town Planning Congressen* 1938.

Las experiencias de Perú, Bolivia y Panamá

Aunque no con la misma magnitud, por el nivel de sus actividades, pero sí en esa aspiración de incorporarse a las notas de progreso, las propuestas de planeación de ciudades se sucedieron en otros



Figura 5. Plano Regulador para la ciudad de México (1927) por Carlos Contreras.

Fuente: Contreras, 1933).

países de Latinoamérica. En Perú, una de sus primeras acciones en la vía de incorporar a sus principales ciudades en la dinámica modernizadora, fue el *Decreto para la Planeación de Ciudades de la República* emitido en 1902, con el que las autoridades pretendían controlar la extensión de aquéllas, el Decreto como aspecto destacado establecía:

Debido al estrechamiento de las calles, la falta de plazas y una pobre alineación de las calles, causando condiciones insalubres en las ciudades, debido a la falta de circulación

⁹ Cabe apuntar que estos congresos, puntales del Movimiento de la Planeación Moderna de Ciudades, tuvieron como partida la *Town Planning Conference* de 1910 celebrada en Londres, en la cual se reunieron los más prestigiados planificadores de ese momento tales como: Joseph Stüben, Ebenezer Howard, Raymond Unwin, Eugène Henard, Patrick Geddes, Louis Bonnier, Thomas Adams, George L. Pepler, Daniel Burnham y Charles Mulford Robinson (Royal Institute of British Architects, 1911).

y movimiento de los aires adecuados, debido al pobre drenaje del agua, y... en el interés de dispar estas condiciones... ES DECRETADO... que las Municipalidades de la República estudiarán las calles existentes, plazas, etcétera, de las ciudades y mostrarán líneas para una futura extensión de calles, plazas, etcétera. etc... (citado en Violich, 1944:91).

Lima en 1908 albergaba 140,884 habitantes dentro de un área de 1,292 hectáreas (Ramón, 2002), si bien con un escaso dinamismo en sus espacios, sí resentía problemas como la falta de servicios, tugurización e insalubridad, lo que llevó a crear la *Sección de Salubridad Pública del Ministerio de Fomento* (1907) desde la que se impulsaron trabajos de planeación, vivienda y saneamiento para la ciudad. De manera que, teniendo a Federico Elgueta como alcalde (1901-1909) y sobreponiéndose de los efectos de la guerra sostenida con Chile —La Guerra del Pacífico (1879-1883)—, proyectos que cambiarían la fisonomía de Lima en ese inicio de siglo, serían los trazos de grandes avenidas como la 9 de Diciembre y la 28 de Julio con lo que se pretendía descongestionar al centro y ofrecerle otra fisonomía (Ramón, 2002:179-181).

Más tarde se impulsarían otras avenidas como la Brasil, para unir a Lima con el mar y la avenida Leguía (1918) —hoy Arequipa— proyecto del ingeniero Augusto Benavides que serviría para conectar a Lima con el Balneario de Miraflores, uno de los suburbios de grupos altos, donde el mismo ingeniero Benavides impulsó trabajos de planeación que incluyeron: la delimitación de parques, el diseño del Parque Central —denominado: Óvalo—, así como de las urbanizaciones de Leuro y Ocharán.

A esas avenidas que se trazaban aparentemente sin ningún plan pero en muchos casos siguiendo la idea de los “parques-vía”, se les agregaron otras como la avenida Salaverry —proyectada también por Benavides—, arteria que comenzaría en una zona llamada Campo de Marte para finalizar frente al mar, y que alojaba a sus lados edificios importantes como el Club Hípico y el antiguo Hipódromo de San Felipe, así como urbanizaciones como la de Santa Beatriz (Balaunde, 1994:86).

Esa dinámica de generar avenidas y producir más asentamientos, se repetiría con casos como el de la ya señalada avenida Leguía, la que sería aprovechada por las compañías fraccionadoras para extender a la ciudad entre Lima y Miraflores, donde se situarían nuevos espacios residenciales con amplias áreas verdes que seguían, en parte, las ideas de la “ciudad jardín”, pero además con propuestas neocoloniales como las que en sus fachadas intentaron rememorar los balcones de las viejas casonas del centro.



Figura 6. Plaza de San Martín conjugando modernidad y tradición.

Fuente: Archivo personal de Gabriel Ramón.

Una situación que vale destacar en la manera de asumir los cambios por parte de las ciudades latinoamericanas en su ingreso a una nueva modernidad, fue respecto a las referencias que asumió la producción arquitectónica, existieron casos donde se buscaba el progreso pero se resaltaba la tradición; un caso destacado es la Plaza San Martín, de la cual Pedro A. Balaunde, apunta:

La ejecución de la Plaza San Martín de Lima, proyectada por Piqueras Coto y con todos los edificios en una arquitectura neocolonial (académica) situados en torno de ella; los portales Zela y Pumacahua (1925-1930) del arquitecto Marquina y los edificios Sudamericana y Boza (1938-1945) de los arquitectos Harth-Terré y Álvarez Calderón, que significaron la aceptación de la corriente nacionalista en la urbanística (Balaunde, 1994:86).

La apertura de nuevas avenidas y fraccionamientos, ensanchó a la ciudad, con lo que se exigieron acciones más reflexionadas en ese sentido, por lo que, en la tercera década del siglo xx, se formó la *Sección de Estudios Urbanos* con trabajo importante del arquitecto Emilio Harth-Terré; en tanto desde esa Sección, se intentó coordinar el crecimiento y desarrollo de cuarenta municipalidades bajo el influjo de Lima, con la idea de *Plan Regional*. Ello permitió que municipalidades de un elevado nivel económico como Miraflores, San Isidro y Bella Vista fueran receptoras de propuestas urbanas que elevaron su condición a través de trabajos de ampliación de calles y avenidas, y la delimitación de espacios para la recreación.

En esa idea de *región*, también fueron sujetas de planeación zonas como el puerto de Callao,

Chorrillos, Magdalena, San Miguel, entre otras. A la vez, cabe apuntar, esa mejora de ciudades impulsada por la referida sección, alcanzó a Cuzco, Trujillo, Arequipa, Chiclayo y Huancayo, donde se impulsaron proyectos de saneamiento y ampliación de calles y avenidas. Por supuesto la mejora de calles y avenidas fue acompañada de nuevas imágenes arquitectónicas, a causa de las obras que en una condición moderna, y para el caso, con estilos del *art nouveau* y sobre todo del *art deco* con tonos regionales. Manuel Méndez Guerrero en Lima (s/r) refiriéndose a esa particularidad en Lima, apunta:

El crecimiento de Miraflores y San Isidro permitió el ensayo de una arquitectura peruana inspirada en la época colonial y en las pétreas construcciones incaicas. La estilización elegante de sus formas abrió paso a barrios enteros en que texturas, materiales y decoraciones intentaban un adecuado empalme con lo tradicional. La obra de arquitectos como Héctor Velarde, Fernando Belaunde Terry, Enrique Seoane Ross, Santiago Agurto Calvo y algunos otros, ilustran elocuentemente estos propósitos (Méndez, s/a)

En el caso de Bolivia y encargada a Emilio Villanueva, a partir de 1908 empezó a funcionar la Dirección de Ingeniería Municipal en la Paz, desde la cual, con la idea de reducir las situaciones de insalubridad e inducir el embellecimiento de la Paz, a instancias del Consejo Municipal formado “por lo más granado de la intelectualidad paceña” se promovió una serie de obras consistentes en “proyectos de alcantarillado, renovación de puentes, nueva construcción de hospitales, matadero municipal, mausoleo de notables, entu-

bamiento de ríos, nueva construcción del edificio municipal, etcétera.” (De Mesa, 1989).

Una propuesta destacada y cuya ejecución fue aplazada por décadas, fue el caso del Proyecto de la Avenida Central en la Paz, aprobado por aquel Consejo en 1912 y con la idea de mejorar las condiciones del tráfico y otorgarle una nueva apariencia a la Paz, fue puesto a concurso en 1913, bajo exigencias como las que siguen:

Ancho de 30 a 40 metros con gradientes uniformes; el trazo debía contemplar las direcciones principales de circulación “presente y futura”; “la exposición de la vía” debería orientarse con respecto a la luz y las corrientes dominantes de aire, 6% de gradiente máxima, cotas de nivel que coincidan con las calles laterales que desembocaran a ella, se evitaría destruir edificios que exijan expropiaciones costosas; serían los puntos directrices de trazo las estaciones ferrocarrileras y la avenida 16 de julio; se dispondría en el plan de los terrenos para edificios públicos necesarios (citado en De Meza, 1989:169-171).

El mismo Carlos G. Meza refiere que para ese concurso sólo se presentó un proyecto, el del arquitecto Julio Mariaca Pando, al que se le adjudicó el premio; sin embargo su realización, con modificaciones, se llevó a cabo hasta la década de los años treinta, en una época de amplia expansión de la ciudad. Y en efecto, en 1927 Emilio Villanueva propuso para el Barrio de Miraflores un proyecto de ampliación del cual sólo se concretó una parte que incluyó al Estadio Hernando Siles (1930), obra de Villanueva con amplias referencias a Tiawanacu.

En 1934 se creó una nueva oficina de planeación que finalmente se convirtió en el Departamento de Urbanismo, desde el que, también con

la participación de Emilio Villanueva, se concretó el proyecto de la Avenida Mariscal Santa Cruz-Avenida Camacho y se intentó construir el Complejo Universitario de la Universidad Mayor de San Andrés en la Avenida Villazón; para esto último, el arquitecto consideró diez pabellones, bajo las ideas postuladas por Le Corbusier. Lastimeramente del proyecto se concretó una pequeña parte, del que sobresalió el edificio central también llamado “El Monoblok” (1948), donde Emilio Villanueva dejó su visión de modernidad en tanto el edificio muestra amplias raíces de Tiawanacu.

En el caso panameño, uno de los primeros impulsos de modernización recibidos por su capital, resultó de la construcción del Canal de Panamá (1904-1915), en tanto que al construirse a una distancia relativamente corta de aquella, y por la magnitud de las obras, fueron agrupándose trabajadores españoles, italianos, griegos y colombianos, entre otros, primero en campamentos, para posteriormente constituir barriadas irregulares en El Chorrillo, Marañón y Calidonia. Por supuesto esas concentraciones obligaron mejoras al conjunto de la ciudad; de las que Ángel Rubio apuntaba:

Se vence la fiebre amarilla; se la aprovisiona de agua del río Chagres, excelentemente purificada en la planta de Miraflores, y se construye el acueducto que la lleva a la ciudad, casa por casa. Cesan los aguadores que traían en pipotes el agua del chorrillo [...]. Los barrios del Chorrillo, el Marañón y Calidonia crecen súbitos, [...] La ciudad sigue creciendo, Veloz por el camino de las Sabanas que hoy lleva el nombre de Avenida Central (Rubio, 1950:82).

Asimismo, como parte de las celebraciones de la apertura del canal, tuvo lugar La Exposición Internacional de Panamá de 1915, a partir de la cual se generó un conjunto urbano en la zona de Calidonia que resultó de un plan elaborado por Edward H. Beennet —el compañero de Daniel Burnham en la elaboración del Plan of Chicago—. El plan, en una condición moderna, generó una traza en damero al norte de la ciudad que incluyó una serie de pabellones para alojar a la exposición. Posteriormente, esos pabellones alojaron residencias y oficinas públicas, lo que dio un impulso a la zona al atraer nuevas construcciones y ampliarse la ciudad hacia la misma exposición y a Vista del Mar.

Alternó a ese desarrollo de la ciudad de Panamá, cabe apuntar, en la Zona del canal fue creciendo una verdadera ciudad jardín con uso exclusivo de los administradores del canal, una área abierta donde está presente una zonificación y donde se incluyó la zona residencial que contenía la casa del gobernador, las casas para los administradores, edificios administrativos, iglesias, cine, hospital, amplias áreas verdes y, por supuesto, los infaustos edificios militares, todo con arquitectura donde aún domina el *art déco*.

En estas primeras décadas del siglo xx, las ampliaciones generadas intentaron ser controladas a partir de leyes como la Ley 47 de 1928 que ordenaba el levantamiento de planos y que se definiera el desarrollo futuro de la ciudad en conjunto con las de otras cabeceras municipales; y acuerdos como el de 1934 que planteó directrices “sobre construcciones, adiciones, alteraciones o reparaciones de casas para vivienda urbana y

rural” donde se establecían restricciones en cuanto a construcciones considerando alineaciones de calles y plazas; así como el acuerdo de 1938 que fijaba límites a la ciudad (Rubio, 1950:107).

A esas acciones siguieron el Informe sobre el desarrollo urbano y el Plano regulador de la ciudad de Panamá estructurados en 1941 por Karl H. Brunner, donde se detallaron características de calles y avenidas, formas de expansión de la ciudad —siguiendo el *camino de las Sabanas* que Ángel Rubio antepuso al *camino de los asnos* de Le Corbusier—, actividades dominantes generadoras del congestionamiento en el Antiguo Centro Urbano, y el crecimiento de grandes almacenes en la Avenida Central, entre la Plaza de la Independencia y el Paseo del Ferrocarril, además de calcularse para la ciudad una población de 126,106 habitantes en 1940 (Rubio, 1950:116).

Para corregir algunos de los problemas que aquello generaba, Brunner recomendó una zonificación para las distintas actividades, el ensanche de ciertas calles y avenidas, la apertura de nuevas vías, y la construcción de plazas y parques, para éste último caso “tomando en consideración el plano demográfico”. De manera particular, recomendaba el trazo de una arteria directa de la catedral a la zona de la exposición, la construcción de un túnel “el Paso de Calidonia” para resolver el tránsito entre la avenida Central; la expansión hacia el oeste de la Vía España creando “barrios obreros” —en la forma de ciudades jardín—; un nuevo cementerio; plantas de depuración de agua; una Escuela de Artes y Oficios; parques en las urbanizaciones Juan Franco, Parque Lefebvre, Campo Alegre y otras; un puerto nacional y zo-

trolar las expansiones a través de iniciativas muy locales y puntuales como era la introducción de sistemas de drenajes y, posteriormente, de los planes de carácter citadino, regionales e incluso nacionales.

En esa vía, la historia de América Latina registra acciones en las ciudades, las que intentaron ser conducidas por procesos de planeación, donde fue real: la mejorar los sistemas de pavimentación, drenaje y abastecimiento de agua en pueblos y ciudades; la delimitación de zonas para desarrollar distintas actividades e impedir la interferencia entre ellas; la mejora de las vías de comunicación a partir de propuestas de sistemas de calles y avenidas de forma radial, en damero y en curva; el realce a los centros cívicos, reconociendo su carácter aglutinador y de identidad; la salvaguarda de los monumentos arquitectónicos y por lo tanto de la historia de las ciudades; el impulso a desarrollos horizontales de vivienda cuidando densidades y caracteres estéticos; la insistencia en propiciar la participación de las comunidades en los procesos de planeación —muy limitada—; y como suma: *La producción higiénica, funcional, social y artística de la ciudad, aunque ello se haya desarrollado de forma desigual*.

Fue en ese sentido que actuaron planes como los impulsados por Karl H. Brunner en Chile y en Panamá, Joseph Bouvard en Panamá, Alfred Agache y Francisco Prestes Maia en Brasil y Carlos Contreras en México, profesionales formados en el MPMC y cuyas propuestas aún se reflejan en las ciudades para las que trabajaron. Y ahí están las grandes avenidas en diagonal en Buenos Aires que dan otra dimensión a la traza española; las

grandes avenidas que propuso Carlos Contreras para la ciudad de México, que pretenden seguir los trazos de la ciudad tenochca. Lamentablemente, la mayoría de esos y otros planes no tuvieron el fin deseado, en tanto fueron remitidas a los archivos de las oficinas o departamentos de planeación que en esos años se crearon, o, al intentar ser llevados a la práctica, quedaron truncos.

Y es que las búsquedas por conducir los desarrollos de las ciudades en el área fueron por demás accidentadas, y aquí se apuntarían algunos factores que, desde este punto de vista, pesaron en los procesos.

Primero: los límites jurídicos impuestos por estructuras legendariamente rígidas como lo era el caso de los derivados de la propiedad del suelo, elemento este, medular para el buen curso de los ejercicios de planeación, en tanto era su base principal; este aspecto había sido destacado por los pioneros de la planeación moderna de ciudades, a saber: los alemanes Reinhard Baumeister y Joseph Stübben, o en su caso quienes retomaron la enseñanza de éstos, como Raymond Unwin en Inglaterra y John Nolen en Estados Unidos.

Segundo: la falta de entendimiento por parte de gobiernos y grupos sociales del significado de la planeación, en tanto una disciplina que buscaba atender el presente de las ciudades para, de ese modo, sentar las bases de su futuro, lo que requería una amplia participación social y estatal; además del considerando, de que en las acciones tenía que privar el bien colectivo por encima del bien individual, condición ampliamente manejada por el MPMC también en Alemania, Estados Unidos e Inglaterra.

Tercero: la debilidad de los organismos que se crearon para estudiar problemas, realizar propuestas e instrumentar acciones. Esa debilidad procedía, por un lado, del carácter con el que éstos se crearon, en tanto la mayoría actuaba como apéndices de órganos de gobierno —situación aún prevaleciente—, cuando había la necesidad de otorgarles una cierta independencia; por otro lado, de las condiciones políticas en que se situaron, en tanto no alcanzaron participaciones de conjunto y plenas de conciencia por parte de las sociedades demandantes; y finalmente, de las situaciones burocráticas y de corrupción que rodearon a esos organismos.

Cuarto: la endeble formación de profesionales o de técnicos que se habilitaron para atender las distintas etapas de los procesos de planeación, ya que, pese a los primeros esfuerzos que en ese sentido se sucedieron en Chile o en México, la disciplina no se solidificó como un campo profesional, lo que dejó, que sobre todo arquitectos o ingenieros, actuaran en el ámbito a partir de complementar sus campos profesionales —en algunos casos de manera sobresaliente—, con herramientas adquiridas a través de lecturas, visitas a ciudades y asistencia a congresos.

Dichos congresos no precisamente fueron los conducidos por Le Corbuiser, pues éstos se iniciaron en 1928, cuando la MPMC ya actuaba en América Latina.

En ese contexto, propuestas y prácticas construidas por profesionales del área no tuvieron el fin deseado, son los ejemplos de como L. Muñoz González y Víctor Jaeschke en Argentina, Julio Mariaca Pando y Emilio Villanueva en Bolivia, Roberto Gayol y Carlos Contreras Elizondo en México, Héctor Vigil y Ricardo González Cortés en Chile, Mauricio Cravotto y Juan Scasso en Uruguay, Francisco Prestes Maia y Attilio Correa Lima de Brasil, Arturo Bickford en Guatemala, Ricardo Olano en Colombia, y Augusto Benavides y Emilio Harth Terré en Perú; además de gente venida del exterior como: Jacques H. Lambert, Jean-Claude Forestier, León Jaussely, Eugene Loeffler, Edward H. Bennett, Gaetano Moretti, Karl H. Brunner, Jules Martin, Joseph Bouvard y Alfred Agache.

Más aún, muchos de los proyectos y obras de esos y otros profesionales, sólo sirvieron para paliar efectos, para atender aspiraciones y necesidades de grupos reducidos, y, en muchos casos, para especular con las ciudades. Con ese proceder se perdió gran parte de lo ideado y construido, tanto en teorías como en ejercicios, pero además se nulificó una continuidad en el desarrollo de la disciplina que hubiera posibilitado mayores niveles de profesionalización en el campo y, probablemente, mejores resultados; de ahí la necesidad de revisar la historia de la disciplina en América Latina, con el fin de revalorar algunas de esas ideas y proyectos.

Bibliografía

- Almandoz, Arturo (2002). *Planning Latin América's capital cities*. Routledge London.
- Ashwort, William (1972). *The genesis of modern british town planning*. London: Routledge & Kegan Paul Ltd. (1a. ed. 1954).
- Aymonino, Carlo (1972). *Orígenes y desarrollo de la ciudad moderna*. Barcelona: Gustavo Gili.
- Balaunde, Pedro A. (1994). "Perú: mito, esperanza y realidad en la búsqueda de raíces nacionales" en Amaral, Aracy (coord.), *Arquitectura Neocolonial*. Fondo de cultura económica-Memorial. Brasil
- Bardet, Gaston (1948). *Le nouvel urbanisme*. Paris. Editions Vincent Fréal et. Cie.
- Baumeister, R. (1866). *Arquitektonische formenlehre ingenieure*. Stuttgart: Hoffmann'sche Verlags-Buchhandlung.
- Benévolo, Leonardo (1976). *Storia Della città*. Roma: Laterza.
- Calaba, D. y Folin, M (comps.). (1972). *Eugène Henard, de los orígenes del urbanismo a la construcción de la metrópoli*. Papua: Marsilio Editori.
- Contreras, Carlos (1933). *El Plano Regulador del Distrito Federal 1933*. México: Talleres Gráficos de la Nación.
- Contreras, Carlos (1939). *Informe final del xvrº Congreso Internacional de Planificación y de la Habitación*. México.
- Da Silva Pereira, Margareth (2002). "The time of the capitals. Rio de Janeiro and São Paulo, actors and plans" en Almandoz, Arturo. *Planning Latin... op. cit.*
- De Meza, José, (1989), "Los Componovo, una familia de arquitectos y artistas en Bolivia" en *De Mesa, José, 100 años de arquitectura paceña, La Paz: Colegio de Arquitectos de la Paz*.
- Engels, Federico (1979). "Contribución al problema de la vivienda", en *Obras escogidas*. Progreso-Ediciones de Cultura Popular, t. 2. Moscú.
- Gobierno de la ciudad de Buenos Aires. (2005). *Historia de Buenos Aires*. Buenos Aires. www.dg-patrimonio.buenosaires.gob.ar/librodigitalpdf/3_UrbanoyArq_b.pdf, Enero de 2006.
- Gross, Patricio (1991). "La república parlamentaria oligárquica, 1891-1995: las utopías Haussmannianas" en *Anales*. Números 27-28, Buenos Aires.
- Gutiérrez Ramón (2002). "Buenos Aires, a Great European City" en Almandoz, Arturo. *Planning Latin América's capital cities*. Routledge London.
- Engels, Federico. 1979. "Revolución y contrarrevolución en Alemania" en *Obras escogidas*. op. cit. t. 1.
- Engels, Federico. 1984. *La situación de la clase obrera en Inglaterra*. México: Ediciones de Cultura Popular.
- Gracia Cantalapiedra, José. 1863. *Manual completo de Policía Urbanay de construcciones civiles o recopilación de toda la legislación vigente al ornato, comodidad y salubridad de las poblaciones; alineación y rotulación de calles; altura de casas; numeración de manzanas y construcción de edificios públicos: seguido de un Proyecto de ordenanzas municipales*. Madrid: Imprenta de D. Ramón Campuzano.
- Gutiérrez, Samuel. 1984. *Arquitectura de la época del Canal 1880-1914*. Panamá: Ediciones de la Universidad de Panamá.
- Hegemann, Werner (1938). *City planning housing, a graphic review of civic art 1922-1937*. Architectural Book Publishing Co., Inc. vol. III. New York
- International Bureau of the American Republics (1909). *Transactions of the Third International Sanitary Conference of the American Republics*. Press of Byron S. Adams. Washington
- Junta directiva del Desagüe y Saneamiento de la Ciudad de México. (1903). *Memoria administrativa y económica que la Junta directiva del Desagüe y Saneamiento de la Ciudad de México, presenta a la Secretaría de Gobernación 1896-1893*. México: Tip de J. I. Guerrero y Compañía.
- Koester, Frank (1914). *Modern city planning and maintenance*. McBride, Nast and Company. New York.
- Le Corbusier (1993). *Principios de urbanismo. La Carta de Atenas*. Planeta-Agostini. Barcelona.
- Le Corbusier. 2001. *La ciudad del futuro*. Buenos Aires: Infinito. (1a. ed. 1924).
- Méndez Guerrero, Manuel. (s/a). Mimeo. Lima.
- Moretti, Gaetano. 1921. *Palacio Legislativo de Montevideo. Plan regulador de la plaza y afluencia de las calles adyacentes*. Tipográfica Moderna. Montevideo.
- Niño Murcia, Carlos. 1991. *Arquitectura y Estado. Bogotá*, Universidad Nacional de Colombia-Instituto Colombiano de Cultura.
- Nolen, John (1919). *New ideals in the planning of cities, towns and villages*. American City Bureau. New York
- Novick, Alicia y Caride Horacio (2003). *Ciudad versus área metropolitana*. Notas para una historia del gran Buenos Aires. «http://www.unesco.apyo-plne-ciuds/apoy-plan-amlat/Ciudad versus área metropolitana-Documentsdediscussion No_37.htm». Consulta: septiembre de 2005.
- Pani, Alberto J. 1917. *Higiene in México. A study of de sanitary and educational problems*. New York: G. P. Putnam's Sons.
- Romero, José Luis. 1976. *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Pavez, María Isabel (2005). *El Plan Brunner para Santiago*. «http://www.uchile.cl/facultades/arquitectura/urbanismo/revurbanismo/n3/pavez2/i1/i1.html». Consulta enero de 2006.
- Pérez O. Fernando y Rosas V. José. (2002). "Cities Within the city: Urban and architectural transfers in Santiago de Chile, 1840-1940" en Almandoz, Arturo *Planning Latin América's capital cities*. Routledge London.
- Pereyra, Arturo (1930). *Las cuestiones municipales o de urbanismo y las ciudades y pueblos argentinos*. Talleres Gráficos Argentinos. Buenos Aires.
- Ramón, Gabriel (2002). "The script of urban survey: Lima, 1850-1940", en *Planning Latin América's capital cities*. Routledge London.
- Romero, José Luis (1976). *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*. Siglo XXI. Buenos Aires.
- Royal Institute of British Architects (1911). *Town planning conference*, London 10-15 oct. 1910, Transactions. London.
- Rubio, Ángel (1950). *La ciudad de Panamá*. Banco de Urbanización y Rehabilitación. Panamá.

- Sitte, Camillo. 1986. "City planning according to artistic principles" en Collins, George R. *The birth of modern city planning*. New York: Rizzoli (facsimile).
- Stübben, Joseph. 1924. *Der städtebau*. Leipzig: Bar & Herman.
- Tartarini, Jorge (1991). "El Plan Bouvard para Buenos Aires 1907-1911". *Algunos antecedentes en Anales*. Números 27-28, Buenos Aires.
- Violich, Francis. (1944). *Cities of Latin America*. Reinhold Publishing Corporation. New York.

Reseñas

críticas





Desafío

de las Ciudades Globales

Tratar de explicar cómo una ciudad del tamaño de Hong Kong ha alcanzado el estatus de 'global' es una tarea que merece cierto reconocimiento. La ex colonia británica, que el tópico literario ha situado tantas veces "en la encrucijada de Oriente y Occidente" es fruto de una coyuntura histórica compleja, pero que ha resultado en el brillante desarrollo de una de las capitales del mundo. Una capital que, según una percepción ya un tanto generalizada, es una ciudad contemporánea y sofisticada. Pero, ¿hasta qué punto es Hong Kong una ciudad global y qué proceso le ha llevado a convertirse en una de las pocas que existen?

En su libro *Global Hong Kong*, Gary McDonogh y Cindy Wong tienen el valor de intentar responder estas preguntas, y de mostrar las características que conciben a la ciudad china como el lugar más dinámico de Asia y un modelo a seguir por las principales ciudades de los "tigres" asiáticos (Taiwán, Singapur, Corea del Sur) y el resto de Estados de la zona que se encuentran en pleno proceso de expansión. Para los autores, Hong Kong se ha grabado en las mentes de todo el mundo como una ciudad imprescindible y los propios habitantes de la ciudad han trabajado para que la realidad se encuentre al mismo nivel que esas expectativas.

En este momento, argumentan, el "poder cultural global" de esta ciudad se ha multiplicado gracias a su maestría de las tecnologías de comunicación masivas y especialmente del cine. La pequeña ciudad china posee, tras Hollywood y Bombay, la tercera industria cinematográfica del mundo, de la que se ha servido para exportar una imagen concreta. Una imagen de enriquecimien-

to y madurez que ha revertido en el crecimiento físico de la ciudad y que ha pasado por diferentes procesos de planificación y de racionalización del entorno.

En la página 22 de *Global Hong Kong*, McDonogh y Wong lo cuentan de la siguiente manera: *el denso tejido urbano [de Hong Kong] ha sido resultado de la integración de la historia, los lazos familiares, las instituciones comunes y los medios de comunicación. El movimiento constante también integra la ciudad. Vivir en Hong Kong es una experiencia veloz y dinámica.*

Se podría decir que Hong Kong es fruto de la pasión por el libre comercio y por el afán de superación. Esta ciudad, al igual Singapur, son ciudades "nuevas" (algunos dirían 'artificiales'), nacidas al calor de la carrera colonial y por iniciativa directa de los exploradores británicos, que diseñaron una serie de normas propicias para facilitar la llegada de inmigrantes de todo el mundo y, por ende, capital intelectual que pronto se tradujo en capital financiero. En la actualidad, apenas 166 años desde que el capitán británico Elliot, tomase posesión de la isla, Hong Kong es una ciudad enormemente cosmopolita, aunque inmersa en la compleja situación de ser parte integrante de la República Popular China a pesar de su enorme diferencia cultural. Región independiente en lo financiero, en lo monetario, en lo legal, pero sujeta a la "madre patria" por un fortísimo hilo de intereses y por un aparato comunista que cree, por encima de todo, en la unidad del país, Hong Kong es una urbe moderna –a la vanguardia del resto– que ha sabido identificarse como la *Ciudad Mundial de Asia*, que es su emblema oficial.

Judith Domínguez Serrano

Centro de Estudios Demográficos, Urbanos y Ambientales, El Colegio de México

judithdominguez@colmex.mx

Ante este panorama, McDonogh y Wong cuentan en *Global Hong Kong* que el elemento esencial que convierte a esta ciudad en global es –¿curiosamente?– la percepción de los otros.

InvestHK, la agencia del gobierno encargada de atraer y facilitar la inversión extranjera, lleva años divulgando a través de las Oficinas Comerciales y Económicas de Hong Kong (sus embajadas de oficio) y de las sedes del Consejo de la Promoción del Comercio (que se encuentran esparcidas por todo el mundo, (incluidas Ciudad de México, Santiago de Chile y Buenos Aires) una serie de imágenes que, al final, y a escala mundial, se han identificado con esta ciudad. Según esta agencia, los motivos por los que vale la pena entrar en contacto con Hong Kong a la hora de hacer negocios es porque se trata de la puerta de entrada hacia China, porque apenas tiene impuestos, porque ofrece “un estilo de vida internacional”, un “gobierno limpio”, un “estado de Derecho”, “libres flujos de información”, una mano de obra “preparada” y “la economía más libre del mundo”.

Esta imagen ha venido siendo cultivada por el gobierno de Hong Kong desde los años 70. A través del antiguo *Government Information Services (GIS)* –reconvertido ahora en el Information Services Department (ISD)– el ejecutivo de la ciudad se ha encargado de potenciar esa percepción de Hong Kong. Para ello, ha organizado con perfección reuniones internacionales de la talla de la sexta conferencia ministerial de la Organización Mundial del Comercio (OMC), que tuvo lugar en su futurista Centro de Convenciones y Exposiciones en diciembre de 2005 y ha desarrollado todo un aparato para gozar de buena prensa en todos los

rincones del planeta. El objetivo principal de esta estrategia es atraer capitales a la ciudad, tanto a través de los inversores como de los turistas. Tal y como la describió Lord Palmerston en 1841, Hong Kong no es más que una “barren rock” que no produce nada. Su mayor y único activo es su libertad de comercio, capitales e ideas.

¿Le otorga todo esto el carácter de global? A simple vista, podría decirse que sí. Internacionalmente, Hong Kong es reconocida como una ciudad de gente cosmopolita, donde buena parte de la población se ha educado en el extranjero, donde se entiende de husos horarios, donde no es extraño que los ciudadanos disfruten de varios pasaportes y donde la comunicación se lleva a cabo, buena parte del tiempo, en al menos dos idiomas.

Dicen los autores en la página 23 del libro que “Hong Kong participa constantemente del mundo” aunque allí no haya vuelos domésticos.

En Hong Kong se ha desarrollado una sociedad que ha sido capaz de responder a las exigencias derivadas de esa percepción, tras haberlas convertido en propias. Durante 155 años de administración colonial (1842-1997), Hong Kong pasó de puerto de segunda categoría a una de las capitales financieras más desarrolladas del mundo, caracterizada por su *occidentalización* como elemento de diferenciación en la zona – y por su conversión, a principios de los noventa, en una suerte de tercer vértice del sistema bancario internacional dominado históricamente desde Londres y Nueva York.

A partir de aquí, de acuerdo con el libro de McDonogh y Wong, las gentes de Hong Kong han

sido capaces de levantar una ciudad físicamente acorde con estas exigencias, según modelos de planificación que se han desarrollado durante décadas para albergar a ocho millones de personas en un territorio geográficamente muy limitado y encajonado por su peculiar relación con el resto de China.

A pesar de sus altos niveles de densidad de población, Hong Kong ha escapado al sino de otras megápolis contemporáneas. Su manera de huir del caos y de buscar el orden (su propio concepto de orden, claro está) no son fruto de la casualidad. Los primeros acercamientos a la planificación urbana datan de 1898 y, quizás más eficientemente, desde los momentos posteriores a la segunda guerra mundial, en que las autoridades coloniales, lideradas por Sir Patrick Abercrombie, se dieron cuenta de la necesidad de quitar presión sobre los núcleos urbanos, que comenzaban a convertirse en aglomeraciones inabarcables.

Cuidadosamente, el libro repasa los diferentes programas que se han desarrollado para racionalizar a Hong Kong como ciudad y, quizá de manera más importante, como entorno estable en el que se pudiese desarrollar una actividad económica de importancia. El más significativo hubiera sido, según los autores el llamado *Ten Year Housing Programme*, la construcción de enormes bloques de viviendas públicas para dar vivienda a dos millones de personas. Estos bloques fueron el germen de las actuales poblaciones satélite, como Sha Tin o Tung Chung, que han crecido con enorme fuerza en las últimas dos décadas y que han ayudado a descongestionar los núcleos principales.

Una ciudad que poco a poco se ha ido descongestionando, pero que, como McDonogh y Wong recuerdan, no ha sido capaz de enfrentar los problemas ambientales que han surgido de su propio desarrollo económico y el de la región del delta del río Perla, la zona sur de China donde se encuentran los núcleos industriales de Zhuhai, Cantón, Macao, Shenzhen o Dongguan. Para los escritores, es significativo que los delfines rosas se hayan prácticamente extinguido a causa de la polución ambiental.

El libro analiza este espacio a través de sus símbolos de modernización y de la colonización, y apunta el interesante concepto de destrucción creativa como el proceso de desarrollo urbano que ha seguido la ex colonia. Bajo el epígrafe de “la destrucción creativa de Hong Kong”, los autores hacen referencia a la transformación física de la ciudad de colonia tranquila a nido de rascacielos y autopistas, y se plantean si Hong Kong puede servir de inspiración en el desarrollo de las nuevas capitales de la región. En el centro de la ciudad, hoy por hoy, hay más de 40 rascacielos de más de 200 metros de altura.

Hong Kong se ha desarrollado como el paradigma de la versión asiática de la ciudad global. Ya en su libro *Changing Cities of Pacific Asia*, publicado en 1990, el profesor Yue-Man Yeung califica a Hong Kong y a Singapur como “ciudades que funcionan” (p. 187-189).

Lo que no es tan evidente es si estas ciudades, fruto de una historia breve e intensa, sirven de modelo para las capitales vecinas. Nos preguntamos: ¿es este modelo de centros financieros, hoteles de lujo, descomunales espacios de trabajo y enorme

voluntad de subirse al tren de la riqueza cuanto antes, válido para capitales como Saigón o Bangkok?

En un libro no exento de crítica, los autores son capaces de poner en perspectiva el objeto de su estudio y se plantean cómo han contribuido sus relaciones con otras macrociudades de la región, como son Seúl, Tokio o Singapur, a modelar su propia identidad. El libro explica de qué manera las interconexiones derivadas del proceso globalizador han contribuido a cambiar la ciudad.

Pero además, el libro se atreve a plantear una pregunta que es, a todas luces, clave: ¿qué lugar le espera a esta ciudad en el nuevo contexto en el que vive, como apenas una región secundaria de la China comunista? Los escritores analizan la relación entre Hong Kong, el sur de China y los desafíos y riesgos que supone por ella el proceso de integración con el resto del país.

¿Cuál es la receta para convertirse en una ciudad global? McDonogh y Wong otorgan gran importancia al influjo y a la importancia de las redes de chinos de ultramar, pero al mismo tiempo reconocen que ciudades como Hong Kong y Singapur son producto de un proceso de racionalización urbana. Y otra pregunta nuestra: ¿son imprescindibles para una megaciudad el desarrollo racional de buenas infraestructuras o son los “elefantes blancos” como las Torres Petrona de Kuala Lumpur o el edificio 101 de Taipei las que ayudan a escalar a las urbes en una hipotética clasificación mundial de ciudades?

En la página 133 del libro, una muestra de ésta idea:

While Hong Kong represents a lynchpin for this growth through investment, trade, and global connections, the changes in cross-border zones mean that Guangzhou and satellite industrial cities may shape the future of the HKSAR (Región Administrativa Especial de Hong Kong) (...) Growth and integration have also brought problems: SARS, pollution, crime, floating populations and controversies with the northern China and the State.

En el libro comparan a Hong Kong con Shanghai y la definen en función de la vecina ciudad de Shenzhen, un modelo de ciudad nacida a partir de cero y de aquellos núcleos artificiales que, sin embargo, están ocupando un rol importante en el tan traído y tan llevado desarrollo –tanto económico, como en el campo de la percepción– de China.

El gran mérito de este libro está en que es capaz de contextualizar y definir una megaciudad de la naturaleza de Hong Kong no sólo en su contexto político y económico, sino en su papel dentro de la psique contemporánea, tanto de orientales como de occidentales.

Global Hong Kong dibuja a esta ciudad como un lugar donde realmente se juntan y se mezclan Oriente y Occidente, al menos en el terreno de la percepción. Una ciudad que, a través de un uso formidable de las tecnologías de la difusión moderna, ha conseguido hacerse reconocible en todos los rincones del mundo. Y una ciudad envidiable, que ha conseguido hacer uso de la cultura nacida de la comunicación de masas para ofrecerse al mundo como un actor de lujo en esta etapa del fenómeno globalizador.

Regreso al espacio público

Hace casi 20 años la producción intelectual sobre América Latina ha sido hegemonizada por corrientes estadounidenses que explican nuestros propios problemas con una perspectiva unilateral y alejada de un intento serio de entender las fuertes contradicciones que se viven en esta región, en parte resultado por nuestra desequilibrada inserción en la globalización, nuestra subordinación intelectual a Norteamérica y Europa, y nuestra apuesta, a veces absurda, de seguir el camino de las potencias más fuertes y renunciar a construir una teoría propia.

Es sintomático que la organización de estudios latinoamericanos más importante del mundo, LASA, después de 1993, (desde hace 13 años) haya realizado sus Congresos Internacionales exclusivamente en territorio de los EE.UU., y sea apenas el próximo año que por decisión de la mayoría de sus miembros –y debido a las negativas irrespetuosas del gobierno estadounidense para otorgar visas a intelectuales cubanos, que evitaron su participación en varios congresos de LASA– se organice el siguiente en Canadá. Además, la membresía de LASA es mayoritariamente estadounidense, el intercambio que se da en los congresos es principalmente en inglés, y las publicaciones y los debates se hacen con referencia a autores estadounidenses. Discutimos pues a muchos analistas que no han pisado nunca un país latinoamericano, ni conocen el idioma, y menos su cultura.

Coincido entonces con Ricardo Pozas, quien precisamente en 1993, lamentaba que la mayoría de las investigaciones nuestras se habían sumergido en una línea acrítica, “neofuncionalista” e ideológica, muy cercana al neoliberalismo,

apoyándose en metodologías excesivamente cuantitativas y “monetaristas” para explicar nuestras realidades regionales. Sin embargo, considero que no es esa la única fuente de la discusión. Pues también se han realizado estudios alineados a metodologías cualitativas que han intentado explicar la construcción de sujetos, identidades colectivas y expresiones culturales a partir de modelos teóricos, posmodernos diría, y utilizados en y desde los países llamados occidentales. No sería esto de importancia para mí si no existiese el hecho de que tales investigaciones se apropiaran de fundamentos teóricos y metodológicos que no pasan por ningún filtro crítico que les permita confrontarlos con nuestras realidades concretas.

Me atrevo a decir esto, en el marco de mi reseña del libro de Lawrence Herzog (Larry) porque considero que él no pertenece a esta tendencia, desgraciadamente hegemónica. Él forma parte de un grupo de intelectuales que se han distinguido más bien por su mexicanismo y latinoamericanismo, culturalmente fuerte, estrechamente vinculado a las realidades mexicanas y latinoamericanas. Estoy pensando por ejemplo en el austriaco Christof Parnreiter, las alemanas Kathrin Wildner y Anne Huffscheid, los franceses Hélène Combes, Guénola Caprón, Gerome Monnet, Francois Tomas (ya fallecido), los ingleses Bryan Roberts, Peter Ward y Gareth Jones, los estadounidenses Shannan Mattiace, David Spener, Joe Scarpaci, Diane Davis, Eric Zolov, Vivienne Bennett y muchos más a los que hace referencia el libro en cuestión, y que han publicado sendos artículos en el Anuario de Espacios Urbanos.

Sergio Tamayo

Departamento de Sociología, Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco
sergiotamayo1@prodigy.net.mx

Hacia 1995, en un taller sobre patrimonio cultural en centros históricos, organizado por Peter Ward en la Universidad de Texas en Austin, conocí el trabajo de Lawrence. Entonces yo trabajaba en el área de Estudios Urbanos de la UAM. Y desde entonces, mi relación con los geógrafos ha sido cada vez más estrecha y más respetuosa. Pero Larry además de ser geógrafo, es fotógrafo, especialista en diseño urbano y ambiental, en planeación comunitaria y es un cosmopolita. Su biografía dice en primera línea: "Ha vivido en México intermitentemente".

En ese 1995, varios especialistas, promotores inmobiliarios y arquitectos discutíamos sobre el significado del centro histórico. Al principio me sentí incómodo, porque la presencia de restauradores de la ciudad de Querétaro, de empresarios que habían adquirido en el centro de México edificios históricos y los habían remodelado, por cierto estupendamente, coincidían en una visión de rescate del centro, como si les hubiese sido arrebatado por clases indeseables y fueran éstas las causas perniciosas de su deterioro. La discusión de entonces regresaba al debate que provocara José Iturriaga, historiador y diplomático, en 1963, con Adolfo López Mateos como presidente. Planteaba que ese rescate del centro era necesario para darle otra vez a la ciudad su pérdida al curia y el sentido de un verdadero santuario de la cultura europea que "con orgullo –así decía– nos conduzca a afirmar rotundamente, que la ciudad de México posee el más viejo abolengo de cultura europea en las tres Américas". Había que ponerle un alto a la destrucción del centro histórico, justificada ésta por la ideología de la revolución mexi-

cana antieuropeizante y filoindígena que excluía de su propia mezcla a la sangre española que a los mexicanos recorría por nuestras venas. Su utopía era la Ciudad Museo, sus calles sin vehículos, sus edificios homogeneizados en estilo, altura de fachadas y simetrías perfectas. Había que vaciar de ahí a los casi indeseables habitantes de vecindades ruinosas y a los comerciantes no ligados a la cultura o a la industria hotelera. Era este un verdadero "grito de guerra urbanístico mediante el cual ha de exhumarse la ciudad Museo". Era 1995, apenas 10 años después de la rehabilitación del centro después de los sismos.

La propuesta de algunos, en ese taller en Austin de 1995, de los cuales me sentí gustosamente identificado, como la de Herzog, fue más crítica, como lo ha sido en sus diferentes publicaciones: "Cuando el norte se encuentra con el sur" (When North meet South), sobre la frontera Tijuana-San Diego, y la necesidad de que Estados Unidos reconozca y se reconozca en la cultura mexicana; "From Aztec to High Tech", sobre la arquitectura y el paisaje en la frontera de México y Estados Unidos; y "Globalización, política y revitalización del Centro Histórico de la ciudad de México", que publicamos en la UAM. Si nosotros leemos su obra, vamos a encontrar que hay un hilo conductor: la búsqueda y la propuesta de construir una identidad urbana, a veces perdida, a veces reinventada. Una identidad que busca en la historia y en la cultura, la posibilidad de la imaginación y la creatividad.

Como geógrafo y estudioso de la cultura urbana, el espacio ha sido fundamental para comprender los procesos sociales. Ha acercado la Geografía

y la arquitectura, el urbanismo y la economía, la historia y la etnografía. Lawrence es un híbrido, producto de la posmodernidad, quizá, pero irreverente a ella, crítico de las posturas relativistas que ocultan las verdaderas contradicciones de las ciudades. Por eso digo que Herzog forma parte de la otra corriente estadounidense, y quizá sea él un caso específico. Es el urbanismo norteamericano, dice él mismo, el que debería aprender de la historia latinoamericana y de sus conexiones dialécticas con Europa, principalmente de España. Pero su crítica al urbanismo americano, y en parte a esa arrogancia que lo caracteriza, la construye también a partir de una crítica histórica y cultural al urbanismo europeo y latinoamericano. No se trata pues de sentarse en los laureles.

El autor parte de tomar distancia con respecto al urbanismo posmoderno, principalmente de la llamada Escuela de Los Ángeles, en especial de los trabajos de Michael Dear. No es para menos si ubicamos una de las publicaciones de Dear con el título de "Tijuana Desenmascarada" que escribió con Gustavo Leclerc, y "Postmodern Urbanism" con S. Flusty. Su trabajo "La Escuela de Los Ángeles y la Escuela de Chicago: Invitación a un debate", que dictó en una conferencia magistral en el Departamento de Sociología de la UAM-Azcapotzalco, es un tema definitivamente controversial, cuyo modelo conceptual se basa en su libro titulado *The Postmodern Urban Condition*, publicado en 2000. La invitación que Michael Dear hace para el debate se concretiza en una agenda de discusión para repensar las grandes ciudades, a partir de la experiencia de Los Ángeles y confrontando los principales autores y temas de la Escuela de Chica-

go. Recordemos que el primer texto de la Escuela de Chicago, publicado en 1925, se tituló: La ciudad, escrita por Burgess, Park y McKenzie. Este es una visión modernista de la cultura urbana. Pues Dear antepone a esta visión, la condición posmodernista de la ciudad. Y será Los Ángeles el laboratorio ideal para desmenuzar los temas y describir los profundos cambios en la cultura, en la tecnología, en la economía, en el espacio y en el tiempo de la vida contemporánea. Los nuevos miembros de la Escuela de Los Ángeles serían un grupo de estudiosos culturales, geógrafos y planificadores, economistas políticos e historiadores, de la Universidad de Southern California, de UCLA, de Riverside, San Bernardino, y Santa Bárbara. Hace un par de años, Ed Soja fue a la UAM, al Área de Estudios Urbanos, para discutir su trabajo sobre la posmetrópolis, *postmodern geographies* y *Thirdspace*. Entonces, Edward ya hablaba de la existencia de la Escuela de Los Ángeles, aunque la entendía no como un lugar de convivencia interpersonal entre investigadores, sino como una convergencia de intereses temáticos que definían problemas urbanos comunes, teniendo a Los Ángeles sobre todo como su objeto de estudio. Me dio la impresión que quería tomar distancia de este mote.

Así, este libro de Lawrence Herzog, *return to the center*, apunta a debatir algunos temas de esta agenda urbana y discute, a través del tema del espacio público y de experiencias concretas en Madrid, Barcelona, Ciudad de México, Querétaro y Tijuana, las posturas teóricas de algunos investigadores, aunque no necesariamente ubicados en Los Ángeles. La lectura del libro de Lawrence me recreó, por decir, el concepto de *edge cities*,

que podríamos traducir como ciudades límite, o aquellas fronteras que juntan o segregan distintas zonas de una ciudad, la privatización, las culturas de la heterópolis, la ciudad como un parque temático, el régimen de acumulación fordista vs. el post fordista, la globalización, la política de la naturaleza. La discusión recrea múltiples definiciones de la ciudad: la ciudad mundial o ciudad global, la ciudad dual, la ciudad fortificada, la ciudad híbrida, la ciudad del ciberespacio, la ciudad de los flujos.

Contrario al urbanismo posmoderno, el planteamiento del libro establece que no debemos desligarnos aún del significado del espacio físico y material que sigue siendo esencial en la distinción de las ciudades. Los lugares urbanos tradicionales, especialmente los centros históricos, todavía son importantes para la comprensión de la estructura urbana. No obstante, la propuesta de Herzog no es imaginarse un regreso a la ciudad preindustrial, como es la idea de conservadores y nostálgicos que buscan un pasado que no vendrá más. Al contrario, su postura es construir una utopía "viable", si se me deja decir esta temeridad. Y esa utopía pasa por la historia y la memoria de la experiencia humana, que se confronta con la crítica de la realidad actual, y que colectivamente se proyecta hacia un futuro posible. Es esta al menos la idea de utopía que Habermas, Lefebvre y Heller comparten, y a la que me sumo, y creo que es la misma idea que Herzog forja en su libro.

Uno de los elementos centrales de la ciudad latina, dice, ha sido el espacio público, las plazas, los mercados, los jardines, los parques, las calles comerciales. En contraste, los espacios tradicionales

públicos de las ciudades americanas han perdido su atracción, y quizá su papel central. La hipótesis de este libro es que el papel de la cultura española y latina en el urbanismo americano debe entenderse de mejor manera. Los estadounidenses, dice, deben conocer mejor las dimensiones culturales del urbanismo mexicano como parte de su comprensión del propio espacio urbano norteamericano. Entre otras cosas, ayudará a fortalecer el compromiso con el espacio público en la planeación de sus áreas metropolitanas.

Para demostrar lo anterior, Lawrence discute aspectos cruciales sobre el sentido del lugar, la historia y la cultura como constructor del espacio público, critica por igual a arquitectos y urbanistas, así como las utopías modernistas tanto de Le Courboisier como de Frank Lloyd Wright, describe el impacto diferencial de la globalización sobre el espacio público en distintas ciudades, y analiza, desde una perspectiva política, la plaza como espacio de confrontación.

En consecuencia, hace un recorrido meticuloso e histórico sobre la ciudad y el espacio público en Madrid y Barcelona. Pero no debe caber ninguna duda aquí, de que la postura de Herzog al referenciar la articulación histórica entre México y España, quisiera revalorar la ciudad señorial de los conservadores mexicanos. Su perspectiva es la necesaria conexión histórica para comprender mejor la crisis y las alternativas del espacio público como elemento estructurador de la ciudad contemporánea, un aspecto que me parece de fundamental importancia y que regresaré a él más adelante. La historia del espacio público en España ayuda a comprender mejor la modernidad

en crisis del Madrid contemporáneo y la llamada "ciudad de arquitectos" en Barcelona. Notorio es que el paradigma del resurgimiento del espacio público para el autor sea la experiencia de Maragall el socialista Jefe de la ciudad de Barcelona, quien dijera que "las ciudades son lugares para la reinención, la creatividad y la libertad". Entonces contrata a Oriol Bohigas como director de la Delegación de Servicios Urbanos con el objetivo de hacer del urbanismo la principal atracción de la ciudad. La refuncionalización de Barcelona se dio a través de tres directrices: en primer lugar, el énfasis en la realización de proyectos tangibles, no en la elaboración de "planes urbanos", que sólo sirven para empolvase en las oficinas de los burócratas urbanos; en segundo lugar, situar a los barrios en el centro del redesarrollo urbano; y en tercer lugar, la promoción de la descentralización regional, permitiendo que ciertas actividades se relocalicen en otros nodos adyacentes a la ciudad central. 160 proyectos se realizaron en una década, calles comerciales, nuevos parques, plazas y fábricas convertidas en equipamiento público.

La crítica de Francois Tomas, otro geógrafo, a la experiencia de Barcelona vale la pena aquí, en el sentido de discutir la relación que pueda existir entre el rescate de un elemento del espacio público como fragmento de ciudad, la perspectiva de proyecto urbano, concepto acuñado por Tomas, y su correspondencia con el proyecto de ciudad. Para Tomas, la concepción de ciudad de Bohigas era como un conjunto de fragmentos, cada uno de los cuales presenta una personalidad propia. "Reconstruir la ciudad a partir de sus huecos", fue la consigna. Pero esta concepción fue de corta

duración. Los proyectos se alejaron de la concepción social que pudiera significar el concepto de proyecto urbano, esto es, una propuesta integral, territorial, y barrial con la participación de los actores estratégicos, principalmente sus habitantes. Con la llegada de la Olimpiadas, los dirigentes políticos, continúa Francois, vieron la posibilidad de afirmar su ambición de convertir a Barcelona en World City, y la participación insistente de las asociaciones de residentes reducían esa posibilidad. Se sustituyó pues a Bohigas, por el urbanista Busquets y se convirtieron barrios enteros en zonas de servicios terciarios de alto nivel, destruyendo por decir lo menos barrios funcionalmente mixtos y socialmente populares.

La experiencia de Barcelona me parece pertinente para compararla con lo vivido en el Proyecto Alameda en la ciudad de México. Como dice Lawrence, la globalización impacta diferencialmente, y depende de la correlación de fuerzas y el tipo de actores en competencia. El proyecto de refuncionalización y renovación de la zona Alameda por Richmond, no ha podido llevarse a cabo en su totalidad, en parte por la oposición del barrio popular ubicado en la margen sur del proyecto, como lo testimonia el arquitecto Ángel Mercado, uno de sus protagonistas.

De este libro, destaco dos temas importantes: el primero es la idea de espacio público, especialmente pensado para las plazas, del propio autor. El segundo es la idea de proyecto urbano de Tomas al que vinculo con la reflexión que arquitectos comunitarios mexicanos han desarrollado a propósito del Programa de Mejoramiento de Vivienda, impulsado por el INVI en el D.F.

Veamos. El libro de Herzog se titula *Regreso al Centro, cultura, espacio público y construcción de ciudad en la era global*. Y en efecto, la intención del autor es hacer conciencia de la importancia de los centros históricos, de su vitalidad, redensificación, y energía cultural. No obstante, las posibilidades del libro en sí mismo, van mucho más allá. El planteamiento de espacio público de Larry permite repensar en la construcción de ciudad, pensarla desde el espacio público, una red articulada de plazas, corredores urbanos, y pasajes. El libro debería llamarse “el regreso al espacio público”, o mejor, “el regreso a la plaza”. Katia Mandoki, una colega de la UAM Xochimilco, escribió en el Anuario de Espacios Urbanos, que las ciudades latinoamericanas se formalizan en una red infinita de plazas y conexiones. Las metrópolis mexicanas, al expandirse, incorporan pueblos originarios y ciudades que aportan su estructura urbana característica de la plaza. El regreso al centro, en realidad, es el regreso a todos los centros, a la policentralidad. Y no se trata de minimizar la importancia cultural e identitaria del centro histórico, de la plaza mayor, del Zócalo capitalino, sino de reconocer la existencia de otros centros, Coyoacán, Tlalpan, San Ángel, San Pedro Mártir, Totolapan, Iztacalco,

Xochimilco, así como parques y espacios públicos donde la concentración y la densidad de actividades han desmentido tajantemente la descabellada idea posmoderna de la muerte del espacio público. El regreso a los centros, que en realidad es el regreso a las plazas, puede convertirse en detonador de proyectos urbanos que le den sentido de lugar a la ciudad toda, a partir de sus propios habitantes.

Finalmente, esa idea de proyecto urbano de Tomas, permea en la reflexión de jóvenes arquitectos que han criticado las limitaciones del programa de mejoramiento de la vivienda en el DF, al haberse reducido a pequeñas acciones al interior de las casas, aunque con buenos resultados. La consigna “mejora tu casa, no la fachada, que así se reflejará en el mejoramiento de tu calle”, no es suficiente.

Para las nuevas políticas habitacionales en el DF, ellos han pensado en ir más allá, al mejoramiento barrial, que incluya la casa, la calle y el territorio. Es la idea de proyecto urbano de Tomas. Puede pensarse también en el sentido del libro de Lawrence Herzog, como el regreso a la plaza, y en la articulación de una red de espacios públicos que construyan el sentido público de ciudad.

Los autores

Armando Cisneros

Es doctor en diseño por la UAM Azcapotzalco, profesor del Departamento de Sociología de la misma universidad y miembro del Sistema Nacional de Investigadores. Es autor de *La ciudad que construimos*, (UAM-1993) y *Crítica de los Movimientos Sociales*, (UAM-Miguel Ángel Porrúa). Ha publicado diferentes artículos sobre sociología urbana y movimientos sociales. Actualmente estudia la teoría del espacio, como componente de los procesos sociales.

Roberto Narváez

Historiador por la Universidad Nacional Autónoma de México. Asistente de investigación en la Facultad de Arquitectura de la UNAM. gogmagog@prodigy.net.mx
gogmagog501@yahoo.com.mx

María Emilia González Díaz

Investigadora Titular C del departamento de Humanidades de la UAM Azcapotzalco. Licenciada en Ciencias y Técnicas de la Información por la UAM, maestra en Edición por la Universidad de Guadalajara. Coordinadora del Coloquio de Lectura para los alumnos de la UAM-A. Miembro del Consejo Editorial de la Revista Fuentes. Actualmente realiza la investigación "Praxis de la lectura en el ámbito universitario". Coautora del libro *Evaluación cualitativa de la función docente*

Jorge Ortiz Segura

Licenciado en Antropología Social. Maestría en Ciencias de la Educación C NVESTAV. Candidato a Doctor por la UAM Xochimilco.

Docente fundador de la UAM Azcapotzalco. A lo largo de 30 años ha impartido clases en la licenciatura y posgrado de las tres divisiones académicas. Profesor invitado de las siguientes Universidades Mexicanas: Universidad Autónoma de Tamaulipas, Universidad Autónoma de Hidalgo, Universidad Autónoma del Estado de México, Universidad del valle de México, Universidad Iberoamericana y Universidad de San Simón en Cochabamba Bolivia.

Experto en métodos cualitativos lo que le ha llevado a publicar entre otros: "Espacios urbanos en la Villa de Guadalupe, México", "Etnografía y apropiación del espacio", "Antología de métodos cualitativos", "La cultura estudiantil en el aula", "Evaluación de la docencia" y "Evaluación y aprendizaje".

Gerardo G. Sánchez Ruiz

Gerardo G. Sánchez Ruiz, es profesor investigador del Departamento de Procesos y Técnicas de realización, de la División de Ciencias y Artes para el Diseño, Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco.

Línea de Investigación actual: Planeación y Urbanismo de la Revolución Mexicana.

Publicaciones recientes:

Planificación y urbanismo de la Revolución Mexicana. Los sustentos de una nueva modernidad en la ciudad de México 1917-1940. México, UAM-A/Asamblea Legislativa, 2002. 412 páginas.

La planificación y urbanismo visionarios del arquitecto Carlos Contreras. (Coordinador) México, UAM-A/UNAM/UASLP, 2003. 149 páginas.

Guía de investigación para niños, interesados en problemas urbanos y en otras cuestiones. México, UAM-A/Miguel Ángel Porrúa, 2004. 127 páginas.
"La modernidad urbana en México. Fuentes teóricas y prácticas de la primera mitad del siglo xx" en *SECUENCIA*, Instituto de Investigaciones José María Luis Mora, Número 64 enero-abril 2006.
Miembro del Sistema Nacional de Investigadores Nivel I.

Leticia Algaba

Es candidata a Doctora en Letras por la UNAM; licenciada en Letras Españolas por la Universidad Autónoma de Nuevo León y Maestra en Letras Iberoamericanas por la UNAM. Ingresó a la UAM-Azcapotzalco en 1975; de 1982 a 1985 fue Jefa del Departamento de Humanidades.

Su línea de investigación en el Área de Historia e Historiografía de México es la relación entre la

literatura y la historia, en particular la novela histórica mexicana del siglo XIX.

Es autora del libro *Las licencias del novelista y las máscaras del crítico*, UAM-Azcapotzalco, 1997

Entre sus recientes publicaciones en libros y revistas están:

"La semilla y la cosecha: los escritores mexicanos del siglo XIX ante las Poéticas y las Retóricas", en *La tradición retórica en la poética y en la historia* México, UAM-Azcapotzalco, Conacyt, 2004.

"El prólogo y su función en dos novelas históricas mexicanas del siglo XIX", en *Revista de Filología Hispánica*, 21.2, Universidad de Navarra, España, 2005.

"Fiestas cívicas y fiestas religiosas: crónicas de un desencuentro", en *Fuentes Humanísticas*, Departamento de Humanidades, UAM-Azcapotzalco, núm. 30, 2005.

Anuario de Estudios Urbanos 2006(1) se terminó de imprimir en el mes de diciembre de 2006 en los talleres de Jiménez Editores e Impresores, S.A. de C.V., ubicados en el Callejón de la Luz 32 20, Col Anáhuac, México D.F.,
tel.: 55 27 73 40 fax: 53 99 47 11, e-mail: jimenez_edit@att.net.mx jimenezeditores@yahoo.com.mx

La presente edición es sobre papel copamex de alta opacidad de 90 g para los interiores y cartulina sulfatada de 12 pts para el forro, la edición consta de 500 ejemplares más sobrantes para reposición.

UNIVERSIDAD
AUTÓNOMA
METROPOLITANA



Casa abierta al tiempo

Azcapotzalco

El presente Anuario 2006-1, está estructurado en dos partes, cuyas temáticas tratan sobre concepción del espacio, historia urbana, planeación y sus órdenes metodológicos.

La primera parte, se inicia con el trabajo de Cisneros sobre la concepción del espacio que explica las dos propuestas más desarrolladas de la antigüedad acerca del espacio; las de Platón y Aristóteles, para quienes, si bien el espacio era un lugar común, un receptáculo de las cosas del mundo; sus diferencias residían en el pensamiento: el platónico, más idealista y el aristotélico, más objetivista, con sus subsecuentes efectos sobre la concepción del espacio y el nacimiento de la física.

En la segunda parte, desde una perspectiva crítica, Narváez propone la utilización de nuevos paradigmas para el análisis histórico del urbanismo y realiza una revisión crítica de las maneras en que algunos historiadores han utilizado un determinado concepto de paradigma en sus investigaciones o reflexiones de la arquitectura, el urbanismo, así como la posibilidad de una "microhistoria urbana"; la metodología de los estudios de caso en arquitectura y la psicología del diseño arquitectónico.

